
Ellie St.Clair
Porque el Conde me Amaba
Y Fueron Felices Para Siempre
Libro VI

PORQUE EL CONDE ME AMABA

Y FUERON FELICES PARA SIEMPRE

LIBRO SEIS



ELLIE ST. CLAIR

Traducido por
EMILIO VADILLO



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Un anticipo de Diseños para un duque

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

© Copyright 2018 Ellie St. Clair

© de la traducción 2024

Título original: *Because the Earl Loved Me*

Traducción: E.V.

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

Otras obras de Ellie

Y fueron felices para siempre
El duque de sus sueños
Su duque llegará algún día
Érase una vez un duque
Un duque rentable
El amor del vizconde
Porque el conde me amaba

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

CAPÍTULO 1

Siendo joven e irreflexiva, Laura decía:
¨Nadie poseerá mi corazón”.
Pero la joven criada poco sabía
De las malas artes del amor.
En un baile, o en un juego,
Sin freno coqueteó,
Y su corazón se exaltó.
Pero siguió diciendo:
“Nunca me casaré,
Mi voluntad no entregaré”
No, no, no, no, no, no,
¡Mi voluntad no entregaré!

—Una canción interesante, hermana. ¿Por qué la has elegido?

Anne dio un respingo y un gritito al escuchar la voz de su hermano. Giró el taburete hacia el lugar del que procedía y lo vio apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados y mirada pensativa. Sonrió para quitarle importancia a la pregunta, pero el levantó una ceja.

—Es una canción muy bonita, Alastair, eso es todo —contestó encogiéndose de hombros y girándose de nuevo hacia el lienzo que estaba delante de ella. Suspiró al ver el arco iris que había pintado. La verdad es que ni parecía tal cosa. Estaban los colores, sí, todos ellos, pero el paisaje era en realidad un montón de manchas más parecido al dibujo de un niño pequeño que al de una joven que ya había cumplido los veintiún años.

—Y tú tienes una voz preciosa y muy adecuada para cantarla, Anne, te lo aseguro —indicó, lo que hizo que la joven alzara la barbilla al notar su tono de burla—. Lo que pasa es que, si no tienes cuidado, seguirás los pasos de la joven criada y te convertirás en… espera, ¿cómo sigue la canción…? ¡Ah, sí!, en «una criada vieja e impertinente».

—¡Vamos, Alastair, no seas ridículo! —protestó Anne, dejando a un lado el pincel y abandonando el trabajo—. Olivia era mucho mayor que yo cuando os casasteis, lo cual no pareció que supusiera un problema para ti, ¿o me equivoco?

La respuesta fue un gruñido, y se rio, porque sabía que ahí le había dejado sin respuesta posible.

—No te preocupes, querido hermano, me casaré en el momento adecuado. Pero, de momento, disfruto mucho de la vida como para añadirle un marido.

—¿Le has dicho eso a madre?

—Por supuesto.

—Ya… —Alastair no pareció fiarse mucho de su afirmación. Normal. El hermano mayor de Anne sabía mejor que nadie su capacidad para contar mentirijillas y hacerlas tan creíbles que nadie las cuestionara. Salvo él—. Hay muchos jóvenes interesados en casarse contigo —prosiguió—. Y hace muy poco le dijiste a Olivia que empezabas a encontrar tu vida aburrida, y que buscabas algo más.

—Sí, pero ese «algo más» por el momento no es precisamente un hombre —dijo deletreando lentamente, como si su hermano tuvieras dificultades de comprensión. Se acercó al ventanal y miró los bonitos jardines del exterior. Estaban en el campo para pasar el verano, pero echaba de menos el ajetreo de Londres, el teatro y los eventos sociales; aunque también disfrutaba del ocio en la hacienda de su hermano. Y no sólo eso: últimamente había asistido a fiestas en las que hubo actuaciones musicales, cosa que siempre le encantaba.

—Alastair, ¿hay algo en tu vida que te produzca un entusiasmo y una emoción como ninguna otra?

Su hermano se rio, pero se detuvo enseguida al darse cuenta de que hablaba en serio.

—Pues sí —dijo sin dudar—. Olivia.

Anne suspiró. Su hermano no entendía nada.

—Para mí ese entusiasmo no me lo aporta un hombre, ni ninguna otra persona. —Se acercó a él moviendo los brazos como sí así pudiera transmitir mejor lo que sentía y pensaba—. Alastair, cuando estoy en el escenario, frente al público que ha acudido, ya sea cantando o actuando, siento esa emoción. Sabes hasta qué punto amo el teatro. Y no me refiero a ver obras, cosa que me encanta si son buenas y están bien interpretadas, sino al deseo de estar yo en el escenario. Cuando formo parte de la audiencia, en lo único que pienso es en cómo lo haría yo en el escenario, interpretando el papel, llenando la sala con mi voz.

La mirada de su hermano era de incredulidad, y ella se la devolvió suplicante, deseando que la comprendiera.

—Te refieres a una actuación musical en una fiesta, o algo así, ¿verdad? —preguntó, aunque arrugando la nariz como si esperase una respuesta distinta a esa.

—No, Alastair, no… —dijo negando tristemente con la cabeza—. Quiero hacer teatro. Quiero participar en obras como las que vamos a ver al Covent Garden. Quiero cantar, actuar, divertir a la gente. Quiero aprovechar las cualidades que Dios me ha dado. ¡Quiero ser actriz!

—Anne —dijo con voz algo angustiada. De hecho, se mesó los cabellos y después se llevó la mano a la sien—, no puedes estar hablando en serio.

—Si, totalmente.

—Eres hija de un duque, y hermana de un duque. Eres una dama de la nobleza. *Lady* Anne Finchley, y tienes que entender que nunca en la vida podrás subir a un escenario, ¿me has oído? Y que nadie más escuche lo que acabas de decirme a mí. ¿Actriz, Anne? ¿Es que no sabes qué clase de mujeres son las actrices? Bueno, no voy a extenderme mucho, pero son ligeras de casco, amorales, y suelen tener habilidades… que van más allá de las que hacen falta en el escenario. Por favor, Anne, no insistas con esa estrafalaria idea. Basta por hoy.

Suspiró y la miró con cierta pena.

—Tienes una voz preciosa, Anne, lo sabes, y tocas el pianoforte de maravilla —dijo con tono amable—. Esas cualidades son importantes a la hora de atraer a los hombres, y muy adecuadas para encantar a los invitados a una fiesta. No desesperes. Estoy seguro de que vas a encontrar un marido al que podrás alegrar las veladas durante el resto de tu vida.

Eso era exactamente lo que ella temía, pasarse la vida aporreando el piano y aportando la música de fondo en las fiestas sociales. Pero eso no podía decírselo a su hermano. No. Para

conseguir lo que quería, tenía que convencerlo de que estaba de acuerdo con él. Lo cual tampoco era tan complicado, la verdad.

—Muy bien, hermano, puede que tengas razón —dijo suspirando con fuerza—. Mientras pueda cantar, ¿qué más voy a desear?

Él sonrió con cierta rigidez, como si se preguntara hasta qué punto estaría diciendo la verdad. Pero también tenía miedo de interrogarla más a fondo por temor a lo que pudiera decir.

—Me alegra que me digas eso. Y Anne…

—¿Sí?

—¿Qué es esa atrocidad del lienzo?

—Lo he titulado «Después de la tormenta», y lo he pintado para que lo cuelgues en tu estudio.

Hizo un ruido ahogado y salió de la habitación casi corriendo.

* * *

CHRISTOPHER ANDERSON, duque de Merryweather, sonrió al escuchar el rítmico sonido de los cascos del caballo sobre el pavimento del camino. Había algo en dicho sonido que le tranquilizaba y reconfortaba. Era reconocible, mesurado y nunca perdía el compás.

—¡Muy bien, chico! —dijo al tiempo que acariciaba el cuello del caballo, al que llamaba *Sir Walter*. Siempre podía confiar en el noble animal. Llevaba montándolo desde su décimo octavo cumpleaños, fecha en la que su padre se lo había regalado, sólo unos días antes de su fallecimiento.

Aquella semana cambió para siempre la vida de Christopher. Había querido a su padre, aunque a su propia manera, pero por encima de eso, a Christopher nunca le habían gustado nada los cambios. Por mucho que sabía que en algún momento el condado pasaría a ser suyo, no estaba ni mucho menos preparado para ejercer tan pronto el título y lo que éste conllevaba. No obstante, su padre lo había preparado bien, y no le costó demasiado ajustarse a la nueva situación.

En ese momento pensaba que ahora todo discurría según lo previsto, y le invadió un sentimiento de energía y jovialidad al contemplar el precioso paisaje de la campiña inglesa. El otoño avanzaba, y con él el cambio en el colorido que, entre otras cosas, anunciaba el momento de regresar a Londres. Tras muchos años disfrutando de su juventud y de la compañía de todo tipo de gente joven de la alta sociedad, había asumido su deber y debía casarse como mandaban los cánones. ¿Y quién mejor para hacerlo que la hermana de uno de los nobles más poderosos de Inglaterra, el duque de Breckenridge?

Como amigo suyo desde hacía mucho tiempo, la época en la que coincidieron en Eton, Breckenridge se había mostrado proclive a su propuesta. Estaba seguro de que a su hermana le iba a gustar y, de hecho, él ya la consideraba como su adorable novia. Era bella, por supuesto, y tenía todas las relaciones que un hombre de su situación podía necesitar, así como una muy buena dote, por supuesto. Aparte de eso, siempre había sido muy agradable con él, aunque, para ser sinceros, a veces se portaba de forma un tanto dramática. Pero pensaba que no era más que una consecuencia de su juventud.

Cuando el sol comenzaba a ponerse, el aire fresco empezó a calarle en los huesos. Christopher podía haber utilizado el carruaje para desplazarse de una manera más confortable, pero disfrutaba con el ejercicio y el aire fresco que le proporcionaba la actividad de montar a caballo, y no tenía prisa de ningún tipo.

Hizo un esfuerzo para salir de sus ensoñaciones y miró el camino. Pensaba que ya estaría cerca de casa de su amigo, que por otra parte tampoco estaba muy alejada de la suya. En cualquier caso, no era capaz de ver en la distancia ninguna de las referencias que podrían indicárselo. De hecho, había ido a visitarlo muchas veces.

—¡Fletcher! —gritó para llamar a su ayuda de cámara, que cabalgaba tras él. El criado, que no era muy buen jinete, acercó el caballo para ponerse a la altura de Christopher, que suspiró. No estaba muy seguro de porqué lo mantenía en el puesto. Lo cierto era que a Fletcher no le gustaba casi nada de lo que hacía. No obstante, era hijo de su mayordomo, un hombre que había demostrado su lealtad a lo largo de muchos años, y Christopher era incapaz de despedir a su hijo. Sabía que era ridículo sentirse tan obligado con un sirviente, pero aparte de su hermana, los sirvientes de más confianza eran lo más parecido a una familia que tenía. —Fletcher, ¿a qué distancia crees que estamos de la hacienda Breckenridge?

—¡Ah! Por lo que recuerdo, hemos pasado el desvío a Longhaven hace… unas tres horas.

—Pero, ¡qué estás diciendo! —estalló Christopher mirando de hito en hito al criado.

—Pues que hemos pasado el desvío a su casa hace unas…

—Ya te había oído la primera vez —cortó Christopher mientras se llevaba la mano a la frente —. ¿Por qué no te ha parecido necesario avisarme, Fletcher?

—Bueno, milord, usted parecía muy decidido a seguir el camino, y me pareció inadecuado cuestionarlo

—¡Por Dios, Fletcher! —dijo meneando la cabeza—. Bueno, ahora ya no se puede hacer otra cosa que dar la vuelta y regresar. A no ser que conozcas un camino más corto desde aquí.

—Pues sí que hay un camino, milord —indicó Fletcher, con la cara muy roja tras el esfuerzo de haber permanecido unas cuatro horas sobre el caballo—. Aunque no va a ser fácil recorrerlo a oscuras. No obstante, hay una posada a menos de una hora de aquí. Quizá podríamos pasar la noche en ella.

—De acuerdo —aceptó Christopher suspirando para sí. En realidad, estaba más enfadado consigo mismo que con su criado. Se perdía muchas veces, por desgracia, y no podía echarle la culpa ni a su ayuda de cámara ni a los demás criados que lo acompañaban en sus viajes. En realidad, lo que obstaculizaba la por otra parte muy ordenada vida de Christopher era su sentido de la orientación.

En fin, una noche en una posada no era lo peor que le podía haber pasado. Podría haber sido abordado por un salteador de caminos, o podía haber ido sin la compañía de alguien con mejor sentido de la orientación que él.

Su novia podría esperarlo al menos una noche más.

CAPÍTULO 2



Todo estaba en calma cuando Anne se unió a su familia en el comedor. No era muy habitual que pasara eso en la residencia de los Breckenridge. Tras sentarse al lado de su madre, Anne alzó la cabeza y los fue mirando uno a uno. Alastair miraba a su esposa con cierta preocupación, aunque eso no era nada nuevo. Según el médico, el bebé estaba a punto de nacer. Ese médico decía tener el instinto de una partera para tales cosas. Olivia decía que era bastante ridículo, pero Alastair insistía en que su reputación era muy buena, sobre todo en esos temas. En cualquier caso, Alastair sólo estaba pendiente del bienestar de Olivia. Ellen estaba de lo más animada, como siempre. Anna sintió adoración por ella desde el momento en que la conoció.

No obstante, Olivia la miraba de vez en cuando con cara rara, y sólo a ella. Parecía como si quisiera decirle algo, pero no se decidía a hacerlo. Le sonreía, aunque de forma un tanto forzada, como si no estuviera segura de que a Anne fuera a gustarle lo que le iba a decir.

Anne volvió a mirar a su madre, cuya sonrisa era de verdadera satisfacción. Humm. Algo no iba bien, y empezaba a temerse que tuviera que ver con ella. Entre cerró los ojos y miró a Olivia, que era su mejor opción como aliada.

—Olivia —dijo hablando con dulzura. Su cuñada estaba tan hermosa como siempre, con el pelo rubio del color de la miel recogido sobre la cabeza—, ¿hay algo que quieras decirme?

Olivia se aclaró la garganta.

—No tengo nada que decirte, Anne. O, al menos, no hay nada que… yo te pueda decir. —Miró de reojo a su marido, y Anne, con el ceño fruncido, fijó la vista en Alastair, que se removió incómodo en su asiento.

—¡Suéltalo, Alastair! —demandó—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar conmigo?

El aludido se aclaró la garganta.

—Anne… —empezó dubitativo—. De hecho, esta tarde me he acercado a la biblioteca para hablar contigo, pero nuestra conversación se torció.

—¿Ah, sí?

—Era para decirte que vas a ir a una fiesta casera con madre dentro de unos días.

—Entiendo —dijo, aunque en realidad no era así. El hecho de acudir a una fiesta en casa de alguien conocido no era en realidad una noticia excitante. Recibían montones de invitaciones, y de hecho siempre estaban casi de fiesta en fiesta. Por supuesto, Olivia y Alastair no las acompañaban últimamente, pero su madre no paraba de llevarla a casas de conocidos que vivían en las proximidades.

—¿Y a casa de quién iremos? —preguntó dirigiéndose a su madre, que sonreía beatíficamente.

—A casa de los Winterton, en Aspendale.

—No está lejos —comentó sin el más mínimo entusiasmo. Los Winterton eran bastante anodinos, y sus tres hijas no hacían otra cosa que ofrecerse a cualquier joven casadero y legible que se pusiera a tiro—. ¿Quién más va a ir?

—Los habituales —contestó su madre con un gesto de la mano, como si no tuviera importancia—. Aunque eso sí, hay alguien que se va a unir a la fiesta que quizá llame tu atención.

—Y se trata de… —preguntó Anne pronunciando despacio y en estado de súbita alerta. Algo raro estaba pasando. En su familia imperaba la confianza y no solía haber secretos, pero en esos momentos Anne llegó a la conclusión de que había algo que todos menos ella sabía, y que sin duda tendría alguna consecuencia.

—¿Conoces a mi amigo, lord Merryweather? —preguntó Alastair.

—Sí, lo conozco —contestó Anne asintiendo.

¡Pues claro que conocía a Merryweather. Christopher Anderson era amigo de Alastair desde siempre. Sus padres eran conocidos cercanos y Alastair y él habían compartido los mismos círculos y acudido juntos a Eton. Lord Merryweather casi siempre acudía a los mismos bailes y fiestas que ella. Era educado, agradable y encantador, aunque no especialmente interesante. Había pasado con él más o menos el mismo tiempo que con cualquier otro joven caballero.

—Lord Merryweather vendrá aquí primero —siguió Alastair—. De hecho, lo esperaba hace horas, pero conociéndole no me cabe duda de que se habrá perdido por el camino. No se me ocurre ninguna otra razón para explicar su tardanza, dado que siempre es puntual como un eclipse.

—Ni que lo digas, Alastair —dijo Anne poniendo los ojos en blanco y en tono algo jocoso. Lord Merryweather era el caballero más educado y formal que había conocido en su vida. Seguía al pie de la letra todas las convenciones sociales y fruncía el ceño cada vez que presenciaba algo inadecuado. Lo que significaba, por supuesto, que en ningún caso aprobaría la mayoría de los actos de ella, pues le gustaba hacer cosas nuevas e interesantes cada poco tiempo. Ellen y su amiga, *lady* Honoria, siempre estaban haciendo bromas y creando rumores para comprobar hasta dónde llegaba la historia antes de quedar demostrado que era falsa. A veces ni siquiera pasaba eso, aunque Anne se aseguraba de limpiar el nombre de la persona afectada por el cotilleo sin merecerlo.

—Así que te gusta el caballero, ¿no? —preguntó Alastair con tono esperanzado.

—¿Qué significa eso de «te gusta el caballero»…? —preguntó un poco confundida—. Es agradable, desde luego, pero sólo quería subrayar el hecho de que en todo momento es práctico, puntual y correcto, que actúa siempre como mandan los cánones de la etiqueta social. Nunca he conocido un hombre que se ciña tanto a las reglas ni que desapruebe tanto lo que yo hago.

—La verdad, Anne, es que ese no es el caso en absoluto —dijo Alastair, y Anne desvió la vista para mirar a Olivia, que se mordía el labio y la miraba un tanto desasosegada—. Has de saber que lord Merryweather os va a acompañar a madre y a ti a la fiesta en casa de los Winterton, ya que ha expresado interés en cortejarte.

—¿Cómo? —Anne, muy sorprendida, se levantó de repente como si le hubieran pisado el pie, con tanto impulso que la silla de madera de caoba cayó hacia atrás y se estrelló en el suelo con estrépito. Se dio la vuelta para recogerla, pero los amplios pliegues de la falda se enredador con la pata de la silla y estuvo. Punto de caerse, si no fuera porque un criado acudió a sostenerla cuando extendía los brazos procurando equilibrarse. Regresó a la mesa con los brazos en jarras, procurando mantener un mínimo de respetabilidad para que su hermana la tomara en serio.

—Alastair —dijo apuntándole con el dedo—, sabes que no quiero que nadie me corteje por el

momento. Hemos hablado de eso esta misma tarde.

—Sí, es cierto — respondió su hermano con expresión incómoda—, pero eso fue después de que Merryweather hablara conmigo y yo lo invitara a venir aquí. Pensaba que podrías cambiar de opinión al saber que es él quien está interesado. A todo el mundo le gusta Merryweather.

—¿Cómo no se te ocurrió hablar conmigo antes de llegar a un acuerdo respecto a su petición?

—Anne —intervino su madre con voz queda y poniéndole la mano sobre el hombro—. Durante varias temporadas has tenido la oportunidad de encontrar marido. Alastair no tiene otra intención que la de ayudarte. No estás comprometida con lord Merryweather en ningún aspecto. Pero quizá podrías abrirte a la posibilidad de que te corteje y ver cómo se desarrolla todo.

Anne cerró los ojos y respiró hondo varias veces para calmarse, una técnica que había descubierto que le iba muy bien cuando necesitaba controlar sus emociones. Cuando finalmente los abrió, se encontró con tres pares de ojos que la miraban fijamente. Alastair con determinación, Olivia con pena y su madre con esperanza.

—Iré a la fiesta, y parece que no hay más alternativa que viajar allí acompañadas de lord Merryweather —dijo por fin—. Pero voy a ser sincera. Es un caballero agradable, y estoy segura de que la mayoría de las jóvenes estarían encantadas de que las cortejara. Pero lord Merryweather es increíblemente aburrido y demasiado práctico para mi gusto. No puedo hacer ninguna promesa respecto a él, ni tampoco aceptar que me corteje a no ser que cambie de opinión y termine encontrándolo atractivo. —Miró fijamente a su hermano antes de finalizar—. Cosa que no ocurrirá.

Para dar más énfasis a su afirmación, se volvió a sentar con aire regio en la silla que había derribado hacía un momento y miró por encima del hombro y arrugando la nariz el pato asado que esperaba frente a ella en el plato recién servido. Lo que de verdad le hubiera gustado era salir como una furia del salón, pero tenía mucha hambre, y ni siquiera se planteó marcharse sin haber cenado en condiciones.

Nadie dijo nada más, así que empezó a comer sin hacer caso de las miradas que seguían clavadas en ella.

* * *

VEINTICUATRO HORAS después de que Christopher saliera de su casa para la cabalgada de unas cuatro horas que le separaban de la casa de su amigo, Christopher llegó por fin a Longhaven, hacienda principal del ducado de Breckenridge.

—Aquí estamos, Fletcher —le dijo a su criado, que lo miraba con alivio—. Por fin hemos llegado.

Le sorprendió ver al propio duque esperándolo de pie en la puerta de entrada a la casa mientras se acercaba cabalgando por el largo sendero que conducía a la majestuosa mansión de piedra. A Christopher siempre le había impresionado la arquitectura perfectamente simétrica de Longhaven, las ventanas perfectamente alineadas a cada lado y la enorme ventana veneciana que ahora tenía frente a él.

—¡Merryweather! —exclamó Breckenridge al tiempo que descendía por las escaleras, y Christopher desmontó para saludar a su viejo amigo con un fuerte apretón de manos—. Estaba empezando a preocuparme por ti.

—No, no ha pasado nada —dijo Christopher moviendo la mano—. Fletcher y yo nos hemos despistado un poco con la dirección. Pero al final hemos llegado, ¿verdad Fletcher? —Miró hacia

atrás buscando a su criado, pero no lo vio por ninguna parte. Seguramente se había dirigido a la entrada de servicio, para poder bajarse cuando antes de la cabalgadura—. Parece que he perdido a mi criado por el camino. Bueno, en cualquier caso, no sabes lo que me alegra verte, excelencia.

—Lo mismo digo. —El duque lo acompañó al interior de la casa—. Y nada de excelencias, ya sabes. Siempre seré Breckenridge para ti, viejo amigo.

—¿Cómo está tu esposa? —preguntó. Sabía que la duquesa significaba mucho para él.

—Muy bien, gracias —respondió el duque—. Aunque estoy un poco preocupado por lo que viene. En esta fase los hombres no podemos hacer nada, ¿verdad? ¡Y cómo va tu hacienda?

—Bien, bien —respondió Christopher con aire satisfecho. Estaba orgulloso de su gestión al frente de su casa y sus tierras. El administrador era muy capaz y los criados llevaban muchos años sirviendo a la familia, pero le gustaba involucrarse en las tareas del día a día. Cuando regresara se aseguraría de recibir toda la información de sus colaboradores.

—Me alegra mucho saberlo, Merryweather —dijo Alastair—. Admiro tu dedicación. Al final yo he llegado a disfrutar con esas tareas, pero la verdad es que me costó bastante tiempo. En cualquier caso, acompáñame al despacho. Teneos que hablar de algo. Un ligero… obstáculo que ha surgido en nuestros planes, podría decirse, pero estoy seguro de que podremos superarlo.

Christopher miró a su amigo, que parecía un tanto preocupado, cosa extraña en Breckenridge. Siempre habían sido una pareja de amigos muy desigual: Breckenridge siempre saliéndose de la norma de un modo u otro con tal de divertirse, y gustando mucho a las damas gracias a su eterna sonrisa y a sus ganas de pasarlo bien. Christopher, por su parte, no tenía problemas a la hora de divertirse, pero siempre y cuando eso no supusiera romper alguna norma ni hubiera la posibilidad de que las cosas acabaran mal. No obstante, sacaban lo mejor el uno del otro y, pese a los años transcurridos, seguían siendo íntimos.

Christopher siguió a Breckenridge a su opulento despacho, en el que siempre se sentía un poco fuera de sitio debido al enorme despliegue de colores dorados y carmesí, que le recordaban un dormitorio femenino. Se sentó frente al enorme escritorio de caoba y cruzó las piernas. Estaba deseando que le enseñaran su habitación para cambiarse y asearse tras el viaje, pero estaba claro que su amigo quería hablar antes de algo importante.

Aceptó agradecido la copa de brandi que le sirvió Breckenridge, del que tomó un sorbo y lo alejó, indicando que le bastaba con mojarse la boca. Breckenridge alzó una ceja.

—Sigues con tu costumbre de no beber apenas hasta la cena, ¿no Merryweather? —preguntó sonriente–. Hay cosas que no cambian nunca, amigo mío. Bueno, vamos al asunto. Ayer por la noche hablé con mi hermana y parece que ella… no está muy de acuerdo con nuestros planes.

—¿Qué no está muy de acuerdo? ¿Qué quieres decir? —preguntó Christopher, algo confundido—. ¿No quiere ir a la fiesta? Pues no pasa nada. Podemos empezar el cortejo cuando llegué a Londres para la temporada de después de Navidad. Quizá…

—Se trata de eso precisamente —lo interrumpió Breckenridge—. Con lo que no está de acuerdo es con el cortejo en sí mismo. De hecho, insiste en que en estos momentos no tiene intención de que la cortejen, nadie en absoluto, pero no debemos preocuparnos. Sólo se trata de Anne comportándose como siempre lo ha hecho. Es bastante tendente a… la impulsividad, pero estoy seguro de que cambiará de idea.

Christopher levantó una ceja. Breckenridge parecía estar convenciéndose a sí mismo de que Anne terminaría aceptándolo, tanto como a él.

—Sugiero no presionarla demasiado en un principio —continuó Breckenridge—. Darle tiempo para que se vaya acostumbrando a la idea. Y quizá sería bueno que no te comportaras de una forma tan… rígida.

Christopher lo miró con la boca abierta, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Qué *lady* Anne no deseaba que la cortejara? ¿Cómo era eso posible? Siempre había creído que ella estaría deseando. Las damas en general siempre eran muy amables con él, y le animaban a conversar e incluso a flirtear llegado el caso. ¿Por qué ella iba a ser diferente? Y ahora era el momento de pensar en casarse. Previamente había estado demasiado enfocado en sus responsabilidades como para plantearse el matrimonio. Había pensado que, una vez que Breckenridge estuviera de acuerdo, y a su amigo le había costado hacerse a la idea de que su hermana pequeña pudiera ser objeto del interés de un hombre, todo quedaría resuelto.

—Pero si ella siempre ha sido muy agradable conmigo —dijo en el colmo de la confusión. No entendía nada… Cada vez que hemos hablado o bailado ha sido encantadora, se ha mostrado muy animada, y ha parecido que disfrutaba estando en mi compañía.

—Eso es verdad —concedió Breckenridge asintiendo—. Y estoy seguro de que es así. Aunque debo decir que su naturaleza es ser encantadora con la mayoría de las personas con las que se encuentra.

—Además, ¿qué quieres decir con eso de que me comporto de una forma rígida? Yo no soy rígido. Soy un caballero. Soy conde. Soy lo que se espera que sea, ni más ni menos. Es algo que debería gustarle.

—Ya, pero es que mi hermana…

—Precisamente, Breckenridge, es tu hermana. Mientras tú estés de acuerdo, ¿qué más hace falta?

Breckenridge se echó hacia atrás con gesto tenso.

—Merryweather, no voy a obligarla a que se case con alguien sin su consentimiento.

—No, por supuesto, no sin su consentimiento —dijo descartando la idea con un movimiento de mano—. No somos bárbaros. Pero debe seguir tus deseos, ¿no crees? Lleva sin frecuentar los actos sociales bastante tiempo… ¿a qué está esperando?

—Merryweather, sabes que yo he tenido mucha suerte con mi matrimonio —dijo con expresión más suave—. Amo a mi esposa más de lo que nunca habría podido esperar. Y deseo lo mismo para mi hermana. Y para ti, amigo, te soy sincero. ¿Qué si me haría feliz que fueran así las cosas con vosotros dos? Por supuesto. Pero os tenéis que elegir el uno al otro. No puedo forzaros, a ninguno de los dos. Anne ha aceptado acudir contigo a la fiesta. Acompáñala. Encántala. Conquístala. Y quizá, con un poco de suerte, quizá la cosa funcione. Puede que con eso baste.

Christopher suspiró. Acompañarla. Sorprenderla. Conquistarla. Quizá no fuera una tarea tan difícil. Y si no le resultaba agradable y adecuada como posible esposa, mejor sería saberlo ahora, antes de que fuera demasiado tarde.

—De acuerdo, Breckenridge —dijo finalmente con tono de resignación—. ¿Dónde puedo encontrarla?

CAPÍTULO 3

Lord Merryweather no había llegado la noche anterior.

Era extraño, pensó Anne mientras paseaba sin rumbo por el jardín. Se detuvo para inclinarse a oler las dalias de uno de los maceteros. Las flores, propias de final de verano y comienzo del otoño, estaban ahora en flor, y su belleza era bastante distinta de las que florecían en momentos más tempranos del año. El jardinero de su hermano era muy competente, y aunque Anne no sabía nada de jardinería, sí que era capaz de apreciar la belleza del lugar.

Se decidió por una de las dalias y después escogió otras para formar un ramo para llevárselo a su habitación.

Anne negó con la cabeza pensando en el hipócrita de su hermano. Sólo hacía dos años, Alastair era uno de los casanovas más conocidos de la alta sociedad, antes de que su padre falleciera repentinamente y, también de repente y sin buscarlo, se viera casado con Olivia. De hecho, que se casara fue precisamente debido a su atrevido comportamiento. Además, no tenía las menores ganas de casarse, y se vio forzado a ello. ¿Y ahora tenía el atrevimiento de sugerirle a ella que se casara? ¿Y con un hombre elegido por él?

Se sentó en un banco del jardín y se inclinó hacia delante apoyando la barbilla en el puño. Pensó mientras suspiraba que ojalá pudiera hacer lo que de verdad deseaba, es decir, dedicarse al teatro. Cuando vio a las actrices sobre el escenario de Covent Garden supo positivamente que eso era lo que quería hacer, lo único capaz de hacerla feliz. Tener la oportunidad de ser otra persona, convertirse literalmente en ella, aunque sólo fuera durante un par de horas, ¡qué emocionante sería!

En su juventud había participado en representaciones infantiles organizadas por familiares y amigos, por supuesto, pero eso no había sido nada más que un juego para pasar un rato divertido y dejar volar la imaginación. Pero ahora era como si aún no hubiera crecido, como si no fuera una mujer adulta, ya que nunca había deseado de verdad dejar atrás las expectativas de la niñez. ¿Por qué es necesario perder ese sentido de la libertad por el solo hecho de cumplir años? Eso era precisamente lo que lograba el teatro, llevar a la audiencia a un tiempo pasado en el que la vida era más sencilla, el amor era algo asequible y abundaban las oportunidades de hacer cosas interesantes.

Ahora, por supuesto, en las reuniones familiares y sociales le pedían que se sentara al pianoforte, y le gustaba la música y cantar, pero quería tener la oportunidad de emplear su talento artístico para algo más que entretener a la aburrida aristocracia.

El teatro evolucionaba y cambiaba con la vida, y quería formar parte de ello. Desde que contempló la última representación de Sarah Siddon interpretando a *lady* Macbeth, supo que el ansia de la interpretación no desaparecería en toda su vida.

No obstante, Alastair tenía razón en una cosa: la hermana de un duque no podía convertirse en actriz. Pese a que muchas de las actrices eran respetables, incluso mujeres casadas y con hijos, no era una profesión adecuada para una dama de su posición social. Y por eso estaba tan ansiosa y decepcionada.

Y ahora, por si fuera poco, tendría que resistir las acometidas de un aspirante a su mano. ¡Maldito lord Merryweather y sus persistentes y siempre educados avances! Por lo menos, pensaba que no sería difícil ahuyentarlo, dado lo correcto y formal que era él y lo tendente al drama y a la sobreactuación que era ella.

Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que la cosa hasta podría resultar muy divertida. Sonrió al ver el brillante y cálido sol otoñal que hacía ese día y, sin darse cuenta, empezó a tararear una canción.

* * *

¿QUE NO QUERÍA CASARSE con él? Christopher apenas se podía creer lo que le había contado Breckenridge. Él no era duque, por supuesto, pero tampoco estaba tan lejos socialmente de serlo. Seguro que *lady* Anne sabía lo que podía esperarle en la vida: el matrimonio con un caballero que mereciera la pena. ¿Y quién podía merecer la pena más que él mismo? Igual su amigo estaba gastándole una broma, pensó Christopher mientras pasaba por el espléndido gran salón de la casa y miraba las fascinantes pinturas que decoraban los techos. Después continuó por un largo pasillo que desembocaba en los magníficos jardines por los que, al parecer, ahora paseaba *lady* Anne. Breckenridge siempre había sido bastante bromista. Sí, seguramente eso sería todo, su viejo amigo le estaba tomando el pelo. Una vez que tuviera la oportunidad de hablar con *lady* Anne y de explicarle sus intenciones hacia ella, seguro que aceptaría, y todo iría bien.

Christopher atravesó el frondoso invernadero y empujó las puertas de cristal para adentrarse en el jardín, dándose cuenta en ese momento de que lo que quería hacer seguramente estaba condenado al fracaso. Por supuesto, la mansión del duque era muy grande, lo mismo que los jardines. Podía andar por ellos durante todo el día sin encontrar a *lady* Anne. «Si yo fuera una joven que quiere dar un paseo por los jardines, ¿a dónde iría?», se preguntó.

Christopher decidió ir por el sendero principal, y no había andado demasiado cuando un sonido captó su atención. Ah, los agradables sonidos del campo, pensó sin dejar de andar y poniendo más atención en el canto de los pájaros. La melodía flotaba en el aire y lo envolvía. ¡Qué bonita! ¿Cómo podía ser…? Pero no era el canto de un pájaro, los pájaros no cantan con palabras, salvo los loros. Lo que escuchaba era una canción en toda regla, y sintió la necesidad de adentrarse cada vez más en la vegetación. Estos jardines eran como un laberinto, con parterres y maceteros llenos de flores de todos los colores imaginables. Los jardines de su casa no eran ni parecidos. Pero claro, él sólo era conde, no debía olvidarlo.

La canción era como el canto de una sirena, pensó Christopher conforme se acercaba, un hechizo que lo tenía embrujado. Como si actuaran por su cuenta, los pies fueron siguiendo el camino, y conforme avanzaba, el sonido era más intenso. Torció una esquina y se detuvo de repente.

Y es que a sólo unos pocos metros estaba la joven que, en su opinión, se ajustaba perfectamente a sus planes de futuro. Pero hasta ese momento no había pensado en ella como una mujer. Había olvidado lo hermosa, lo atractiva y lo seductora que era *lady* Anne. Llevaba un vestido de flores del mismo color que el cielo de la tarde que rotaba alrededor de sus tobillos, y el pelo, de color rubio arena, recogido en una serie de intrincadas trenzas, dejaba escapar algunos

mechones rizados y enmarcaba la belleza clásica de su cara. Llevaba en la mano un pequeño ramo de flores de distintos y alegres colores, nada organizado, pero con una naturalidad alegre y positiva. Se acercó a la fuente cercana y termino sentándose en los escalones de piedra y metiendo los dedos en el agua cristalina que brotaba de entre dos piedras. Se quedó mirando con atención el espejo del agua como si buscara algo concreto, aunque no tenía forma de saber qué era.

A Christopher le hubiera gustado hablar con ella para organizar el cortejo de la manera más adecuada, pero estaba absorto y no quería romper la escena que se desarrollaba delante de él y que le recordaba a una pintura, pero en movimiento. Hubiera dado lo que fuera para tenerla colgada en una de las paredes de su salón. Dio un paso atrás para retirarse, pero al hacerlo escuchó el sonido de una rama que crujía bajo el peso de su bota, lo que hizo que *lady* Anne alzara la cabeza de inmediato. Sus ojos, cuyo color ahora se daba cuenta de que hacían juego con el azul del vestido, se abrieron mucho al verlo. Intentó levantarse a toda prisa, pero al hacerlo tropezó con el dobladillo del vestido con tan mala suerte que cayó hacia atrás sobre el agua dando un pequeño grito de sorpresa.

—¡Por el amor de…! —Exclamó Christopher al tiempo que salía corriendo hacia ella, que en ese momento se movía en un torpe chapoteo sobre las someras aguas. El bonito vestido ya no flotaba, todo lo contrario. Empapado como estaba ahora, se ajustaba a sus formas femeninas de una manera que tampoco necesitaba mucha imaginación para verlas en su mente, pese a que hacía mucho tiempo que no la ejercitaba. Cuando la joven se levantó le habían caído sobre la frente algunos mechones, y el ramo que tan buen aspecto tenía entre sus manos ahora estaba deshecho, con las flores flotando tristemente en la superficie del agua.

Lady Anne lo miró asombrada al ver que él, sin pensarlo ni por un segundo, se metió también en la fuente, procurando no estremecerse cuando las botas se calaron inmediatamente. Caminó torpemente hacia ella y extendió una mano para ayudarla a levantarse, pero tropezó con las botas, ahora muy pesadas por el agua, y también cayó con estrépito en la fuente. El mínimo estanque tenía muy poca profundidad, unos veinte centímetros como mucho, pero el agua estaba muy fría, y empapó por completo los pantalones, la camisa y el chaleco.

Cuando alzó la vista dese su posición, con la espalda sobre el suelo de la fuente y sujetándose con los codos, vio que ella lo miraba con los ojos muy abiertos de asombro y los labios formando una O perfecta.

—Bueno —dijo, aclarándose la garganta—, le he dicho a su hermano que me vendría bien un baño.

Al escucharlo, las comisuras de los labios se elevaron y, al cabo de un momento, estalló en una risa larga y sonora. No era la risita coqueta que la mayoría de las jóvenes que conocía utilizaban para flirtear, sino la de una mujer que expresaba auténtica diversión. Era muy contagiosa, y no tardó mucho en estallar también en carcajadas.

—Le digo de verdad que es un placer volver a verlo, lord Merryweather —dijo, y procuró no hacer mucho caso del tono de sorpresa que había empleado—. Lo cierto es que no recordaba verlo reír tan alegremente desde que nos conocemos.

Se puso serio al escuchar sus palabras y la sonrisa se desdibujó en su cara.

—Le ruego que me disculpe, *lady* Anne.

—¡Ni se le ocurra disculparse por reír! —dijo al tiempo que se intentaba poner de rodillas.

Christopher se apresuró a levantarse para poder ayudarla a hacer lo propio.

—Yo diría que tiene usted un magnífico… susurro entre dientes de barítono, lord Merryweather.

Apenas pudo centrarse en sus palabras, ya que estaba demasiado ocupado mirándola a la cara. ¿Habían sido siempre sus ojos así de azules y cristalinos, sus labios así de rosados, y el inferior tan lleno como le parecía ahora? La joven alzó las cejas perfectas cuando lo miró a los ojos.

—Debo reñirlo por asustarme de esa manera —dijo mordiéndose levemente ese labio que tanto lo incomodaba y tan ansioso lo ponía sin saber muy bien por qué—. De todas maneras, me doy cuenta de que ha sido un accidente y, en cualquier caso, ha conseguido que me lo pase muy bien en una mañana que empezó bastante sosa y desalentadora. —Agarró la mano extendida y le permitió que la ayudara a levantarse.

—Siento que haya algo que le preocupe, *lady* Anne, sea lo que sea —dijo, ofreciéndole el brazo.

Le rodeó el brazo con los dedos como si estuvieran cerca de la pista de baile de un abarrotado salón, y no de pie sobre el agua de una fuente del jardín de su hermano.

—¿Le apetece hablar de ello?

—No —contestó Anne rápidamente negando con la cabeza de forma enfática. Y en ese momento todo estuvo claro para él. Lo que preocupaba a la joven era precisamente su llegada, y su interés en cortejarla. Estuvo tentado de bajar el brazo, pero era demasiado caballero como para hacer eso. Lo que hizo fue ayudarla a salir de la fuente, incluso levantando las empapadas faldas por encima del borde.

—¿Dónde está su criada? —preguntó intentando buscar algo que pudiera ayudarla a secarse. Sus labios empezaban a tener un ligero tono azul y había empezado a temblar.

—Supongo que dentro de la casa —dijo con despego—. No sabía que iba usted a venir a verme, así que no pensé en que debía estar acompañada. Aunque me han dicho que eso apenas tiene ya importancia social, ¿no es así?

Vio que lo miraba con un brillo especial en los ojos que lo preocupó. Si no estaba muy dispuesta al cortejo, ¿por qué hablaba de ello tan abiertamente?

—*Lady* Anne, deberíamos hablar de…

—¡Ah, mire, ahí está mi doncella! —interrumpió, al tiempo que una joven criada salía casi corriendo por la puerta. Seguramente le habían dicho que fuera a buscar a su señorita una vez que Christopher había ido a los jardines—. Tengo que cambiarme antes de que agarre un catarro, lord Merryweather. Nos veremos en la cena, y ya mañana saldremos hacia Aspendale, o al menos eso creo. ¡Nos vemos!

Y así, sin más, la ninfa desapareció, corriendo a toda la velocidad que le permitía la pesada ropa mojada. Christopher no despegó los ojos de ella hasta que desapareció en la casa, con la sensación de que su vida nunca volvería a ser la misma desde ese momento.

CAPÍTULO 4



Anne tuvo que contenerse para no salir corriendo tras bajar los escalones del carruaje y subir el camino de Aspendale, la mansión de los Winterton, y no precisamente a causa de la familia en sí misma. Tenían tres hijas, todas ellas casaderas, y Anne sabía que el vizconde y su esposa estaban casi desesperados por casarlas. Pero parecía que les estaba costando mucho lograrlo, pues las jóvenes no eran especialmente agraciadas, e incluso se comportaban de un modo un tanto grosero a veces.

Sabía que tanto ella como su madre probablemente habían sido invitadas simplemente porque eran vecinas, y al hecho de que eran necesarias más mujeres para igualar en número a los hombres que habían sido invitados a la fiesta. Era una época del año un poco extraña para celebrar una fiesta en una casa de campo, pues el tiempo ya había empezado a empeorar, pero esperaba que la reunión paliara su aburrimiento, al menos en parte.

Lo que de verdad agradaba a Anne era el hecho de tener la oportunidad de pasar mucho tiempo con su amiga Honoria. No se veían desde hacía meses, ya que la familia de Honoria había permanecido en Londres. Anne tenía mucho que contarle.

Cuando entraron en el salón de estar, los ojos de Anne se iluminaron al ver a su amiga, y corrió a encontrarse con ella.

—¡Anne! —exclamó Honoria al acercarse, y le dio un efusivo abrazo—. ¡Qué alegría verte! Hacía tanto tiempo…

—¡Y tanto! —dijo Anne, encantada de ver que Honoria estaba exactamente igual que siempre.

Seguía igual de encantadora, con las redondas gafitas deslizándose como siempre por la nariz y usando el delgado índice para levantarlas.

—¡Tenemos mucho de lo que hablar! —dijo en voz baja mientras llevaba a Anne a un rincón apartado del salón—. He oído decir que te están cortejando… ¡Lord Merryweather! ¡Cómo es posible que no me lo hayas dicho? Habría bastado con una simple nota.

Anne miró a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera escucharla, pero se dio cuenta de que todo el mundo estaba dándose la bienvenida. El propio lord Merryweather hablaba en ese momento con varios caballeros, y por supuesto los Winterton, que en ningún momento ocultaban sus intereses. Así que se volvió para hablar tranquilamente con Honoria.

—Yo no me enteré hasta ayer mismo —dijo en un susurro—. Mi hermano me informó de que lord Merryweather iba a venir a acompañarme aquí para empezar a cortejarme. Me pilló con la guardia baja del todo.

—¡Pero tienes que haberte dado cuenta de que le interesabas! —dijo Honoria, y abrió mucho los ojos cuando Anne negó con la cabeza.

—¡Yo no tenía la menor idea! —dijo—. Aunque desde que llegó ayer la cosa se ha puesto un poco… interesante, digamos.

—Ah, ¿sí? —preguntó Honoria levantando una ceja—. ¡Cuenta, cuenta!

Y Anne le relató lo que había ocurrido en la fuente, y los agradables momentos de humor que compartieron.

—Ni me podía imaginar que el caballero fuera capaz de reírse de esa manera de sí mismo —dijo Anne sonriendo al recordarlo—. Pero se rio de verdad. ¿Te lo puedes imaginar, Honoria? ¡Lord Merryweather sentado sobre el agua, con su impecable atuendo absolutamente mojado y hecho una auténtica pena!

—Estoy seguro de que fue algo digno de verse, sí. —Una voz de barítono sonó justo detrás de ella.

Vio su propia sorpresa reflejada en el rostro de Honoria y se dio la vuelta. Allí estaba el caballero del que estaban hablando, inmaculadamente vestido hoy, con camisa blanca y chaleco y pantalones grises. Sus cálidos ojos pardos estaban clavados en ella, encima de los elevados pómulos. Era alto, aunque no desmesuradamente, y recordó que ayer, al agarrarle el brazo, notó que sus músculos eran duros, fuertes y bien definidos.

—¡Lord Merryweather! —exclamó—. No le había visto.

—Por supuesto que no —dijo con gesto estoico, aunque Anne distinguió una mínima curvatura en la comisura del labio—. De no ser así no habría hablado de mí en esos términos, supongo… ¿o sí que lo habría hecho?

—Pues… bueno. Sí, quiero decir no… Le pido disculpas —dijo mordiéndose el labio y sin saber qué más decir. En cualquier caso, eso era lo que deseaba, demostrarle que era una elección inadecuada para él, incluso podría decirse que horrible—. ¿Conoce a mi más querida amiga, *lady* Honoria Smallbrooke?

—Estoy seguro de que hemos coincidido en Londres, pero tengo que reconocer que fui muy torpe por no darme cuenta de lo encantadora que es usted —dijo, tomándole la mano a Honoria y llevándosela a los labios, lo cual provocó que la joven se quedara con la boca abierta de asombro y que Anne ahogara una exclamación y sintiera un extraño vacío en el estómago. De hecho, y sin poderlo evitar, hasta se sintió tentada de apartar la mano de Honoria de sus labios y sustituirla por la suya. ¡Qué cosa tan rara! No quería tener nada que ver con ese caballero, así que, ¿por qué le había pasado eso?

—*Lady* Anne ha sido muy amable conmigo, pese a que no supo de mi inminente llegada hasta pocas horas antes de que se produjera —dijo. Al parecer, había escuchado bastante más de la conversación de lo que pensaba en un principio—. Soy amigo de su hermano desde hace tiempo, y me apetece mucho tener la oportunidad de pasar más tiempo con la familia.

Mientras Honoria y lord Merryweather charlaban, la madre de Anne, *lady* Cecilia, duquesa viuda de Breckenridge, la miraba encantada desde el otro extremo de la habitación, indicándole con no excesiva sutileza que se acercara más a Lord Merryweather y que interviniera activamente en la conversación y fuera más cordial con él.

Anne negó con la cabeza ligeramente, intentando transmitirle a su madre que no estaba interesada en el caballero y que la dejara en paz. Se hacían señas silenciosas, manteniendo una especie de muda discusión que pensaban que no sería seguida por nadie. No obstante, pronto se dio cuenta de que la conversación entre sus dos acompañantes había finalizado, y que tanto Honoria como lord Merryweather la miraban a ella de hito en hito.

—¿Va todo bien, *lady* Anne? —preguntó lord Merryweather.

Compuso una amplia sonrisa.

—¡No podía ir mejor! —contestó con fingida alegría—. Pero tengo que rogarles que me excusen un momento. Tengo que decirle a mi madre algo importante.

Se alejó con un fuerte frufrú de las amplias faldas del vestido. Tenía que hacer algo, y muy deprisa, porque si no muy pronto a ojos de su familia y de la aristocracia, Merryweather y ella iban a estar prácticamente casados.

* * *

CHRISTOPHER LA VIO MARCHAR, incapaz de apartar la vista de su bonito trasero, que se bamboleaba de un lado a otro conforme la joven avanzaba. Cuanto más tiempo estaba con ella, más impresionante le parecía. Lo cual no dejaba de ser extraño, pues se estaba dando cuenta de que no era exactamente la mujer que él había pensado que sería. No era tan recatada ni tan correcta como esperaba. No obstante… volvió a mirar a *lady* Honoria, que a su vez tenía los ojos clavados en él con una sonrisa algo burlona en la boca.

—Debería tener cuidado, milord, y no entregarle su corazón con excesiva facilidad —dijo con una sonrisa comprensiva—. Y es que, aunque la quiero mucho, debo decirle que lo más probable es que se lo rompa.

—No le he dado mi corazón —replicó él con tono algo indignado—. Lo único que pretendo es cortejarla, aunque me lo está poniendo bastante difícil, la verdad.

—Creo que esa es precisamente su intención —confirmó Honoria riendo al tiempo que se alejaba. Notó que había alguien junto a él y se volvió.

—¡Watson! —exclamó con alegría—. ¡Hacía tiempo que no nos veíamos, viejo amigo! No sabía que ibas a venir.

—¿Hubieras venido tú de haberlo sabido? —preguntó su amigo jocosamente, y los dos rompieron a reír—. ¿Te pasa algo, Merryweather? Estabas muy serio cuando te he visto. —Merryweather negó con la cabeza algo desconcertado.

—Sólo que creo que no voy a entender nunca las complejidades del carácter de las mujeres.

—Te estás refiriendo a *lady* Anne, ¿no es así? —preguntó Watson—. Por lo menos eso es lo que dicen las malas lenguas.

—Lo estoy intentando, Watson —dijo Christopher aceptando un vaso de brandi del criado que se había acercado y dando un sorbo—. Pero me está resultando difícil estar con ella sólo durante más de un minuto.

—Esta noche va a haber un baile —le informó Watson con un brillo en los ojos—. Estoy seguro de que, si consigues bailar un vals con ella, no tendrá más remedio que escucharte y aceptar que la cortejes. De todas formas, debo decirte que me sorprende un poco que la hayas escogido a ella como tu posible esposa. Nunca te han gustado los comportamientos que se salen de lo normal y establecido, y *lady* Anne tiene tendencia a comportarse algunas veces de forma… un tanto impropia. Hay muchas jóvenes que sin duda acogerían muy bien el que las cortejaras. De hecho, los Winterton tienen tres hijas a las que sólo les falta ponerlas en un escaparate. Me doy cuenta de que *lady* Anne es una belleza, sí, pero ¿no te has planteado otras opciones, amigo mío?

Christopher reflexionó un momento acerca de lo que Watson le estaba diciendo, pero enseguida llegó a la conclusión de que no iba a rendirse. Al menos tan pronto. De ninguna manera.

—Tengo un plan que pasa por *lady* Anne —dijo, y se dio cuenta enseguida de lo estúpidas que habían sido sus palabras, aunque no encontraba otras con las que expresar lo que pensaba—.

Seguiré con él hasta que deba cambiarlo.

—Siempre con tus planes y tus listas de prioridades, Merryweather —dijo Watson negando con la cabeza y dándole unos golpecitos en el hombro a su amigo—. Te deseo la mejor de las suertes. Me da la impresión de que vas a necesitarla, amigo mío.

* * *

—VIENE HACIA AQUÍ —susurró Honoria.

ANNE GRUÑO y miró inmediatamente a derecha e izquierda intentando encontrar una vía de escape.

—Parece que viene muy decidido —dijo Honoria riendo—. Lo cierto es que yo soy unos diez centímetros más baja que tú, y algo más ancha, además. ¿Por qué no hablas con él, por lo menos, Anne? Si no quieres que te corteje, díselo claramente para que pueda intentarlo con otra.

Eso era lo que debería hacer, desde luego, pero la idea de que se interesara por otra mujer la hacía notar de nuevo una sensación extraña, la misma que notó cuando le besó la mano a Honoria. Suspiró.

—Les dije a mi madre y a Alastair que ya veríamos una vez pasados estos días —explicó—. Pero la verdad es que es un caballero muy agradable, y preferiría no herir sus sentimientos.

—Y si es tan agradable, ¿por qué te empeñas en huir de él? —preguntó Honoria algo exasperada—. Un cortejo no implica ningún compromiso, Anne. Dale una oportunidad.

—Un cortejo puede ser visto por la alta sociedad como un compromiso, lo sabes muy bien, Honoria —dijo Anne, algo enfadada por el hecho de que todo el mundo, incluida su mejor amiga, tuviera tantas ganas de casarla—. No es a él a quien rechazo, sino a la idea de casarme. Tengo otros planes.

—¡Oh! —exclamó Honoria alzando una ceja—. ¿Y cuáles son esos planes…?

—¡Voy a ser actriz! —susurró Anne con tono conspiratorio. Si había alguien capaz de entender sus motivos, esa era Honoria. Pero, para su disgusto, su amiga se echó a reír.

—¿Actriz? ¡Pero Anne, si ya lo eres… todos los días! —Debió notar que Anne iba en serio, porque la sonrisa desapareció inmediatamente de sus labios—. ¡Ah!, ¿quieres decir actuar de verdad? ¿En un escenario? Anne, eres…

—Hija de un duque, sí. Hermana de un duque, claro. Sí, lo sé perfectamente. —Puso los ojos en blanco, decepcionada por el hecho de que su mejor amiga reaccionara igual que todo el mundo lo hacía.

—Bueno, ¿y qué estás pensando hacer…?

—*Lady* Anne.

Lord Merryweather. Se había olvidado de que quería evitar hablar con él. Suspiró. Quizás era el momento de regresar al plan original, es decir, convencerlo que no era la mujer apropiada para él. Y es que no pensaba que fuera a tener el valor de rechazarlo sin más.

—¡Aquí está por fin, milord! Llevo buscándolo por todas partes… —dijo con una exagerada sonrisa y tomándole las manos, a lo que él reaccionó sorprendiéndose mucho y dando un mínimo paso atrás.

—Ah, vaya, eso es estupendo —dijo, aunque notó perfectamente lo sorprendido que estaba por su inesperada exuberancia—. Esperaba que me concediera un baile.

—¡Por supuesto, estaré encantada! —dijo sin soltarle la mano, lo que pareció incomodarle un poco—. ¡Ah, un vals! ¡Perfecto!

Le condujo a la pista de baile, en la que sólo había unas pocas parejas moviéndose al compás del piano que tocaba *lady* Winterton. Lo lógico era que la propia Anne estuviera al piano, pero, por supuesto, sabía que el objetivo de los Winterton era hacer todo lo que pudieran para resaltar la presencia de sus hijas, y asegurarse de que nadie les quitara protagonismo.

—¡Qué pieza tan bonita, *lady* Patricia! —le dijo en voz alta a la joven al pasar a su lado. Cuando volvió la cara para mirar a lord Merryweather, éste se había ruborizado un poco, sin duda por la atención que estaban concitando. Anne se sintió un tanto culpable, pero se dijo a sí misma que eso era mucho mejor que rechazarlo de primeras.

Después la sujetó entre sus brazos, con los cuerpos muy cercanos, y de repente se preguntó si de verdad había tomado la mejor decisión después de todo.

CAPÍTULO 5

¿Qué le pasaba a esta mujer? En un momento dado parecía que quería librarse de él como fuera, y al siguiente podía decirse que se arrojaba a sus brazos. A Christopher su actitud lo pilló con la guardia baja, y no le sentó bien, porque nunca le habían gustado las sorpresas. Ni siquiera un poco.

—Lady Anne —empezó, y se aclaró la garganta… pero se interrumpió al notar que la joven se apretaba con fuerza contra él, y miró a su alrededor para ver si alguien los estaba mirando. Parecía que cada cual tenía mejores cosas de las que preocuparse que de estar pendiente de ellos, pero pensó que sería mejor dar un pequeño paso atrás. No obstante, su cuerpo lo traicionó, y con bastante claridad, debido a la cercanía de *lady* Anne y la sensualidad de sus curvas.

La joven le sonrió, y se le olvidó todo lo que iba a decir a ver los preciosos ojos azules de la joven, que parecían titilar por el reflejo de la luz de los candelabros.

Vaciló ligeramente. La habitación, que antes le había parecido muy amplia y capaz de permitirle bailar cómodamente entre las otras parejas, de repente se le hizo pequeña, pues no deseaba otra cosa que estar sólo con ella, sin nadie más a su alrededor.

—¿Sí? —dijo ella en un susurro, y bajó la cabeza para mirarla, sorprendido de nuevo, esta vez por el súbito cambio de tono. ¿Se estaba burlando de él? No, imposible: era la viva imagen de la sinceridad. Mientras él se rehacía, la joven aprovechó para llenar el silencio.

—¿Ha escuchado la noticia? *Lady* Winterton ha organizado una excursión mañana por la noche para acudir al teatro de Maidstone. ¡Será la primera vez que vaya! ¡Es magnífico!

Lord Merryweather hizo una pequeña mueca.

—No soy muy aficionado al teatro, la verdad —dijo—, aunque sé que a muchos les gusta.

Anne puso cara de horror al escuchar sus palabras.

—¿No le gusta el teatro? ¡No puede ser verdad! —No pudo evitar una sonrisa, pues era como si la hubiera insultado personalmente—. Oh, lord Merryweather, no sabe usted lo mucho que se pierde no gustándole. La intriga, el drama, la posibilidad de asomarse a la intimidad de otra persona gracias al talento de un actor o actriz. ¡No hay nada que no pueda gustar en el teatro!

—Pues… no sé qué decirle, la verdad —confesó encogiéndose de hombros—. Supongo que estoy demasiado anclado a la realidad, y tengo la impresión de que tiene poco sentido malgastar tiempo en algo que no conduce a ningún propósito.

—De acuerdo —dijo haciendo un gesto de decisión—, creo que voy a asumir como una tarea personal el que supere esas ideas tan absurdas y aprenda a disfrutar con el teatro y a facilitarle el acceso a todo lo que ese arte puede ofrecerle. Lord Merryweather, mañana me sentaré con usted para asegurarme de que entienda lo fascinante que puede ser una obra de teatro bien interpretada. ¿Está de acuerdo?

—Sí, claro. Y ahora…

—Lord Merryweather, debo decirle que baila usted de maravilla —dijo, y lo atrajo más hacia sí, aunque pareciera imposible.

—¿Qué bailo de maravilla? ¿Yo? —repitió confundido—. *Lady* Anne, debo decirle que es la primera vez que alguien me dice semejante cosa. Puede que hasta decir que no lo hago mal pudiera resultar exagerado… ¿pero que bailo de maravilla? Desde luego que no.

Anne se rio. Fue una risa preciosa y feliz, que llamó la atención de las parejas cercanas, por lo que Christopher se aclaró nerviosamente la garganta.

—*Lady* Anne…

—¡Oh, lord Merryweather, tengo que enseñarle algo! —dijo ella con repentino regocijo, lo que hizo que la mirara aún más confundido

—¿Aquí? —preguntó—. Reconozco que es una habitación grande y magnífica, aunque no tiene nada que ver con Longhaven, por supuesto. No obstante, no alcanzo a entender qué puede haber aquí que quiera usted enseñarme.

—Aquí no, qué bobada—dijo, y cuando la miró, le pareció que abría y cerraba las pestañas a toda velocidad. ¿Estaba flirteando con él? ¿Cómo era posible, en nombre del cielo, que una mujer no quisiera ni verlo en un momento dado y al siguiente se pusiera a flirtear con él de manera ostentosa? —¡Venga conmigo! —dijo, y volvió a tirar de su mano. Él se resistió inicialmente, pero ella tiró con más fuerza. Se habían convertido en el centro de atención, y le pareció que lo mejor que podía hacer en ese momento era dejarse llevar por ella.

Lo llevó hasta el pasillo, y al llegar allí se detuvo, negándose a avanzar más.

—A ver, *lady* Anne: debería tener usted cuidado si no quiere que todos los asistentes a la fiesta hablen de usted.

—¡Vaya, lord Merryweather!, ¿de verdad le preocupa tanto eso? —preguntó al tiempo que movía la mano para quitarle importancia—. Sígame, por favor, será sólo un momento.

Suspiró e hizo lo que le pedía. La siguió por un pasillo, sintiéndose cada vez más inquieto. No era esa la forma en la que quería cortejarla. Ni mucho menos.

* * *

ANNE, pese a su sonrisa, se sentía culpable al ver la cara de Merryweather, que estaba completamente descolocado. La miraba frunciendo el ceño y arrugando la nariz, de perfecto perfil romano. Ahora que estaba muy cerca de él, Anne tenía que admitir que era muy atractivo. El pelo, muy corto y de color avellana, y el traje, inmaculado como siempre. Las mejillas firmes. Cualquiera que lo viera estaría de acuerdo en afirmar que respondía a la definición de un caballero sin tacha. Lo sentía por él, la verdad, y sabía que, una vez terminada esta condenada fiesta, el pobre hombre no querría volver a tener nada que ver con ella, dado que su comportamiento no iba a cuadrar con lo que esperaba de una esposa.

El invernadero de los Winterton era magnífico, aunque no tenía nada que ver con el de Longhaven. En cualquier caso, contenía muchos rincones bonitos y zonas umbrías que eran perfectas para lo que Anne tenía en mente.

—No falta mucho —dijo, echando una mirada hacia atrás que esperaba que a él le resultara seductora y audaz. Si tenía que ser sincera consigo misma. Lo cierto era que se sentía un tanto ansiosa con esta especie de cita improvisada, aunque también le preocupaba un poco la reacción de Merryweather. Si el objetivo era que la rechazara, ¿por qué ahora no terminaba de gustarle la idea de que pasara eso?

Por fin encontró la puerta que estaba buscando y la atravesó, seguida de cerca por lord Merryweather. El conservatorio estaba oscuro, sólo a la luz de la luna y las estrellas que se podían observar brillando a través de los cristales. Perfecto.

—*Lady* Anne, esto está… desierto. Quizá sería mejor que regresáramos con los demás antes de que nos echen de menos. No quiero que su reputación quede dañada.

—No tardaremos en volver. —Empezó a caminar entre las filas de vegetación, buscando algo que pudiera reconocer para enseñárselo—. ¡Oh, mire! —exclamó cuando por fin encontró algo que servía para sus propósitos—. ¡Una dalia! Es mi flor favorita.

—Parecen gustarle las flores —dijo Merryweather acariciando levemente un pétalo rosa.

Anne sintió una quemazón al pensar que él repetía esa misma caricia en su piel

—¿Eso piensa? —La voz le salió algo ronca, y se aclaró la garganta. —«Haz el papel de seductora, Anne, no de joven inocente».

—Sí. El otro día la ver recoger flores en su jardín, y ahora estamos en el invernadero admirando sus favoritas.

—Ah, claro —confirmó, intentando recuperar la calma mientras se acercaba a él—. Me encantan las flores. —Levantó los ojos hacia él y lo miró a través de las largas y entrecerradas pestañas—. Son suaves, dulces, y huelen de maravilla. Pero la verdad, lord Merryweather, es que no era esto lo que quería enseñarle.

—¿No?

—No.

Armándose de valor, se aupó sobre las puntas de los dedos, cerró los ojos y acercó los labios a los de él. Nunca la habían besado antes, y lo cierto es que en ese momento tampoco, porque en realidad era ella la que lo estaba besando a él. El joven se quedó paralizado, al parecer en estado de shock, y Anne esperó que llegara el momento en el que él la apartara y le dijera que no debía besarle de esa manera, que lo que estaba haciendo era muy impropio y que no quería volver a tener nada que ver con ella.

Pero estaba claro que había subestimado a lord Merryweather. Parecía que, pese a toda su formalidad, no era tan frío y serio como aparentaba ser. Se dio perfecta cuenta del momento en el que se liberó de los remilgos y permitió reaccionar a su cuerpo. De repente, los brazos, hasta ese momento rígidos, la rodearon con una rara mezcla de firmeza y suavidad y empezaron a tomar el control de los acontecimientos. Movió los labios con firmeza y le acarició la espalda con las manos, además de acercarla más a él. Empezó a acariciarle los labios con la lengua, y cuando ella entreabrió la boca para dejar salir un mínimo gemido, aprovechó la oportunidad para explorar con ella el cálido interior.

Ambas bocas empezaron a jugar un juego amoroso desconocido y placentero, y la sensación que la invadió fue nueva, distinta a todo lo que había sentido con anterioridad. Además, le parecía que ansiaba algo que no sabía que estuviera a su disposición. Pensó que era algo parecido a probar por primera vez el chocolate: nunca había tenido ganas de comerlo, para tras probarlo, aunque fuera un poco, deseaba más y más.

Por lo que a Merryweather respectaba, bueno, su sabor se parecía al del pipermín, con ligeros toques del brandi que había estado bebiendo antes. Y olía divinamente. Si alguien le hubiera preguntado antes que describiera el aroma que pensaba que tendría un hombre atractivo, sin duda que hubiera contestado que, como el de Merryweather, sería profundo, especiado y embriagador, a clavos de olor mezclados con cuero y almizcle.

Anne pensaba que se podría pasar la vida entera besándolo, y sentía la urgencia de arrimarse aún más a él, y apretarse contra el exterior de su delgado cuerpo. En un momento dado, sintió

algo duro justo en el medio, y abrió los ojos con asombro al darse cuenta de lo que era. Lord Merryweather se dio cuenta de sus dudas y separó sus labios de los de ella de inmediato.

—Oh, Dios… —gruñó, y el breve y agradable interludio finalizó. Se acabó el momento en el que había perdido el control y se había permitido ciertas libertades difíciles de imaginar en él. Mientras Anne esperaba las palabras que, sin la menor duda, iba a pronunciar, se dio cuenta de que lo que en realidad quería no era otra cosa que volverlo a hacer, por lo que sintió cierta desesperación que no terminaba de comprender.

—No deberíamos haber hecho esto. —Ahí estaba. Se lo dijo con la frente apoyada contra la de ella, y ambos recuperaban la respiración normal tras el apasionado beso—. Ha sido un tanto impropio, la verdad.

Anne cerró los ojos a la espera de la siguiente frase, esa en la que le iba a decir que nunca volvería a pasar, y que tras lo ocurrido ya no deseaba cortejarla, y ni mucho menos casarse con ella. Tendría la libertad de hacer lo que deseaba desde el principio, intentar cumplir su sueño. Debería estar deseando escuchar esas palabras de ruptura, pero la verdad era que, en ese momento, las temía.

—Lo que pasa es que ahora no puedo pensar en otra cosa que en hacerlo de nuevo —dijo, y Anne abrió los ojos como si tuviera un resorte en los párpados—. Anne, creo que es el momento perfecto para decirte que pido tu permiso para cortejarte, y me alivia y alegra mucho saber que a ti te parece bien.

¡Vaya! Eso era de lo más inesperado.

Anne se quedó helada al escucharlo, y sin saber qué decir, pues sentía emociones encontradas. Por un lado, una sensación de euforia invadió todo su ser al saber que seguía sintiéndose atraído por ella, pese a su atolondramiento, y que, de hecho, no le importaba, sino que lo aceptaba y hasta le gustaba. Pero, por otro lado, este no era el resultado que se había imaginado, y todos los esfuerzos que había hecho para asustarle no habían servido para nada. Todo lo contrario: al parecer lo habían animado aún más. El caso es que Merryweather le gustaba, y mucho, pero… ¿quería casarse con él?

—Debo disculparme, lord Merryweather, no sé lo que me ha pasado —dijo al tiempo que daba un paso hacia atrás para separarse de él, y sin tener muy claro lo que quería hacer en realidad—. He actuado sin pensar. Es algo que usted debería saber, me pasa a menudo. No siempre pienso las cosas como debería, ¿sabe? De hecho, soy bastante impulsiva. Demasiado impulsiva, de hecho. Estoy segura de que, si me conoce mejor, llegará a pensar eso. —No pudo evitar divagar. Él no dejaba de mirarla, con esos ojos color castaño claro que tanto se parecía al de los crisantemos de su jardín. Tomó aire con fuerza y decidió que quizá lo mejor sería decir la verdad pura y simple—. Lo que quiero decir, lord Merryweather, es que no estoy segura de si nos iría bien.

La tomó de las manos y se las llevó a los labios, sin dejar de mirarla en ningún momento.

—Comprendo perfectamente sus dudas, *lady* Anne.

Ellen abrió mucho los ojos, pero el joven asintió.

—¿Puedo sugerir que aprovechemos la oportunidad que tenemos para conocernos mejor y ver si hay algo más entre nosotros de lo que pueda parecer ahora?

Tragó saliva, anonadada por la intensidad de su mirada y el temor de que uno de ellos, o incluso los dos, sufrieran mucho si seguían ese plan.

—Lord Merryweather, creo que eso podría estar bien —dijo por fin.

CAPÍTULO 6



Pese a la intención de Christopher de pasar la mayor cantidad de tiempo posible con Anne durante la fiesta, al día siguiente se mostró esquiva con él. La mujer lo tenía muy confundido. La verdad es que ella tenía razón, no parecía que sus formas de ser tuvieran mucho que ver. Pero le había besado. No tenía muy claro el porqué. No era ni mucho menos la seductora que pretendía aparentar, sino una joven poco o nada entrenada en las formas de la pasión. Aunque le había sorprendido mucho su forma de comportarse tan directa, la verdad es que lo que le dejó en shock fue su propia reacción. Se había olvidado de todo cuando el deseo lo inundó. Lo que decía indicaba que no era una mujer adecuada para él, ni mucho ni poco, más bien todo lo contrario, pero no fue capaz de evitar resistirse a su fuego, zambullirse en él, en el placer y la diversión que parecía haber olvidado hacía mucho tiempo.

Cuando estaba cerca de ella, por mucho que le pareciera importante lo que le decía la lógica, que era necesario mantener las formas, eso dejaba de tener importancia. Fue como una revelación para él, y sentía una gran urgencia de compartir la experiencia con Anne.

¡Si pudiera hablar con ella, aunque sólo fuera un minuto!

—Pareces muy pensativo esta tarde.

Christopher se sobresaltó al darse cuenta de que Watson le estaba hablando. Ya estaban sentados a la mesa para cenar, el aire viciado por el humo de los cigarros puros mientras que las mujeres se habían retirado a la sala de estar. Christopher tenía delante una copa de oporto a la que sólo había dado un par de sorbos. Las cosas habían llegado más lejos de lo que debían la noche anterior con Anne, y eso que en aquel momento estaba completamente sobrio. No quería ni pensar en lo que pasaría si tuviera una copa o varias de más.

—¿Estás pensando en una mujer en particular? ¿Una encantadora belleza rubia, quizás?

Christopher pensó que no debía contestar a Watson, pero pensó que, si en breve iba a cortejar a Anne, ¿qué más daba?

—Pues lo cierto es que sí, Watson —dijo, notando que una sonrisa pugnaba por asomar a su boca y luchando por evitarlo—. Puede que las cosas entre nosotros no sean tan complicadas como parecía en un principio.

—Me alegra mucho oírte decir eso, Merryweather —dijo Watson con una sonrisa de complicidad—. Sabes que siempre te deseo lo mejor.

—Lo sé.

—Bueno, caballeros —dijo el anfitrión levantándose—. Creo que deberíamos ponernos en camino hacia el pueblo si queremos llegar a tiempo a la representación.

Pese a que Christopher estaba deseando pasar tiempo con Anne, lo cierto es que no le apetecía nada ir al teatro. No entendía qué interés podía haber en ver a los actores hacer tonterías

sobre el escenario, mientras la audiencia reaccionaba muchas veces con emoción que, en algunos casos, conducía a abucheos y hasta al lanzamiento de objetos. Siempre había ido al teatro en Londres, nunca a un pueblo pequeño como Maidstone, y le preocupaba lo que pudiera pasar. Pero si la cosa hacía tan feliz a Anne como ella decía, allá iría, y más tras haberle prometido contemplar la representación con la mente abierta.

* * *

ANNE ESTABA al borde del asiento, esperando ansiosa el comienzo de la representación. Se trataba de una versión de *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, aunque Christopher no sabía exactamente cómo se iba a desarrollar. Durante el viaje en carruaje hasta Maidstone, una de las hermanas Winterton, no sabía cuál de ellas pues todas tenían el mismo aspecto y se comportaban de la misma manera, le había dicho que la compañía era londinense, y que estaban de gira por el país. Lo cual le hacía concebir la esperanza de que fueran al menos lo suficientemente competentes.

El grupo se arracimaba en un palco cercano al escenario, que parecía un tanto vulgar, pero no se podía saber a ciencia cierta desde esa distancia. Anne parecía sentir mucha curiosidad por lo que fuera a ocurrir, igual que su amiga, *lady* Honoria, que estaba sentada a su lado.

Christopher estaba más interesado en el público que había acudido. Había gente de todo tipo, desde nobles como ellos en los palcos cercanos al escenario, pasando por gente de clase en asientos detrás de ellos hasta la gente de clase baja de pie en el foso central. Eso era un espectáculo en sí mismo, ver tanta gente y tan variopinta reunida en mismo lugar.

Otra de las Winterton estaba al otro lado, pero todas ellas parecían haber renunciado a él. Al parecer, por lo que le había dicho Watson, su desaparición de ayer al mismo tiempo que la de Anne no había pasado desapercibida, y los Winterton ya no albergaban esperanzas de que cortejara a una de sus hijas. Lo cual le agradaba bastante, ya que podía oír perfectamente la voz chillona de una de las hermanas charlando con el infortunado caballero que estaba sentado junto a ella.

—¡Alégrese, lord Merryweather! —dijo Anne para llamar su atención—. Es una comedia. ¿La ha visto antes?

—He leído la obra —respondió—, y no puedo decirle que disfrutara mucho con ella.

Vio que la joven miraba a su amiga, y casi podría asegurar que ponía los ojos en blanco, pero cuando se abrió el telón, su atención se centró exclusivamente en el escenario que tenía delante de ella. Durante el primer acto, Christopher apenas prestó atención a la obra, pues era incapaz de apartar los ojos de la mujer que tenía al lado. Sus gestos le absorbían. Se reía con ganas de los chistes y las situaciones cómicas, protestaba cuando se enfadaba, exactamente igual que la audiencia más entregada y cuando algún giro de la trama le preocupaba, su rostro reflejaba sus sentimientos sin el más mínimo control.

Cuando llegó el intermedio, lo miró con gesto soñador.

—¡Vamos, lord Merryweather, no me diga que no se ha divertido! —preguntó.

—Le puedo asegurar que en mi vida me he sentido tan fascinado.

* * *

SHAKESPEARE NUNCA DEFRAUDABA A ANNE, y esa noche no fue una excepción. Hasta lord

Merryweather parecía estar disfrutando, o al menos eso pensaba ella, y esperaba poder atraerle hacia el teatro. La compañía teatral no era la mejor que había visto en su vida, pero al menos era profesional y creíble. Lisandro representaba su libidinoso papel con Hermia, que a su vez resultaba natural y adorable; y, desde luego, el actor que interpretaba a Puck la tenía embelesada con sus payasadas. Se preguntaba cómo era posible que recordara todos los textos del enrevesado papel noche tras noche, y le apetecía preguntarles eso y muchas otras cosas a los propios actores.

Cuando, en el segundo descanso, lord Merryweather se excusó y desapareció, decidió precisamente eso, ir a hablar con los actores.

Su madre estaba muy entretenida hablando con otras damas, de modo que sólo Honoria le prestaba cierta atención.

—Honoria —le susurró a su amiga—. ¡Ven conmigo!

—¿A dónde? —preguntó Honoria, pero Anne negó con la cabeza.

—Te lo diré dentro de un momento. ¡Ya lo verás!

Anne bajó las escaleras tras salir del palco agarrando con firmeza la mano de Honoria mientras esquivaban la marea de gente del vestíbulo del teatro.

—Anne, por favor, dime que no estamos yendo a donde yo creo que estamos yendo —murmuró Honoria, y Anne sonrió a su amiga.

—¿A dónde crees que vamos?

—Detrás del escenario, entre bastidores.

—¡Exactamente! —confirmó Anne con una sonrisa radiante, encantada de que Honoria no rechazase la idea. Su amiga soltó un gruñido de protesta, pero Anne sabía que después se iba a alegrar de haber ido con ella. Honoria siempre decía que su vida sería demasiado aburrida sin Anne.

Empujó la puerta que conducía a la zona de detrás del escenario y se llevó un dedo a los labios para que Honoria se mantuviera en silencio. Anne no sabía exactamente qué era lo que de verdad quería conseguir con esto, o si, como solía decir su hermano, sólo era fruto de un capricho. No estaba segura de si quería hablar o no con los actores, pero sí que le apetecía verlos y hacerse una idea acerca de lo que era estar entre bastidores. Honoria y ella avanzaron de puntillas por el pasillo, se asomaron a una habitación vacía y continuaron.

—¿Se han perdido?

Anne dio un respingo y se tropezó con Honoria. Pese al susto, la voz le resultó conocida. Aguzó la vista en la oscuridad y, por fin, reconoció los rasgos.

—¡Lisandro! —exclamó asombrada, provocando que el actor riera entre dientes.

—Supongo que durante más o menos una hora más, seguiré siendo Lisandro para usted, *milady* —dijo haciendo una muy exagerada reverencia—. En todo caso, se lo debo preguntar otra vez: ¿se han perdido? La representación va a continuar enseguida, y no quiero que se pierdan nada.

Anne estaba completamente arrebolada, y se alegraba de que el hombre no pudiera darse cuenta de ello debido a la oscuridad que reinaba.

—Ya… bueno, estábamos…

—Sí, tiene usted razón, nos hemos perdido —dijo Honoria saliendo al rescate, y Anne se lo agradeció infinitamente a su mucho menos atolondrada amiga—. Parece que nos hemos equivocado de puerta. ¡Qué despiste, por favor!

—No se preocupen —dijo Lisandro, y señaló el camino por el que habían venido—. Las escaleras están por ahí detrás. Las buscaré entre el público.

—¡Un momento! —dijo Anne de repente. Quería que este hombre le contara cosas acerca de

su trabajo y su interesante vida—. Dígame, ¿cómo se convirtió en actor?

—La verdad es que se puede decir que nací actor —dijo encogiéndose de hombros—. Mi madre era actriz y mi padre tramoyista. Es la vida que siempre he conocido.

A Anne le dio un vuelco el corazón al escucharlo. Por supuesto, no tenía nada que ver con la vida que ella había conocido, pero ¿cómo podría llegar a vivirla?

—¿Cuántas actuaciones tienen aquí? —preguntó, y notó que le sorprendía la pregunta.

—Sólo la de esta noche —respondió—. Mañana salimos hacia Tonbridge.

—Entiendo —dijo. La curiosidad que sentía fue más fuerte que cualquier tipo de corrección social—. ¿Cree que sería posible que… me reuniera con usted y algunos otros actores cuando acabe la obra? Para saber más cosas acerca de su trabajo.

—No veo por qué no —dijo dedicándole una encantadora sonrisa que diluyó cualquier tipo de reserva que pudiera sentir hacia él—. Después estaremos en la taberna de la posada. Si quiere, nos puede encontrar allí.

—De acuerdo —dijo devolviéndole la sonrisa, pese al siseo de Honoria—. Allí estaré.

Tras la marcha de Lisandro, Honoria le agarró por el brazo con cierta fuerza.

—No te irás a encontrar con él de verdad, ¿o sí? —preguntó con los ojos muy abiertos de puro asombro.

—Claro que no —respondió Anne para no preocupar a su amiga, pero cuando se dio la vuelta una breve sonrisa asomó a su cara pensando en la excitante noche que sin duda iba a vivir.

* * *

ANNE LEVANTABA las piernas sin querer con los movimientos del carro, que avanzaba con mucha dificultad por el tortuoso camino. El corazón le latía desenfrenado, pues estaba a medio camino entre la alegría y la aprensión por lo que iba a hacer. En lo más profundo de su corazón sabía que las acciones de esta noche iban a cambiar el curso de su vida, aunque no tenía claro en qué sentido.

Tras volver a Aspendale esa tarde, Anne fingió un dolor de cabeza y se fue a la cama. Dijo que estaba cansada tras tantas actividades, aunque la excusa no podía estar más alejada de la verdad. Observó la mirada suspicaz de Honoria y también notó que lord Merryweather se había portado de una manera algo más fría una vez comenzada la segunda parte de la obra, pero estaba demasiado preocupada por lo que venía como para pensar acerca del porqué de dicha actitud. Había decidido tomar las riendas de su propia vida y aprovechar la oportunidad de asomarse durante un momento al menos a la posibilidad de vivir de otra manera, muy diferente a la que había conocido hasta ese momento y muy alejada de lo que su familia y la sociedad esperaban de ella. Salió de la casa por la puerta de servicio, protegida por una amplia capa y la cabeza cubierta, y caminó los tres kilómetros que había hasta Maidstone.

Era una locura, era arriesgado… y era muy vivificante.

Lisandro, el actor, cuyo nombre de verdad era Lawrence, o al menos eso le dijo, pareció sorprendido de verla, aunque también entusiasmado, e insistió en que se sentara junto a él mientras todos tomaban sus bebidas. También le dio una amble bienvenida la joven que había interpretado a Hermia, Ellen era su nombre real, mientras que Helena, o Kitty, se limitaron a mirarla con cierta frialdad. A Anne no le importó demasiado, tampoco se podía gustar a todo el mundo. Ignoró a la mujer, mientras que los demás insistieron en invitarla a bebida y contestaron a todas sus preguntas, que fuero muchas.

Quería saber cómo habían llegado todos ellos a trabajar en el teatro, cómo se habían juntado,

dónde actuaban preferentemente, qué tipo de obras representaban… ¿Siempre elegían Shakespeare? Le contestaron que no: hacían de todo, desde comedias a tragedias, pasando por musicales y teatro de variedades.

A Anne le encantó escuchar eso, y les dijo lo mucho que le gustaba cantar y tocar el pianoforte, aunque se veía forzada a tocar sólo las canciones que su madre consideraba apropiadas. También les dijo que quien en realidad iba a juzgarla y dictaba las normas de comportamiento en todos los aspectos era la alta sociedad. No les dijo que pertenecía a una familia noble, pues no pensaba que fuera a unirse nunca a una *troupe* de actores.

—Entonces cantas, ¿no? —preguntó Lawrence con su encantadora sonrisa. La verdad es que era atractivo, pensó Anne para sí. Cuando por fin accedió, se levantó, la tomó de la mano e insistió en que cantara una canción con él. Al principio se resistió, aunque sin excesiva convicción, pues casi nunca perdía la oportunidad de hacer oír su voz. Y se dio cuenta de que los sorprendió. Mientras cantaba, mirándolos a los ojos de uno en uno, su rítmica voz de soprano, unido al aterciopelado tono de barítono de Lawrence, vio que todas las caras, incluso las que al principio tenían gesto de suspicacia y hasta de animosidad, se volvieron de admiración, y fue como si su corazón empezara a volar libre junto a la canción.

Cuando Lawrence, que parecía el líder del grupo, le pidió que se uniera a ellos en su siguiente actuación en Tonbridge, embriagada por la admiración que le estaban expresando, la atractiva sonrisa de Lawrence y el alcohol que le corría por las venas, ni siquiera tuvo que pensar para contestar que sí.

CAPÍTULO 7



Christopher estaba sentado en el escritorio de su habitación en Aspendale y agarró la pluma. Tenía que pensar, que recapacitar acerca de sus planes. Había decidido cortejar a *lady* Anne para consolidar sus sentimientos hacia ella, y después pedir su mano.

Suspiró. Ya no estaba tan seguro. Deseaba a *lady* Anne con un ansia, casi ferocidad, que le era imposible negar, pero ese tipo de atracción sexual no le parecía adecuada para una prometida o una esposa, y había cualidades mucho más importantes en ese caso; cualidades que, con toda franqueza, *lady* Anne no poseía.

Era impulsiva e impetuosa, y al parecer sus sentimientos cambiaban a la misma velocidad que lo hacía el viento.

Christopher había visto a *lady* Anne y *lady* Honoria dirigirse a la zona de detrás del escenario durante el intermedio, y las había seguido por pura curiosidad. Pudo escuchar su conversación con el actor, y por el brillo de sus ojos se dio cuenta de que tenía la ridícula aspiración de subir ella misma al escenario. También escuchó que le decía a *lady* Honoria que no iría a encontrarse con el actor. Por lo menos tendría el suficiente sentido común como para no hacerlo.

Presenció la segunda parte de la obra con mucha más atención e intensidad que la primera, apretando los bordes de la butaca con tanta fuerza que hasta se le pusieron blancos los nudillos, con los ojos fijos en el apuesto Lisandro mientras declamaba el galimatías de su papel. Christopher apenas cruzó ni una palabra con ella después, y lo cierto es que la joven ni se dio cuenta siquiera.

Agarró la pluma.

Breckenridge,

Lamento mucho tener que decirte esto, pero…

La puerta se abrió de forma tan repentina que Christopher dio un salto sobre la silla. Se volvió de inmediato y descubrió atónito que quien estaba en la puerta era el destinatario de la carta que estaba escribiendo.

—¡Breckenridge! —se puso de pie para saludarlo—. ¡Qué oportuno! Precisamente estaba…

—¿Has visto a mi hermana? —prácticamente ladró Breckenridge, y Christopher se dio

cuenta de lo agitado que estaba su amigo. Tenía el pañuelo casi desanudado y el pelo rubio le caía desordenadamente sobre las orejas.

—No desde anoche, cuando regresamos del teatro —contestó preocupado. ¿Le habría pasado algo a la duquesa?—. ¿Ha llegado el bebé?

—No, no, no tiene nada que ver con eso… por lo menos todavía no —respondió Breckenridge. En ese momento se le unió su madre en la puerta. Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Se trata de Anne. Se ha ido…

—¿Qué se ha ido? —repitió Christopher perplejo—. ¿Qué quieres decir con eso? Estoy seguro de que no es…

—Su cama está sin deshacer, nadie ha dormido en ella —dijo *lady* Cecelia—. Al ver que no bajaba a desayunar, pensé que se habría dormido tarde, pero después su doncella vino a buscarme, muy preocupada porque no la había visto en toda la mañana. ¡Oh, Alastair! ¿A dónde puede haber ido?

—Mi madre me ha avisado y he venido a verte de inmediato —dijo Breckenridge a modo de explicación—. Te lo tengo que preguntar: ¿qué pasó anoche?

—Fuimos a ver una obra de teatro —empezó Christopher, sin entender muy bien qué podría tener eso que ver—. A Maidstone. Había una compañía itinerante de actores que representó una obra. La vimos y volvimos. No lo hicieron mal, la verdad, aunque a mi no me gusta demasiado el teatro.

—¡Dios del cielo! —dijo Breckenridge pasándose los dedos por el ya bastante desordenado pelo—. O sea que ha sido eso.

Apretó la boca con firmeza.

—No entiendo lo que quieres decir. —Christopher lo miró mientras el duque daba con el puño en la puerta.

—¡Los actores! Se ha ido con los actores —dijo casi en un susurro gutural—. Hace unos días me dijo que quería ser actriz, pero yo no le di importancia, pensando que era otra de las típicas ideas absurdas de Anne. Seguro que, tras verlos, ha actuado impulsivamente, como hace siempre.

Durante un instante, Christopher se quedó sin palabras, aturdido ante la idea de que hubiera podido pensar así, y no digamos actuar de esa manera.

—¿Me estás diciendo que tu hermana, la hermana de un duque, ha dejado esta fiesta para unirse a una troupe de actores? —Pronunció la frase con mucha lentitud.

—¿Acaso algo de lo que te he dicho antes te resulta difícil de entender? —preguntó Breckenridge extendiendo el dedo índice en dirección a su cara. Christopher alzó las manos para tranquilizarlo.

—Perdona, Breckenridge, no pretendía molestarte. Es sólo que… —negó con la cabeza y se llevó las manos a las caderas—, sencillamente, no me lo puedo creer.

—Ni yo —dijo la duquesa viuda, que ahora lloraba desconsoladamente. Breckenridge la acompañó al interior de la habitación, pese a lo inapropiado que resultaba el que se reunieran en el dormitorio de Christopher.

—Estoy seguro de que no se habrán ido muy lejos —razonó Christopher, intentando no pensar en el dolor de cabeza y el zumbido en los oídos que le causaba pensar en Anne, sola entre las personas de dudosa calaña que había visto la noche anterior. En un intento de dejar de lado esos pensamientos y emociones, se sentó en la silla del escritorio y sacó otra hoja de papel para anotar cómo y cuándo se habían producido los acontecimientos.

—Sabemos que empezaron la representación a las nueve de la noche —dijo tras anotar lo en el papel—. Hicieron un corto descanso, y probablemente terminarían alrededor de las doce de la

noche. Me enteré de que… ¡oh, Dios! Iban a ir a tomar una copa a la taberna. Seguro que Anne averiguó a dónde iban a ir. Seguro que han pasado la noche en Maidstone. Incluso si hn salido a primera hora de la mañana, cosa que me parece improbable, para seguir su camino, eso habría sido, digamos, hace unas cuatro horas como mucho, ¿no es así? Pero Breckenridge, no olvides que son un montón de personas viajando, y un gran carromato lleno de material. Un hombre a caballo los alcanzaría enseguida. Y sabemos a dónde se dirigen… a Tonbridge. No está lejos.

Levantó la cabeza y vio que Breckenridge asentía, mientras que L*ady* Cecelia seguía retorciéndose las manos.

—Gracias, Merryweather. Tu sentido práctico viene muy bien en momentos como este —dijo Breckenridge—. Saldré de inmediato. ¡Hay que ver! Anne no podía haber escogido un momento peor para hacer una cosa como esta, con Olivia a punto de dar a luz y…

—¿Cómo? —interrumpió *lady* Cecelia—. ¿Ha empezado?

—Eso parece —suspiró su hijo—. Cuando me he ido se quejaba de dolores. Lo cierto es que yo no puedo hacer nada por ella, pero me gustaría quedarme a su lado… por si acaso.

Christopher se levantó y prácticamente arrastró a Breckenridge hasta la puerta de la habitación.

—Vete a casa con tu mujer, hombre —dijo—. Yo encontraré a tu hermana. Yendo a caballo la alcanzaré de inmediato. No me costará nada, ya verás.

—¿Tú? —Breckenridge se volvió hacia él—. Sé que estás en pleno proceso de cortejo, pero, ¿de verdad piensas que es apropiado que la persigas tú?

—Nosotros, eh…, quiero decir…

Breckenridge lo miró con expectación, y supo que si le dijera que no iba a haber cortejo, ni por supuesto matrimonio, no le permitiría ir tras ella. Por otra parte, nunca le perdonaría a su hermana el obligarlo a no estar junto a su esposa durante el nacimiento de su primer hijo. Odiaba mentir, pero…

—Estoy seguro de que pronto habrá algún tipo de anuncio —dijo, obligándose a sonreír—. Y ahora márchate antes de que llegues tarde.

En la cara de Breckenridge se dibujó una expresión de alivio, y se dio la vuelta para salir de la habitación. Al hacerlo le dio un beso breve a su madre en la mejilla.

—Gracias, Merryweather. Envíame una nota en cuanto la encuentres. Mandaré mi carruaje detrás de ti para que pueda regresar. Bueno, madre, todo va a ir bien ahora.

Salió de la habitación pero, tras dar unos pasos, se volvió.

—Ah, Merryweather… —dijo con gesto de cierta consternación—, ¿no crees que sería buena idea que te acompañara un criado? Para no perderte…

—No te preocupes, no me voy a perder —dijo Christopher haciendo un gesto de despreocupación con la mano, pero al ver qe Breckenridge no se movía, suspiró y aceptó—. De acuerdo, de acuerdo, si eso te hace sentir mejor, le pediré a un mozo de cuadra o aun criado que me acompañe.

—Lo prefiero, sí —dijo Breckenridge, y finalmente se fue junto a su esposa, que estaba a punto de dar a luz a su primer bebé.

* * *

CHRISTOPHER NO TENÍA la intención de mentir, pero tuvo muchas dificultades a la hora de encontrar algún criado que pudiera dejar sus obligaciones para acompañarlo sin causar problemas de organización, y sabía que el tiempo era clave a la hora de encontrar a Anne. Por lo

demás, tampoco era tan torpe con las direcciones como decían los demás, ¿no?

O al menos eso era lo que pensaba. Había escuchado al actor decir que iban a Tonbridge, que no estaba demasiado lejos de allí, a unas dos horas a caballo, como máximo. Seguro que no tendría problemas para encontrarlo.

Pero ahora había llegado a una bifurcación, y no tenía la menor idea de hacia dónde debía dirigirse. Se quedó mirando el cruce angustiado, miró a la derecha, después a la izquierda, respiró hondo y se encomendó a Dios tras escoger el camino de la izquierda.

* * *

ANNE INTENTÓ SONREÍR al mirarse en el espejo de la mínima y sórdida de detrás del escenario improvisado en el teatro de Tonbridge. El escenario de verdad estaba en el exterior, y tenían vestuarios y camerinos en un pequeño edificio colindante, que había sido adaptado para la ocasión. Había pensado que actuar sería algo mucho más glamuroso, pero de momento todo había sido de lo más incómodo, empezando por el constante traqueteo del bamboleante carromato y de los celos provenientes de todas partes. Lawrence había sido muy amable con ella, mientras que ella se había convertido en su único apoyo entre las mujeres de la compañía, que, como comprobó enseguida, la consideraban una competidora. Se limitaban a echarle miradas de odio o de desprecio.

En el espectáculo musical de esa noche iba a interpretar sólo una canción, para ver qué tal salía. Si todo iba bien, Lawrence le dijo que consideraría la posibilidad de buscarle un sitio en la compañía. Ahora, a la brillante luz que se abría camino entre las grietas de la pared de madera, se empezaba a preguntar si, después de todo, de verdad era esto lo que quería hacer con su vida. El mundo del teatro, el ser una actriz, sonaba muy interesante, y a ella le encantaba interpretar, eso era cierto, pero ¿de verdad era esa la vida que quería vivir? Ahora no estaba tan segura de ello. Suspiró, pero dio un respingo al captar un movimiento por el espejo y darse cuenta de que no estaba sola.

—¿Anne, todo bien?

Se dio la vuelta en la pequeña banqueta y dedicó una sonrisa forzada a la mujer alta y rubia que estaba en la entrada.

—Sí, Kitty, todo bien.

Kitty entró en el cuarto y se sentó en el sofá que estaba al otro lado haciendo una mueca. Anne pensaba que podría considerarse guapa si no estuviera tan maquillada.

—Dime una cosa, Anne —dijo con la cabeza apoyada en la mano y el codo sobre la mesa auxiliar—, ¿qué está haciendo una chica como tú en un sitio como éste, y con gente como nosotros?

—No entiendo del todo lo que quieres decir —contestó Anne. Se dio cuenta de que el tono había sido inseguro y nervioso, y procuró dominarse.

—Yo soy actriz, Anne —dijo pronunciando su nombre con énfasis—. Sé de voces, conozco los acentos y las formas de hablar. Tu forma de pronunciar es culta y refinada. Vistes muy bien, con mucha elegancia, y de un tejido que la mayoría de la gente sólo puede ver de lejos. Estoy segura de que no eres de la misma clase social que el resto de nosotros. Has pensado que podrías vivir algún tipo de aventura, ¿verdad? Divertirte un poco. ¿O de verdad crees que podrías ocupar un lugar entre nosotros?

Anne rio nerviosamente, sin saber exactamente a dónde quería llegar su interlocutora con esas palabras.

—Me encanta el teatro —dijo intentando explicarse—, y quero comprobar si tengo talento.

—Entiendo —dijo, y se inclinó hacia delante—. Sabes por qué vas a hacer un solo esta noche, ¿verdad?

—Porque Lawrence quiere saber si soy capaz de hacer las cosas bien ante el público —contestó Anne. No le gustaba la forma de mirarla de la actriz, los ojos llameantes de puro odio.

—No —dijo Kitty negando con la cabeza varias veces—. Es porque Lawrence quiere darte algo, sí, pero con la única intención de conseguir también algo de ti a cambio.

—No entiendo lo que quieres decir —dijo Anne, sin querer admitir, ni siquiera ante sí misma, que lo que decía Kitty era la pura verdad. Se había dado cuenta de cómo la miraba el actor, con tanta lascivia que, de hecho, había puesto la mayor distancia posible entre los dos. A la luz del día, se había cuestionado la decisión que había tomado irreflexibamente la noche anterior, y había preparado una nota para que fuera enviada a Alastair contándole lo que había pasado, y otra más breve a su madre. No quería admitir su error. Al menos, no hasta vivir una noche encima del escenario. Una por lo menos.

—¿De verdad eres tan estúpida? —preguntó Kitty levantando las cejas pintadas—. A Lawrence le gustas, y si le calientas la cama durante un tiempo, tendrás todo lo que quieras. El papel que te apetezca, el solo que desees, la obra que quieras representar. Pero en cuanto que se canse de ti, será el momento de encontrar otra jovencita guapa que ocupe tu lugar. Pero si eres rica por casa, y no digamos noble, las cosas nunca volverán a ser iguales para ti.

—No creo que vaya a ser como lo estás diciendo —contestó Anne en voz baja, furiosa por el hecho de que la mujer creyera saber tanto de ella sin conocerla en absoluto. Lo único que pasaba era que estaba celosa—. Lawrence no me ha pedido nada, ni me ha prometido nada hasta que me oiga cantar en público. Creo que de verdad ve algo en mí.

Kitty se puso de pie mirándola con sorna.

—Puedes pensar eso si quieres, —dijo—, pero yo en tu caso vigilaría a mi alrededor.

Con una oleada de faldas azules, salió por la puerta.

CAPÍTULO 8



Christopher sudaba copiosamente, mojando la camisa de lino, el chaleco y la levita, pese a que el aire era bastante fresco. El viaje de apenas dos horas a Tonbridge había terminado llevándole casi medio día, pues tuvo que cambiar de dirección varias veces tras escoger el camino que no era en el primer cruce. Suspiró al escuchar las ruidosas quejas de su hambriento estómago, y maldijo los caprichos estúpidos y sin sentido de Anne. ¿Cómo había podido siquiera pensar en casarse con una mujer como esa? En cualquier caso, daba igual: había cambiado radicalmente de opinión.

No pensaba pasarse el resto de su vida persiguiendo a una mujer que se marchaba sin dejar rastro y a la que no le importaban la preocupación que pudieran sentir todos aquellos a los que dejaba atrás. Tanto su madre como su hermano estaban fuera de sí. ¿En qué estaría pensando? Negó con la cabeza muy disgustado.

Christopher acababa de entrar en Tonbridge, sorprendido por la tranquilidad de las calles. ¿Es que todo el mundo estaba en el teatro? Escuchó el ruido de la función antes de saber dónde estaba exactamente. La estructura, al aire libre, no era tan grande como la del teatro de Maidstone, por lo menos vista desde fuera, y parecía haber sido construida de forma algo acelerada.

Christopher encontró un chico al que le encargó que cuidara de su caballo, se dirigió a la abertura de la valla y compró una entrada. No iba a pasar mucho rato allí, sólo el tiempo necesario para encontrar a Anne, hablar con ella y hacer que entrara en razón.

Cuando entró, el escenario estaba ocupado por dos actores que mantenían un diálogo, pero la escena termino mientras avanzaba entre el numeroso público congregado. Un bufón ocupó el lugar de los actores. Al parecer, se trataba de una función de variedades, no de una obra de teatro. Reconoció a varios actores de la función de la noche anterior, pero no tenía el menor interés ni en ellos ni en su trabajo. Avanzó hacia el escenario y no encontró la forma de ir a la parte de atrás del mismo. Un hombre muy corpulento se puso delante de él con los brazos cruzados y mirada amenazadora.

—Perdone —dijo Christopher procurando transmitir autoridad con su tono de voz—. Quiero hablar con una mujer… una de las actrices.

—Como muchos otros hombres —dijo el tipo con tono burlón, pero inmediatamente se puso serio—. Espere a que acabe la función.

—Es importante que hable con ella, ahora —dijo—. No pertenece a la compañía.

—Lo siento, señor. No puedo ayudarle.

Christopher apretó los dientes y se dio la vuelta para volver por donde había venido. Supuso que tendría que darle toda la vuelta a la estructura, y empezó a impacientarse. Volvió sobre sus

pasos y, cuando prácticamente había alcanzado la parte posterior de la estructura, escuchó como el presentador daba la bienvenida a una nueva incorporación al grupo y al espectáculo, Annabelle Fredericks. Annabelle…Volvió la cabeza hacia el escenario y contuvo el aliento al verla.

Estaba tan guapa como siempre, incluso con ese vestido tan horroroso, de un color verde estridente que no acompañaba nada a su precioso cabello rubio arena, que caía suelto por la espalda. No era capaz de ver sus ojos color azul cristalino debido a la distancia. Pese a ello, seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en su vida. Maldijo sus pensamientos, pues a pesar de todo lo que había hecho, pues, a pesar de lo inadecuada que era para él, le atraía más que cualquier otra mujer que hubiera conocido.

Y entonces abrió la boca y empezó a cantar.

Se vio transportado al día en el que se encontraron en los jardines de Longhaven, cuando escuchó su voz y fue como si tirara de él a través de la vegetación.

Nunca desaprovechaba la oportunidad de tocar el pianoforte ni de amenizar a la gente con su voz. Pero esto era distinto. Esta era su verdadera voz, una voz libre, una voz dirigida a todas y cada una de las personas que estaban frente a ella, a las que estimulaba el alma con sus melodías.

Por supuesto que gustaba al público. La voz de Anne era más dulce que la de cualquier pájaro que hubiera escuchado hasta ese momento. La melodía comenzaba suave y armoniosa, pero se iba volviendo más fuerte y llena con cada nuevo verso. Cuando alcanzó el crescendo, Christopher se dio cuenta de que se había sentado en una silla sin darse cuenta, embelesado por lo que escuchaba, exactamente igual que el resto de mujeres y hombres del público. Un público que se había mostrado animado y participativo en las actuaciones anteriores, pero que ahora permanecía en un silencio absoluto, cautivado por el embrujo que ejercía sobre todos y cada uno de los espectadores.

Una vez finalizada la canción, se produjo un breve silencio, roto inmediatamente por una gran salva de aplausos y vítores. Y Christopher pensó que nunca en su vida había visto una sonrisa tan radiante en una mujer cuando Anne agradeció cortésmente su entusiasmo con una mínima reverencia y una inclinación de cabeza.

Cuando levantó la cabeza para mirar al público tenía las mejillas de color carmesí, y Christopher se puso de pie como todo el resto del público y aplaudió sin pensar en lo que estaba haciendo, como si las manos actuaran por su propia cuenta. Anne levantó la mano para saludar, de repente algo se movió por encima de ella, atrayendo la atención de Christopher. Fijó los ojos en el andamiaje y, en ese momento, pareció como si se detuviera el tiempo. Empezó a vibrar una cuerda, en cuyo extremo había un garfio que probablemente se utilizaba para abrir y cerrar el telón, aunque no estaba seguro de ello. En cualquier caso, daba igual, pues lo que estaba pasando era lo único que le preocupaba: el garfio avanzaba con rapidez hacia Anne, que estaba totalmente desprevenida.

Christopher intentó dar un paso adelante, dar un grito que se elevara por encima del ruido del público, hacer algo para apartarla del camino de ese objeto punzante que avanzaba hacia ella. Pensó que quizás en el último momento sus ojos se encontraran, y alzó las manos desesperadamente para avisarla, pero no logró transmitirle lo que estaba pasando. Allí se quedó, inerme ante lo que se le venía encima, mirando impotente, sin poder hacer nada salvo observar.

* * *

PENSÓ que podía ver la luz titilando sobre ella, pero cuando trató de abrir los ojos, la luminosidad

le produjo un intenso dolor en los huesos de la cara, así que los volvió a cerrar con fuerza. Intentó recordar dónde estaba y qué era lo que le había ocurrido. Respiró hondo e intentó no entrar en pánico. Inspirar, espirar, inspirar, espirar…

Estuviera donde estuviera, olía a moho. Sólo era capaz de escuchar ruido de pasos y un frufrú de faldas moviéndose continua y rápidamente por la habitación. Conforme Anne iba recuperando la consciencia y el sentido, empezó también a darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, pero también a sentir, de modo que el dolor de huesos dio paso a otro, más punzante e intenso, instalado en la cara. Apretó los puños y curvó los dedos de los pies para intentar controlarlo, y siguió respirando hondo con el mismo objetivo.

—¡Anne! —Era una voz amable y preocupada, que creyó reconocer—. ¿Estás despierta? ¿Puedes oírme?

—Sí —dijo con voz ahogada, y notó unos dedos fríos sobre su mano. De repente lo recordó todo. La sensación de libertad al colocarse frente al público, sin necesidad de guardarse nada dentro por miedo a sus juicios de valor, pues siempre había cantado delante de la muy crítica y relamida alta sociedad. La excitación por los aplausos y vítores, por lo mucho que les había gustado su actuación. La sensación de alegría que la invadió por haber logrado cumplir el mayor deseo de su vida. Y, en ese momento… ¿había visto a lord Merryweather entre el público? No, fue lo que pensó. No podía ser… pero sintió una punzada de reconocimiento y un cosquilleo extraño en el corazón.

Y entonces todo se volvió negro. ¿Qué había pasado? ¿Se había caído? ¿Se había desmayado? Nunca había sido una mujer frágil, pero lo cierto era que el día anterior apenas había comido, pues nada de lo que le habían puesto delante le había apetecido.

—Apriétame la mano si puedes oírme. —Así lo hizo. Sí, claro que reconocía esa voz. Era Ellen. Anne volvió a intentar abrir los ojos, y esta vez no le resultó tan doloroso. El corazón empezó a latir a toda velocidad cuando la luz le iluminó la zona derecha de la cara. Por otra parte, el ojo izquierdo permanecía en una total oscuridad. ¡Dios bendito! ¿Por qué no podía ver? ¿Estaba…?

—El ojo está bien, Anne —dijo Ellen, que le apretó la mano para animarla—. Te he puesto una cataplasma en la cara y te he vendado la cabeza para cubrirte el lado izquierdo. Por lo que he podido ver, no tienes afectado el ojo.

¿Afectado? ¡Cómo?

—Espera un momento, por favor.

Anne captó levemente la figura de Ellen alejándose de su lado, y hasta pudo ver que salía de la habitación que, por cierto, era la misma en la que había estado preparándose para la actuación. No podía volver la cabeza para no afectar a lo que fuera que le hubieran puesto en la cara, pero sí que logró escuchar como Ellen discutía con alguien fuera de la habitación, justo al otro lado de la puerta. Ellen no tardó mucho en volver.

—Anne —dijo, agachándose para poner la cara a la altura de la de Anne—. Supongo que no conocerás a lord Merryweather.

Así que sí que era él a quien había visto. Anne suspiró resignada y miró a Ellen con el ojo bueno.

—Sí… sí que lo conozco —reconoció.

—¿Quieres… quieres verlo? —Parecía dudar, lo que era comprensible. Anne no había revelado a nadie su verdadera identidad, ni siquiera a Ellen, y podía imaginarse lo que la actriz estaría pensando por el hecho de que un miembro de la nobleza hubiera ido a buscarla. Respecto a si quería o no verlo… eso era otra cosa completamente distinta.

—¿Puedes decirme primero qué fue lo que pasó? —preguntó con desesperación—. ¿Por qué me arde la cara de esta manera, y por qué parece que alguien estuviera tocando un tambor dentro de mi cabeza? ¿Y qué me has puesto en la cara?

Ellen permaneció callada durante un instante. Le paso el brazo por los hombros a Anne y la ayudó a sentarse en el pequeño sofá. Anne apenas había prestado atención hasta ese momento, pero ahora se dio cuenta de lo desvencijado y roto que estaba. Se estremeció al pensar en la suciedad que seguramente acumulaba en la superficie.

—Cantaste en el escenario. ¿Eso lo recuerdas?

—Sí —confirmó—. Lo recuerdo todo, hasta el momento en que saludé. Después todo se volvió negro.

—Hubo un accidente —dijo Ellen en voz baja—. Una de las cuerdas que se utilizan para apuntalar las vigas del escenario se soltó, no sabemos por qué, y cayó. Tu estabas justo en medio de su trayectoria. En el extremo había un gancho, que… te…

Parecía no ser capaz de encontrar las palabras adecuadas, pero Anne pensó en el dolor que sentía en la mejilla y en la descripción que había hecho Ellen del accidente.

—El gancho me golpeó —dijo. Empezó a horrorizarse al caer en la cuenta de todo lo que había pasado—. ¡Mi cara, Ellen! ¿Qué le ha pasado a mi cara?

—Sufriste un corte —dijo, siempre en voz baja y tranquila—. Un corte profundo, me temo. Te trajeron aquí y fueron a buscar a un cirujano, pero lo único que quería hacer era sangrarte, y lo eché. Mi madre era comadrona en la aldea donde vivíamos, y también ejercía de «bruja blanca», como se decía. Aprendí de ella lo suficiente como para curar heridas, y sé que con las sangrías los pacientes empeoran en vez de mejorar. Siempre tengo a mano el material necesario para atender una emergencia, mi madre me enseñó bien… pero bueno, eso ya te lo contaré en otro momento. El caso es que aunque no es la estación más adecuada para obtener las hierbas que prefiero, he podido contener la hemorragia, cerrar los extremos de la herida y aplicar un emplasto de milenrama. Esa planta, que igual te suena por el nombre de aquilea, previene la infección y ayuda a que las heridas cicatricen más rápido. También te he dado algo para el dolor.

Anne escuchaba lo que le decía Ellen en abstracto, como si la paciente fuera otra persona y no ella.

—¿Entonces se va a curar la herida? ¿Quedará bien?

Ellen no contestó enseguida.

—Sí, con el tiempo se curará y cicatrizará… pero Anne, siempre vas a tener una cicatriz. Eso no se puede evitar.

Anne controló el grito que hubiera querido dar, tanto debido a lo que le había dicho Ellen como por el ardiente dolor que sólo parecía empeorar. No obstante, estaba distraída cuando se escucharon varios golpes fuertes en la puerta.

—Perdone, señorita, pero ya he esperado bastante. ¡Abra y déjeme entrar ahora mismo, o destrozo la puerta a golpes!

—¡Madre mía! —exclamó Anne—. Nunca lo había visto tan fuera de sí. Será mejor que lo dejes entrar, Ellen.

Al ver la expresión preocupada de Ellen, Anne intentó sonreír para tranquilizarla, pero sintió un dolor muy agudo al hacerlo, y Ellen alzó las manos en un gesto de advertencia.

—No tienes que forzar los gestos, Anne —dijo. Levantó ligeramente el vendaje y fijó los ojos pardos en la herida para comprobar los daños—. Al menos durante un tiempo, ¿de acuerdo? No deberías…

El ruido de la perta cayendo destrozada interrumpió el consejo.

CAPÍTULO 9



Christopher entró casi volando tras la destrozada puerta, aterrizando en el viejo y cuarteado suelo de madera. Soltó un gruñido e inmediatamente se apoyó sobre las manos y las rodillas para ponerse de pie y sacudirse el polvo y los restos de la puerta. No esperaba que la puerta fuera tan débil y que fuera a destrozarla con un golpe tan mínimo. De modo que la fuerza aplicada lo impulsó al interior de la habitación. Intentó quitarse una larga astilla que se le había clavado en la mano y maldijo al ver que se partía.

Rezongando para sí por la estupidez de sus acciones y dándose cuenta de que la situación en realidad no requería actuar de una forma tan violenta, miró a su alrededor tratando de acostumbrase a la oscuridad circundante.

Primero vio a una mujer, la de pelo rizado largo y oscuro que le había impedido pasar antes, pero no le hizo caso. Fijó la mirada en la que yacía en el sofá, la que le había provocado la consternación que sufría.

—¡Anne! —exclamó, olvidándose de inmediato del dolor que sentía en la mano y de la frustración por no haber podido entrar ni a las cercanías del escenario, ni antes a esta misma habitación. Su corazón estuvo a punto de dejar de latir al verla, y ella se encogió mínimamente al escuchar su grito. Llevaba puesto el mismo vestido verde con el que había salido al escenario, pero ahora el corpiño estaba lleno de sangre, una sangre que sabía que era de ella. No podía verle a mayor parte de la cara, pues estaba cubierta con una tela que parecía sujeta a su cara con un vendaje que le rodeaba la cabeza. Todo parecía muy limpio a primera vista.

Desde que se había producido el golpe de la cuerda, hacía ya casi una hora, había intentado desesperadamente llegar hasta ella. Vio como un miembro de la compañía de teatro la recogía del suelo y se la llevaba tras el telón. Inmediatamente se acercó a la parte de atrás y vio a los actores intentando seguir con la representación pese al revuelo creado. Una vez más le prohibieron la entrada, pero tras decirles una y otra vez quién era casi a voz en grito, al parecer empezaron a dar crédito a lo que decía: que era conde y que había ido a buscar a su prometida. Por fin lo dejaron pasar y buscó a Anne por todas partes, hasta que por fin una mujer alta y rubia le dijo dónde podía encontrarla, no sin una sonrisa de suficiencia.

Y ahí la tenía ahora. Anne alzó débilmente la mano hacia él para saludarlo, y él se precipitó hacia el sofá y se sentó junto a ella, ignorando a la mujer que también estaba en el sofá, y que era la que tercamente le había intentado impedir la entrada a la habitación.

—¡Anne! —dijo, repentinamente inseguro sobre el modo de dirigirse a ella, sin saber muy bien qué decir ni qué hacer—. ¿Estás bien?

Se lamentó internamente por la estúpida pregunta. Lo que pasaba es que no sabía qué otra cosa preguntar.

—Pues no lo sé —contestó ella dudando. El ojo de color azul cristalino lo miraba un tanto errático—. Ellen me ha cuidado muy bien, de forma extraordinaria, diría yo. Le estaré eternamente agradecida por ello.

Su voz era débil y monocorde, completamente distinta a todo lo que había escuchado de ella hasta entonces, pues normalmente desbordaba entusiasmo y pasión acerca de todo lo que hablaba.

—¿Qué fue lo que pasó exactamente? —preguntó, y Anne dirigió la vista a la otra mujer, Ellen según le había dicho, y de repente Christopher la reconoció de la función de la noche anterior. Mientras Ellen refería con tranquilidad lo que había ocurrido, Christopher se fue dando cuenta de que Anne podía agradecer al destino el hecho de estar viva. Al parecer el gancho la golpeó con fuerza suficiente como para hacerle daño y herirla, pero tampoco estaba lo suficientemente lejos como para tener demasiado impulso. Procuró no pensar en lo que habría pasado de no ser así.

Y todo porque llegó tarde para impedirlo.

Miró al suelo, que por cierto estaba asquerosamente sucio, encogida por la enorme responsabilidad que sentía como un fardo sobre sus hombros. Tenía que haber llegado allí muchas horas antes, con tiempo suficiente como para haberse llevado a Anne antes del comienzo del espectáculo. Pero había sido muy terco y demasiado orgulloso para pedir ayuda, y se había perdido durante horas. Le costaba mirarla a la cara pensando en ello.

—Lord Merryweather, ¿qué está pensando? —dijo Anne con mucha suavidad, interviniendo al ver que permanecía mucho tiempo callado. Sentía casi la necesidad de tomarla de la mano para consolarla, pero también le apetecía recorrer la habitación a grandes zancadas para pensar en lo que le iba a decir a su hermano.

—Nada —dijo inmediatamente—. Sólo que debería haber llegado aquí mucho antes. Su hermano depositó en mí su confianza.

—¡No sea ridículo! —dijo ella, arrugando la expresiva nariz—. Yo…

Interrumpió lo que iba a decirle al notar que otra persona entraba en la habitación. Christopher se volvió de inmediato, y vio al actor que tanto le había gustado a Anne, el que la había animado a hacer esto, entrando por la puerta.

—¡Usted! —exclamó poniéndose de pie y avanzando hacia el individuo, dejando salir toda la rabia que sentía—. Todo es culpa suya…

—¡Cállese! —dijo el tipo alzando una mano. Christopher captó el brillo de la daga que llevaba en la otra.

Christopher dio un paso atrás. El fornido individuo que le había negado la entrada al escenario entró en la habitación y le cubrió las espaldas al actor.

—Tenemos que largarnos de aquí, y a toda prisa —dijo el actor con voz amenazante—. La multitud está muy enfadada y puede pasar cualquier cosa después del pequeño incidente con Anne, y si no queremos tener que pagar por los daños que se produzcan, será mejor que nos vayamos.

—¡Pero Anne no puede viajar en estos momentos, y menos en un vagón! —exclamó Ellen, a lo que el actor reaccionó con una risa sarcástica—. ¡Vamos, Ellen!, no creerás en serio que va a seguir con nosotros, ¿o sí? Tiene la cara echada a perder, y nadie pagará por ver ese desastre. Yo no me voy a hacer responsable de cuidarla. No obstante, a ti sí que te necesitamos. ¡Vámonos, Ellen!

—¡No podemos dejarla aquí! —dijo la mujer agarrando de la mano a Anne. El tipo la miró con enorme frialdad.

—O te vienes con nosotros ahora, o no volverás a actuar en tu vida —gruñó, señalando a la puerta—. Te quedarás en la calle mendigando o vendiendo tu cuerpo a quien quiera pagar por él. Ya me aseguraré de ello, Ellen. Sabes perfectamente que puedo hacerlo.

Lo miró como si fuera a rebatir lo que estaba diciendo y plantarle cara pero, de repente, Christopher notó que el ánimo la abandonaba, y su derrota se hizo evidente. En ese momento le supo mal haberse enfadado tanto con ella antes, pero se recordó a sí mismo que se había interpuesto entre él y lo que había ido a buscar. Si le hubiera dejado entrar en la habitación haría tiempo ya que se habrían marchado, yse hubieran ahorrado otros posibles daños y peligros.

—De acuerdo, Lawrence, allí estaré —dijo, y se volvió de nuevo hacia ellos una vez que el actor se marchó de la habitación.

—No hay de qué preocuparse —dijo Christopher intentando controlar sus sentimientos para confortar al menos un poco a la mujer. ¿Qué más daba? Después de todo, no volverían a verla—. Yo me llevaré a casa a *lady* Anne. No está demasiado lejos, y nos espera un carruaje, así que el traslado será confortable.

—¿*Lady* Anne? —Ellen abrió mucho la boca, y cuando se volvieron a mirar a la aludida, vieron que se estaba mordiendo el labio algo avergonzada.

—Lo siento —dijo—. Pensaba que si hubierais sabido quién era en realidad no me habríais recibido del todo bien. No mentí en ningún momento… tan sólo oculté parte de la información.

—Lo entiendo —dijo Ellen, aunque Christopher no entendía nada. ¿Por qué una mujer tenía que ocultar que era de sangre noble? Para él no tenía el más mínimo sentido. Anne era lo que cualquier mujer inglesa hubiera querido ser y, sin embargo, ¿era capaz de arrojarlo todo por la borda con tal de dedicarse al teatro? Negó con la cabeza.

—A ver, un poco de atención —dijo Ellen agarrando una maleta que había en el rincón y metiendo en ella una especie de pasta de aspecto extraño y un buen montón de vendas limpias. También introdujo a presión un vestido y le pasó la maleta a Christopher—. Hay que limpiar la herida y aplicar la cataplasma cada pocas horas. Asegúrese de tener las manos muy limpias, y procure que coma algo.

—Se lo agradezco, señorita —dijo levantando las manos rechazando la maleta—, pero voy a llevar a Anne con su hermano, el duque de Breckenridge, que se asegurará de que reciba el cuidado del mejor médico a su alcance.

La mujer pareció decepcionada, y se limitó a asentir y volverse. En ese momento, Anne la llamó.

—Siempre estaré agradecida por tu ayuda, Ellen, y voy a seguir tus instrucciones, te lo prometo. Lord Merryweather, por favor, recoja lo que Ellen le ha ofrecido. —Cuando Christopher se volvió para mirarla, la expresión de Anne era tan resuelta que no tuvo más remedio que hacerle caso—. Y Ellen, si alguna vez necesitas algo, lo que sea y cuando sea, búscame, por favor. Vivo muy cerca, a las afueras de Maidstone. Pregunta por mi hermano, el duque de Breckenridge, y te llevarán hasta mí de inmediato.

Ellen asintió con la cabeza, se acercó a Anne y le dio un largo conmovido abrazo, aunque cuidadoso. Al terminarlo, inclinó la cabeza al pasar junto a Christopher y salió de la habitación dejándolos solos.

—Será mejor que nos vayamos —murmuró. Anne asintió y no dijo nada mientras recogía sus escasas pertenencias. Pese a sus protestas, la ayudó a levantarse de la cama. La joven le rodeó el cuello con las manos y, tras un momento de duda, se relajó en sus brazos. Al salir por la puerta trasera y rodear la estructura, Christopher respiró tranquilo al ver que el carruaje del duque de Breckenridge los esperaba frente al teatro. De hecho, había llegado bastante antes que él, dada su

torpeza para orientarse. Ayudó a entrar a Anna y la acomodó en los suaves almohadones. Se echó de espaldas y cerró los ojos. Él se acomodó en el asiento de enfrente.

—Yo…

—Yo…

Empezaron a hablar a la vez, pero cuando se interrumpieron un incómodo silencio se instaló entre ellos.

—Siento que haya tenido que verse involucrado en esto —dijo por fin Anne rompiendo el silencio y apartando la vista de él para dirigirla a la ventanilla—. No tenía que haber venido en mi busca.

—Lo hice por su hermano y la duquesa. Sus familiares están fuera de sí de la inquietud —dijo Christopher mirándose las manos entrelazadas delante de él.

—Les envié una nota. Mi hermano no tenía que haberle pedido que viniera a buscarme.

—No la recibieron. Y él no me lo pidió —contestó Christopher—. Yo me ofrecí.

—¿Cómo? —Eso captó su atención, y se volvió a mirarlo.

—Parece que el bebé estaba a punto de llegar, y no podía permitir que él dejara sola a su esposa.

—¿Oliva está teniendo al niño? —exclamó Anne juntando las manos alborozadas, y Christopher se alegró al ver que algo de su espíritu revivía—. ¡Qué maravilla! —añadió con suavidad y sentimiento, y se preguntó en qué estaría pensando.

—Sí —confirmó. Se sentía un tanto incómodo hablando de esas cosas con ella. Tal como estaban las cosas, ahora que ella estaba a salvo y que los dos estaban allí juntos, solos, con sólo el cochero en el exterior y sin ninguna carabina, sería muy inapropiado que alguien los viera.

—Lord Merryweather —dijo con suavidad, y al mirarla se dio cuenta de que tenía los ojos clavados en él—. ¿Le puedo tutear? Me parece un poco estúpido que después de todo lo que ha pasado, sigamos tratándonos con tanta formalidad. Acabo de darme cuenta de que ni sé cómo se llama.

—Me llamo Christopher —informó con cierta renuencia. De todas formas, ¿qué más daba? Anne tenía razón, bastaba ya de formalidades.

—Muy bien, Christopher entonces —dijo esbozando una ligerísima sonrisa con la comisura del labio. Él se dio cuenta de que lo más probable era que en ese momento no estuviera en condiciones de hacer un gesto más evidente—. Has dicho antes que llegaste demasiado tarde, pero debes darte cuenta de que esta escapada ha sido cosa mía, absolutamente mía, y que bajo ningún concepto debes sentirte culpable de nada al respecto.

Tenía razón. Era responsabilidad de ella. Pero allí sentada, con la cara vendada y el vestido rasgado y manchado de sangre, no le parecía adecuado añadir más leña al fuego.

—De acuerdo —dijo, pero a ella no pareció bastarle.

—Lo digo de verdad, Christopher —insistió—. Tomé una decisión equivocada.

¿Una decisión equivocada? ¿Así definía esta forma tan desastrosa de arruinar su vida?

—He dicho que de acuerdo —repitió apretando los dientes—. No creo que debamos volver a hablar de ello. Te llevaré a casa de tu hermano y nos enfrentaremos a las consecuencias que traiga todo esto.

—Si así lo quieres… —murmuró—. De todas formas, tengo que decirte que… creo que una de las actrices me hizo esto a propósito.

—¿Qué quieres decir? —preguntó. No podía entender cómo esta mujer seguía hablando como si la herida que había sufrido no significara nada. Al parecer, el espíritu de Anne era indomable.

—Antes de la representación, la tal Kitty, así la llaman, una mujer rubia y alta, vino a la habitación en la que me vestía y fue muy desagradable conmigo. Me dijo unas cosas horribles. Y que tuviera mucho cuidado y vigilara a mi alrededor. —Abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero de repente el carruaje sufrió una sacudida y Anne se precipitó hacia él. Christopher abrió los brazos para sujetarla, de hecho ella aterrizó entre sus brazos con un quejido sordo.

CAPÍTULO 10



Era evidente que la suerte estaba en su contra.

Tras precipitarse por el interior del carruaje, Anne se quedó quieta un momento, intentando valorar si había sufrido o no algún daño más. Parecía estar bien, no notaba ningún dolor en el cuerpo, aparte del de la cara, y notó que Christopher la rodeaba con los brazos. Tenía que reconocer que se estaba portando con mucha amabilidad, casi dulzura. Mostró cara de mucha y auténtica preocupación cuando le preguntó si había sufrido algún daño más. Eso al tiempo que la abrazaba.

El cochero se asomó por la ventanilla para decirles que se había roto el eje del carruaje, y se puso muy rojo al verlos abrazados en uno de los asientos corridos. El propio Christopher enrojeció a su vez, pero eso no impidió el que se asegurara de mantenerla en equilibrio al levantarse para salir del carruaje. Le agarró de la cintura con sus fuertes manos y la levantó para dejarla de pie en el suelo.

Anne se estiró el vestido y miró a su alrededor. No vio otra cosa que la campiña inglesa en muchas millas a la redonda. Pensó que era muy bonita, pero en ese momento hubiera preferido con mucho ver algún atisbo de civilización, en lugar de campo y más campo. Estaba cansada, estaba dolorida y no deseaba otra cosa que tumbarse en una cama cómoda y caer en un sueño profundo y reparador.

Por supuesto, no le iba a confesar semejante cosa a Christopher. Se hacía una idea bastante clara de lo que él pensaba acerca de su pequeña aventura, y no tenía ningunas ganas de añadir más pruebas a la estupidez de sus acciones.

Cambió el pie de apoyo para intentar afianzarse mejor, pero Christopher resultó ser bastante más perceptivo de lo que pensaba.

—Igual te vendría mejor permanecer sentada dentro de carruaje —propuso hablando en voz baja, pero ella negó con la cabeza. No quería mostrar el más mínimo signo de debilidad. Ya había confiado suficientemente en él, y no quería dejar del todo en sus manos todas las decisiones que tuvieran que tomar de ahora en adelante. Le oyó decir algo entre dientes, tan bajo que apenas le oyó, pero se volvió a acercar y le colocó el brazo alrededor de la cintura para mantenerla bien erguida. Se lo agradeció de inmediato y no se dio cuenta de lo débil que estaba hasta que pudo apoyarse sobre su solidez y se permitió relajarse con toda tranquilidad. Olía maravillosamente, o al menos eso le pareció: una mezcla especiada sobre la que predominaba el almizcle llenaba sus sentidos, y se preguntó si no estaría un tanto aturdida por el accidente.

—Milord, afortunadamente hay una posada no lejos de aquí, detrás de donde estamos ahora —escuchó decir al cochero—. La noche va a caer enseguida, así que es posible que usted y la señorita quieran asegurar las habitaciones mientras yo me encargo del carruaje. Creo que mañana

por la mañana podré tenerlo arreglado y listo.

—Muy bien —accedió Christopher, y después Anne escuchó cómo le pedía al criado instrucciones, de lo más específicas según pudo notar, para llegar a la posada.

—Bueno, pues vámonos —le dijo—. ¿Crees que podrías cabalgar? Nos llevaremos a la posada uno de los caballos. No está lejos, e iremos despacio para que no haya problemas.

Anne asintió. Estaba tan cansada en esos momentos que apenas era capaz de fijar la vista. Christopher la ayudó a subir al caballo, y tan pronto se asentó apoyada en él, que iba detrás, perdió la consciencia por completo.

* * *

ANNE NOTÓ que la rodeaban unos poderosos brazos y sonrió entre sueños. ¿Estaba en una representación, haciendo el papel de bella durmiente salvada por un valeroso caballero de brillante armadura? ¿O se trataba de una fantasía propia, un cuento de hadas que se había hecho realidad? Quizás podría convertirse en autora de teatro si ya no podía actuar. Pero, ¿por qué no iba a poder actuar? ¡Un momento!, algo le había pasado. Su mente empezó a adentrarse entre la niebla, intentando abrirse paso hasta la superficie y alcanzar la claridad. Algo había cambiado su vida para siempre. ¿Pero el qué? De repente abrió la boca al despertarse y darse de bruces con la realidad. Gimió al sentir el dolor haciendo presa en su cara y recordó el accidente en el escenario, las decisiones que había tomado, la herida resultante y la llegada salvadora de Christopher.

—Sujétate ahora. —La voz sonó junto a su oído, y cuando abrió los ojos, con el derecho pudo captar que estaba en brazos de Christopher, y que la llevaba hacia la puerta de un edificio pequeño pero encantador. El vestíbulo estaba iluminado por un hachón, y Christopher la depositó en una silla situada en la esquina y le pidió que esperara un momento mientras pedía las habitaciones.

—Buenas noches —le oyó decir—. Mi esposa ha sufrido un accidente y necesitamos alojamiento para esta noche.

¿Su esposa?

—¿Tienen habitaciones?

—La posada es pequeña —dijo el posadero—, pero han tenido suerte, pues precisamente se ha quedado una libre hace una hora. Su llave, milord.

Anne no escuchó nada más, y de nuevo se vio en brazos de Christopher. Lo siguiente que notó fue blandura y suavidad bajo la espalda, e hizo lo que llevaba horas esperando hacer: caer en el sueño más profundo de su vida.

* * *

CHRISTOPHER MIRÓ A ANNE, que se había enrollado como una bola en la pequeña y limpia cama. ¡Gracias a Dios que habían encontrado un sitio decente y respetable en el que pernoctar, pese al hecho de que su situación distaba mucho de ser tal cosa.

No podía decirle al posadero que ella no era su esposa ni por asomo porque, no siéndolo, ¿cómo es que estaban de viaje sin ningún acompañamiento, ni siquiera el de una criada? De entrada no tenía claro si debía pedir una habitación o dos, ya que nada podría ser tan impropio como el compartir habitación; no obstante, lo más probable era que Anne necesitara atención durante la noche. El dilema dejó de serlo cuando resultó que sólo había una habitación

disponible.

La joven estaba dormida desde antes de que la depositara en la cama, y se dio cuenta de que la terrible experiencia finalmente había podido con ella. Ahora que habían dejado de moverse y que tenía tiempo para pensar en todo lo que había ocurrido, a Christopher lo invadieron distintas y poderosas emociones. Estar con ella le había afectado enormemente mientras viajaban camino de su casa. Se apiadaba de ella por todo lo que le había pasado, y se daba cuenta de lo fuerte que era y el estoicismo con el que soportaba el fuerte dolor que sin duda sentía. Se había convertido en su protector, un papel que nunca había pensado asumir, pero que pasaba a ser de lo más natural al ser testigo de su sufrimiento. De todas maneras, y pese a que le molestaba, no podía dejar de cuestionar y hasta reprobar sus acciones, y se preguntaba hasta qué punto era la culpable de todo lo que le había pasado y si no debía comprenderla más de lo que realmente lo hacía.

Pero bueno, no era el momento de preocuparse por eso. Ya había llegado a la conclusión de que, aunque era un hecho incuestionable que se sentía muy atraído por ella, y no sólo por su belleza, sino por la luz que irradiaba de ella allá dónde fuera, no era el tipo de mujer que pudiera convertirse en su "compañera" ideal. Tendría que decírselo cuando llegara el momento oportuno. Ahora sólo debía centrarse en devolverla a su familia sin que se produjera ningún tipo de escándalo social.

Christopher se quitó las botas, agarró una almohada de la cama y extendió la levita sobre la pequeña alfombra, intentando no pensar mucho en cuántos pares de zapatos habían andado sobre ella antes. Se tumbó, cerró los ojos, y al cabo de un rato cayó en un sueño intermitente y preocupado.

Una especie de crujido rompió el silencio y lo despertó de repente. No pensaba que hubiera dormido mucho tiempo. Se incorporó de un salto, intentando averiguar de dónde procedía el ruido y si había algún peligro. No vio nada especial, pero al escuchar un gimoteo muy cercano, se volvió hacia la cama, en la que Anne, dormida, se movía hacia delante y hacia atrás, con las manos delante de la cara y los puños entrelazados.

—¡No, no, páralo! —murmuraba sin dejar de moverse, cosa que afectaba al vendaje de la cara. Levantó las manos y empezó a tocarlo—. Me duele… me duele… no dejes que me duela más. No dejes que caiga. No…

—Anne —la llamó, y olvidándose de lo inapropiado que era actuar de esa forma, se metió en la cama junto a ella y la acogió en su regazo, con la idea de despertarla sin sobresaltos, al tiempo que le agarraba las manos—. Anne, despierta. Estás soñando. Estás bien.

Pero estaba bien. Seguí moviéndose hacia atrás y hacia delante, sin dejar de agitar los brazos frenéticamente como si actuaran por su propia cuenta. Empezó a acariciarle el pelo, la espalda y a acunarla como si fuera una niña pequeña, repitiéndole una y otra vez que estaba bien, que él estaba allí cuidándola, que tenía que despertarse. No obstante, sus palabras apenas surtieron efecto, hasta que por fin y de repente se despertó, con el ojo bueno abierto de par en par de puro terror y agarrándose con fuerza las solapas del camisón.

—¡Oh, Dios! —gritó. Le corrían las lágrimas por la mejilla hasta que, finalmente todas las emociones que estaba viviendo estallaron en un gran sollozo, tras el cual se quedó rígida. Él no hizo otra cosa que acunarla, estar a su disposición e intentar transmitirle toda la fuerza y tranquilidad de que fue capaz. Finalmente, los sollozos fueron cediendo, apoyó la frente sobre su pecho y lo abrazó con fuerza.

Al cabo de un rato se separó un poco de él y lo miró a la cara intentando esbozar una triste sonrisa con la comisura de los labios.

—Lo siento —susurró—. Sé que todo está siendo horrible para ti.

Sonrió al escuchar sus palabras. Lo cierto era que tenía razón, pero, al mismo tiempo, le invadía una hasta entonces desconocida sensación de éxito al darse cuenta de que había sido capaz de aportarle la ayuda y el confort que necesitaba. Esperaba que fuera capaz de superar la terrible situación que había vivido y pronto volviera a ser la mujer que era antes.

—No te preocupes por mí —dijo sin dejar de mirarle la cara, ahora algo desconcertada. Anne se separó de su abrazo y se sentó en la cama, con la espalda en el cabecero—. ¿Te duele la cara?

—Muchísimo —dijo. Christopher vio que tenía los nudillos blancos mientras agarraba las sábanas y las mantas de la cama—. Seguro que Ellen me aplicó algo en la mejilla para paliar el dolor, pero ya ha perdido su efecto. ¿Sabes qué hora es?

Sacó el reloj de bolsillo y se acercó a la ventana para intentar comprobar la hora a la escasa luz de la luna y de las estrellas.

—Parece que poco más de medianoche —dijo—. Todavía puedes descansar mucho tiempo hasta por la mañana. Yo diría que la casa de tu hermano está a poco menos de una hora de aquí.

—Ah, pues entonces debemos estar en la posada Best Rose —dijo poniéndose la mano en el pecho para intentar estabilizarse—. No está nada lejos. De hecho, he estado allí, en la taberna de abajo. ¡Pero no se lo digas a mi hermano!

—Pues claro que has estado —murmuró para sí negando con la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—Nada —contestó, y se dirigió a la bolsa que había preparado Ellen—. Aquí hay una botella con el mejunje que tu amiga me dijo que era para reducir el dolor. ¿Por qué no tomas un poco, a ver si se te pasa?

—No estoy segura —dijo mordiéndose el labio—. Quiero estar lúcida.

—Puede que te ayude a dormir —indicó—, que te relaje un poco. Dios sabe que lo necesitas.

Asintió finalmente, dio un trago y se echó hacia atrás. Apenas se había echado en el suelo junto a la cama cuando volvió a escuchar su voz llamándole.

—Christopher, ¿podrías… podrías abrazarme un momento?

Se quedó helado. Estaba claro que no debía abrazarla, no en una cama, en una posada en mitad del campo. La había reconfortado en un mal momento, sí, pero esto sería muy distinto.

—Por favor…

Y de alguna forma, pese a las dudas y recelos, y a que su fuero interno le decía que aquello era inapropiado, nada convencional, equivocado… se vio a sí mismo en la cama junto a ella una vez más, con su cuerpo acurrucado entre el de él. Si eso estaba mal, ¿por qué se sentía tan bien?

CAPÍTULO 11



—¿Has dormido bien?

Christopher intentó dar una respuesta, pero sólo le salió una especie de gruñido gutural, y a Anne le alarmó la expresión de dolor que expresaba su cara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, olvidándose por un momento de sus propias preocupaciones y mirándolo fijamente a la cara—. Da la impresión de que estás enfermo.

—Estoy bien —contestó, aunque inmediatamente se dio la vuelta para brocharse los botones de la camisa y colocarse el chaleco.

Tamborileó los dedos en la mesa, a la espera de una reacción más adecuada, pero siguió dándole la espalda, rígido en inmóvil.

—Christopher.

—¿Sí? —respondió, y ella dudó por un momento. No obstante, necesitaba ayuda , pues le dolía mucho la cara bajo los vendajes.

—Creo que habría que limpiar la herida y cambiar el vendaje. ¿Me puedes ayudar? —pidió hablando muy deprisa.

Le inquietaba el aspecto de su cara, y además no las tenía todas consigo por el hecho de tener que pedirle lo que estaba pidiendo a un hombre como lord Christopher Anderson, un conde nada menos, cambiarle los vendajes de la cara como si fuera un criado o un enfermero. Pero no sabía qué otra cosa podía hacer. No pensaba que pudiera hacerlo sola.

—¿Puedes mirarme la cara? Ellen me dijo que seguramente quedaría una cicatriz, pero no sé… cómo será de grande —susurró. Nunca había presumido ni confiado en su aspecto, pero ahora que había sufrido daños permanentes el corazón le latía con mucha fuerza de pura inquietud. Sabía que el hecho de preguntar era banal y egoísta, pero necesitaba saberlo.

Christopher se volvió hacia ella y tragó saliva con fuerza pero asintió. Se sentó en el borde de la cama, él se acercó y quedó ante ella.

—Ellen dijo que te lavaras las manos primero —le indicó. Se dio cuenta de que torcía un poco el gesto pero asintió y así lo hizo. Después volvió junto a ella.

Se sentó a su lado en la cama, con la cara a pocos centímetros de la de ella, que perdió un poco el aliento ante su cercanía. ¿Cómo era posible que hubiera dormido de un tirón toda la noche sin sentir nada? Seguramente fue por lo que le había preparado Ellen. Se preguntaba cómo habría reaccionado él a la situación. Seguramente había… ¡Oh! De repente se dio cuenta de todo al recordar el gesto incómodo… y algo más de hacía unos minutos. ¡Pues claro!

En cualquier caso, esos pensamientos se evaporaron cuando él empezó a apartar el vendaje con mucha delicadeza. Sintió el aire fresco en la herida, cerró los ojos y contuvo el aliento cuando empezó a notar de nuevo un intenso dolor en la mejilla. Cuando volvió a abrirlos, notó

que veía con los dos, y allí estaba Christopher mirándola con atención y gesto indescifrable. Bajó la mirada cuando se dio cuenta de que, a su vez, ella lo estaba observando.

—¿Es muy grande? —preguntó en voz muy baja.

—Resulta difícil saberlo —contestó, y, por un momento, ella deseó que no fuera tan sincero, que mintiera y le dijera que iba a estar bien y que apenas se notaría—. La herida es muy reciente, de ayer, y además hubo puntos, así que seguro que hay mucha inflamación. El tiempo dirá cómo va a evolucionar.

—¿Es muy grande? —repitió, separando las palabras.

No contestó, sino que se levantó y señaló un espejo sin brillo y algo roto que había en un rincón. Anne se levantó. La cara volví a palpitarle mientras caminaba hacia el espejo. Cuando finalmente tuvo el valor de mirarse en él, la verdad es que se dio cuenta de que no se podía decir nada. Ni tampoco hacer nada. Ni gimió, ni tembló ni recurrió a los habituales gestos teatrales a los que era tan aficionada. Simplemente se quedó allí de pie, mirando la monstruosidad que, en esos momentos, era su cara.

—Tengo un aspecto espantoso —susurró al tiempo que miraba la larga y dentada cicatriz que partía del lado izquierdo de la frente, descendía junto al ojo y llegaba a la mejilla, terminando a la altura de la nariz.

—No seas ridícula —dijo él con tono algo forzado, lo cual provocó que se volviera de repente y con indignación.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¡Mírame!

—Estás igual de guapa que siempre —dijo. Se notaba que estaba algo enfadado, lo cual provocó una pausa en Anne para intentar asimilar sus palabras con serenidad—. Sí, tienes una cicatriz, pero ¿qué importa? Ahora está roja e hinchada, es verdad, pero la chica ha hecho un muy buen trabajo con los puntos de sutura, y van a cicatrizar muy bien, estoy seguro. Si no haces ninguna tontería que implique riesgo de infección, y debes permitir a tu hermano que te mande a un médico. Estoy seguro de que todo va a ir bien. Yo no te mentiría nunca, Anne. Nunca miento.

Le mantuvo la mirada, resistiendo la intensidad de la misma, y se dio cuenta de que estaba diciendo lo que sentía, ni más ni menos. Era sincero a carta cabal.

—Gracias —dijo en voz baja—, aunque tengo que decirte que… entendería que ya no desearas casarte conmigo dadas las circunstancias.

Vio que él hacía una pausa antes de decir nada, y se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de sus dudas. Se colocó las manos en las caderas, y su aspecto, con el chaleco aún sin abrochar, sin levita ni pañuelo al cuello, no se parecía en nada al habitual. Así sería su aspecto habitual si se casaran. Le sorprendió enormemente que la idea no le producía la más mínima ansiedad.

Respecto a si deseaba pasar el resto de sus días convertida en ama de casa, de eso no estaba segura en absoluto. Pero había sido tan amable y tan protector a lo largo del día y la noche anteriores que, eso unido a la gran atracción que empezaba a sentir por él, la idea de que se convirtiera en su marido había dejado de parecerle inaudita, todo lo contrario.

Se le encogió el estómago y sintió que el calor fluía por su cuerpo de forma incontrolada mientras esperaba su respuesta.

—*Lady* Anne —empezó, al tiempo que recorría la habitación—, no pretendo causarle más problemas, pero es mi obligación ser muy directo y muy claro con usted. —Se detuvo y la miró a los ojos—. En estos momentos he dejado de creer que debamos casarnos, pero no por la razón que acaba de indicar. No se trata de su aspecto, en absoluto, sino porque creo que no estamos hechos el uno para el otro, ni más ni menos. De hecho, lo tenía claro y lo había decidido antes de ir a buscarla a Tonbridge. Un matrimonio entre nosotros sería un fracaso cantado, como si duda

se habrá dado usted cuenta, ya que se puede decir que huyó de mí y salió corriendo hacia el escenario en cuanto un atractivo actor habló con usted. No es ese el tipo de mujer que yo deseo para que sea mi esposa. Necesito a alguien fiable, digna de mi confianza, y que sepa comportarse como una auténtica condesa. Me atrae usted muchísimo, se lo aseguro, pero no creo que podamos llegar a ser una pareja adecuada.

Conforme hablaba era como si su corazón se rompiera en pedacitos que se fueran extendiendo por el pecho, dejando un hueco que le producía un dolor insoportable. Lo miró sin decir nada, deseando desaparecer de la habitación, pero al mismo tiempo quería que él se diera cuenta del inmenso daño que le estaba haciendo. Pero no sólo era daño. Una llama de indignación e ira empezó a formarse en su estómago y salió por los ojos al mirarlo, tan atractivo y al mismo tiempo tan… detestable.

—Mira, Anne…

—¿De verdad eres tan cobarde? —lo interrumpió gruñendo—. ¡Dime la verdad! No quieres a alguien con mi aspecto actual.

—¡No es eso, ni mucho menos! Te lo acabo de explicar…

—Entonces, ¿por qué viniste a buscarme? ¿Por qué me abrazaste, me reconfortaste, te acostaste conmigo toda la noche? Fue en el momento en que viste el aspecto devastador de mi cara cuando decidiste que ya no era la persona adecuada para ti.

—Eso no es verdad, no lo es, de ninguna manera —dijo sin elevar el tono de voz, lo cual la enfureció todavía más—. Lo único que he hecho ha sido contestarte cuando me has preguntado. Sí, tengo que reconocer que el momento ha sido el peor posible. No iba a decir nada hasta que llegáramos a tu casa, pero tampoco quería mentirte ahora.

En eso momento Anne no supo qué más decir. Respiraba de forma entrecortada, y procuraba por todos los medios contener las lágrimas que amenazaban con salir a borbotones. Ya había llorado bastante en su presencia, y no quería hacerlo más. Intentó respirar hondo y serenarse.

—Anne, yo te quiero, claro que te quiero. Y estaré contigo para todo lo que necesites, te lo juro por mi honor.

Se volvió hacia la ventana, dándole la espalda mientras miraba el prado que se extendía al otro lado de la calle. Los árboles se movían al viento, y algunas hojas doradas caían al suelo desde las ramas.

—Vamos, deja que te cambie el vendaje.

—No, gracias.

—Anne, hay que cambiarlo…

—He dicho que no, gracias.

No dijo nada ni hizo nada hasta que, dándose cuenta de que lo único que estaba poniendo en juego era su tremenda terquedad y que era necesario cambiar el vendaje, volvió a ir junto a ella, le sujetó la mandíbula y se puso a la tarea. Anne apartó los ojos mientras, con manos hábiles y gestos suaves, pese a lo tenso de la situación, se preparó para preparar la cataplasma y aplicársela, y después vendarla lo mejor que pudiera, de eso estaba segura.

Anne lo miraba con el rabillo del ojo, observando su exquisito cuidado, y pese al daño que le había hecho y el enfado que tenía, también sintió cierta gratitud. Lo que estaba haciendo era algo que la gran mayoría de los nobles rehusarían hacer por no rebajarse. Pero aquí estaba el siempre correcto e impecable Christopher Anderson, conde de Merryweather, con las mangas de la camisa remangadas y preparando la pomada sin dudarlo.

Era tan poco habitual y ridículo lo que estaba pasando que hasta le entraron ganas de reír. En un principio había rechazado que la cortejara, y ahí estaba ahora ella, penando por el hombre que

la había rechazado hacía sólo un momento. No obstante, su confianza en él era absoluta.

—¿Has dicho algo? —preguntó él volviendo la cabeza para mirarla con ojos indescifrables.

—No.

Christopher asintió y empezó a aplicarle el emplasto. Anne se estremeció ligeramente , pero lo único que sintió en realidad fue frescor y alivio cuando le tocó la cara.

—¿Te hago daño?

—No.

—He enviado una nota a tu hermano.

—¿Cómo? Volvió la cabeza con dificultad hasta que pudo fijar la vista en él.

—Le he dicho que estás bien y que vamos de camino a casa. No quería preocuparlo. Dejo en tus manos el resto.

—De acuerdo. —Tragó saliva con dificultad, porque se le había formado un nudo en la garganta—. Lo que hice fue… una absoluta estupidez. Alastair y mi madre han debido estar de lo más preocupados.

—Sí, lo estaban.

—Yo les escribí alguna nota, pero Lawrence seguramente no se las mandó, aunque me dijo que lo haría. Me dejé llevar por el momento. Ni pensé, simplemente… lo hice.

—Me doy cuenta.

Se quedó en silencio mientras analizaba las consecuencias de sus actos. Y se juró a sí misma que, pasara lo que pasara, nunca volvería a actuar de una forma tan temeraria e inconsciente, sin tener en cuenta los sentimientos de sus seres queridos.

Christopher colocó la gasa limpia sobre su cara y se la sujetó con una venda alrededor de la cabeza.

—Bueno, ya está. La verdad es que, si alguna vez tengo dificultades económicas, igual podría dedicarme a la enfermería: parece que tengo aptitudes.

El intento de quitar importancia a la situación no logró eliminar en ella la sensación de melancolía que empezaba a invadirla, por la desesperación ante la certeza de que estaba empezando a perder todas sus opciones. Nunca iba a poder dedicarse al teatro, ya no. Christopher ya no la quería, ni tampoco lo haría ningún otro caballero… en cuanto la viera ni supiera el porqué de esa situación. Lo que le iba a tocar era ser la mejor tía posible para los hijos de Alastair y vivir el resto de su existencia como una solterona. Quizá pudiera convertirse en benefactora de algún hospital. O meterse a monja. Sí, eso, podría ir a un convento…

—Anne…

—¿Qué?

—Yo… siento mucho todo lo que te ha pasado —se limitó a decirle Christopher tras recoger el material de cura y volver a meterlo en la bolsa—. Bajemos a desayunar antes de reanudar el viaje.

—No… no puedo bajar a desayunar —dijo. Le sudaban las palmas de las manos—. Habrá gente, que me mirará y me verá la cara. ¿Qué van a pensar, Christopher? —Le empezó a temblar de nuevo el labio y se lo mordió.

Christopher se acercó a ella y se puso en cuclillas para estar a su altura. Pensó que no le podía seguir llamando Christopher, dado que ya no había ninguna posibilidad de que se casaran. Pero ahora que había establecido confianza con él, no le salía llamarlo por su título, lord Merryweather. Esos pensamientos se interrumpieron cuando la tomó de las manos y la miró tan intensamente que no tuvo más remedio que bajar la cabeza.

—Anne —empezó, con su tono firme y tranquilo. Le tiró de las manos para que volviera a

mirarlo a los ojos—. Respira hondo. Así. Inspira. Respira. Muy bien. Has tenido un accidente. Por desgracia, esas cosas pasan, y lo único que puedes hacer es reaccionar lo mejor posible y acostúmbrate a ello. Lo explicaremos, y todos lo entenderán. Si no deseas contar toda la historia, cuando alguien te pregunte lo que ocurrió limítate a decir que algo cayó sobre ti. Eso no será mentir. ¿De acuerdo?

Sus palabras se introdujeron en ella superando el pánico, y al cerrar los ojos y respirar hondo, sintió como si un soplo de calma la atravesara. Cuando los abrió de nuevo, él aún la miraba, aún con cara de preocupación, y en ese momento se dio cuenta de lo mucho que deseaba estar con él, lo mucho que necesitaba que formara parte de su vida. Deseaba al hombre que pudo haber tenido, pero que ahora ya no quería estar con ella.

CAPÍTULO 12



Christopher no había sido nunca una persona demasiado emocional. Estaba bastante orgulloso de su forma de ser, fundamentalmente tranquila y estoica, de su capacidad para analizar las circunstancias con la calma y la seguridad que debían caracterizar a un caballero. Pero cuando Anne se puso de pie y le dijo que iba a necesitar su ayuda para cambiarse el vestido, estuvo a punto de soltar un juramento completamente inadecuado para los oídos de una dama, incluso de las especiales características de *lady* Anne Finchley.

Esta vez fue él quien respiró hondo cuando empezó a desabrochar el vestido, que era barato de materiales y confección. Se puso tenso al rozar la piel suave y satinada de la parte trasera del cuello de la joven, en la que algunos mechones de pelo se habían escapado de las horquillas con las que la actriz seguramente le había sujetado el pelo tras curarle la herida.

Pese a que todo era absolutamente inadecuado en lo que se refería a las convenciones sociales, a que su concepción de la vida no cuadraba en absoluto con ellas, la verdad es que no era capaz de decirle que no. Suspiró y, tras desabrochar el último botón, le rozó la curva del hombro con los dedos, y ella dio un respingo.

—Gracias. Ahora ya puedo sola con el resto —dijo Anne, y él, al oírla, recobró la cordura que había perdido por unos momentos, y se separó de ella casi de un salto.

—Sí, sí, por supuesto. Si necesitas que te abroche botones, o lo que sea… no tienes más que llamarme.

Giró sobre sus talones y avanzó hasta un rincón de la habitación, en el que permaneció hecho un manojo de nervios mientras ella se vestía.

—Ya he terminado —dijo por fin, y él dio gracias a la providencia por que se hubiera cambiado solamente el vestido y no la ropa interior. Sin duda que eso le habría hecho perder cualquier vestigio de control de sus actos. Empezó a abrochar botones, agradeciendo que ella no pudiera ver cómo le temblaban las manos al hacer todo lo posible por controlar el deseo que lo embargaba. Tragó saliva cuando se volvió a mirarlo con una sonrisa de timidez dibujada en la cara.

—Bueno, supongo que esto es todo lo que puedo hacer por ahora —dijo con las manos recogidas delante de ella—. Estoy preparada para enfrentarme… a la gente.

Inclinó un poco la cabeza y la miró. Había sido sincero con ella. Seguramente la cicatriz, ahora cubierta por el vendaje, permanecería. No obstante, había visto cosas mucho peores, y nada podría ocultar su belleza ni, una vez que se la conocía, su entusiasmo y pasión por la vida. Aunque él mismo hubiera renunciado a ella… Pero eso era harina de otro costal.

—De acuerdo. Mantén ese gesto de valentía, am… Anne.

¡Por Dios bendito! Había estado a punto de decirle «amor mío». ¿Qué le estaba pasando?

¿Qué efecto ejercía sobre él? Había una cosa que empezaba a tener muy clara: necesitaba alejarse de ella antes de hacer algo de lo que se pudiera arrepentir.

* * *

CHRISTOPHER NO SABÍA MUY BIEN cómo le habían afectado a Anne sus palabras, pero en cierto y extraño sentido, estaba orgulloso de ella al verla entrar en el pequeño comedor de la posada en el que, en una mesa auxiliar, había tostadas, jamón y té para servirse el desayuno. No había demasiada gente en el comedor, sólo algún que otro caballero y una pareja que, por su forma de vestir, Christopher dedujo que vivían en el campo.

Los saludó inclinando la cabeza mientras Anne y él se sentaban cerca de ellos. La mujer se inclinó hacia ellos inmediatamente.

—*Milady*, milord —dijo inclinando la cabeza, y puso cara de asombro al ver el rostro vendado de Anne, que le devolvió la mirada con una expresión de ansiedad que Christopher nunca le había visto antes.

—Hola —saludó él a ambos viajeros—. ¿Disfrutan de su estancia?

—¡Sí, muchísimo! —dijo la mujer, regordeta y de pecho generoso, con una sonrisa arrebolada mientras miraba a su marido, un hombre delgado que parecía muy feliz con su reciente matrimonio a juzgar por las miradas sonrientes que dirigía continuamente a su esposa—. Nos acabamos de casar, ¿sabe? Los padres de mi marido no pudieron trasladarse a la boda, así que vamos a visitarlos y a llevarles un trozo de tarta. ¡Oh! ¿Les apetece a ustedes probarla?

—Muchas gracias, pero no —dijo Anne sonriendo como pudo a la mujer—. Y muchas felicidades por su matrimonio. Espero que tengan una vida juntos maravillosa y muy feliz.

Christopher miró a Anne con el rabillo del ojo mientras daba un sorbo de té. Estaba un tanto sorprendido. De entrada, pareció sentir ciertas reservas al ver que la mujer se dirigía a ellos, y en concreto a ella, pero también parecía alegrarse por la evidente felicidad de la pareja. Tampoco estaba seguro de cómo iba a reaccionar durante la conversación. Se había criado en una familia ducal, pero no parecía tener prejuicios de clase. En cualquier caso, tampoco parecía haber tenido ningún problema la hora de juntarse con una troupe de actores, así que no juzgaba a la gente sólo en función de su posición social. Se dio cuenta de que eso le gustaba y aumentaba su aprecio por ella.

—Sí —dijo por fin al ver que Anne le miraba como animándole a que dijera algo—. Muchas felicidades. —Se incorporó para estrecharle la mano al caballero, que primero lo miró con cara de sorpresa, pero después le correspondió con un firme apretón.

La mujer, Abigail como dijo que se llamaba, siguió hablando animadamente con ellos, mientras que su marido, Fred, trataba de contenerla pero sin ningún éxito.

—Si quisieran que los dejáramos en paz ya nos lo habrían dicho, ¿a que sí, *milady*, milord?

Christopher asintió divertido procurando contener la risa mientras le daba otro sorbo al té. La mujer no tenía el más mínimo recato social, pero a Anne parecía venirle bien la distracción en ese momento, pues se daba cuenta de que su aspecto, con el aparatoso vendaje, no suponía impedimento alguno para el deseo de la mujer de hablar con ella, cosa que Christopher agradecía mucho.

—*Milady*, no pretendo ser grosera, pero debo preguntarle si ha tenido usted un accidente.

Hasta ese momento. Christopher suspiró.

—Sí —contestó Anne en voz baja—. Tengo una herida en la cara. Que me temo va a dejar cicatriz.

—¡Oh, pobrecilla! —exclamó Abigail con cara de pena—. Y siendo usted tan guapa… Bueno, tiene la suerte de contar con un marido tan adorable que seguro que cuidará de usted.

—¿Marido? —repitió Anne mirando a Christopher con gesto de cierta sorpresa. Él hizo un casi imperceptible gesto de asentimiento para indicarle que debía continuar con la farsa. Se preguntó si no le reprocharía después la falta de sinceridad. En cualquier caso, asintió, pero sin poder evitar sonrojarse—. Sí, claro, mi marido. Sí, ha sido muy… servicial.

Anne permaneció callada durante el resto del desayuno, sin perder en ningún momento el gesto amable, pero con la mente en otra parte. Dado que no podía prestarle atención, habló largo y tendido con la pareja, sobre todo con Fred, que estaba tan interesado como él en la agricultura.

—¿Viven ustedes cerca de aquí? La verdad es que no lo reconozco —dijo Fred—. Aunque usted, *milady*…

Christopher le interrumpió, pues no quería que circularan noticias por la zona acerca de Anne y su «marido».

—Tengo una residencia no demasiado lejos, a un par de horas de aquí. A la que tengo… tenemos que regresar enseguida. Bueno, pues mis mejores deseos para los dos. Tenemos que marcharnos.

Christopher se levantó de la mesa y ayudó a Anne a hacer lo propio, y después le ofreció el brazo. Se despidieron del posadero y de nuevo la ayudó a entrar en el carruaje. Notó que lo miraba al hacerlo.

—¿Pasa algo?

—Pensaba que no mentías —dijo, y cuando se volvió comprobó que tenía una ceja levantada.

—Y no lo hago… salvo si es absolutamente necesario. Y en este caso, lo era.

—Ya —dijo ella de inmediato, y Christopher sonrió. Estaba claro que a esta mujer no se le escapaba nada.

Se mantuvo en silencio mirándose las manos entrelazadas en el regazo. Movía los pulgares formando círculos. Suspiró. ¿Qué iba a hacer ahora con ella?

* * *

NO HABLARON durante el corto trayecto a Longhaven. Anne pensaba que no había mucho más que decir. Miraba a Christopher pensando que él no se daba cuenta. Estaba mirando por la ventanilla del carruaje, los ojos inquietos por encima de la nariz aguileña, de perfil romano, la mandíbula y los pómulos siempre prominentes, pero que hoy parecían serlo aún más. Había tenido la ocasión de sentir su musculatura bajo el chaleco y la camisa, ahora arrugadas debido a que no le había atendido ningún criado.

Había irrumpido en su bien planificada y organizada vida y la había vuelto del revés con sus acciones impulsivas y alocadas. Tenía razón: Habían conducido a unos resultados desastrosos y, por causa de ellas, ya no quería tener nada que ver con ella.

Anne echó la cabeza hacia atrás para apoyarse en los cojines, y el traqueteo del carruaje le produjo un estado de clama que no era del todo sueño, pero sí los suficientemente relajante como para calmar sus temores… al menos por un rato. Entrecerró los ojos, y le pareció notar que Christopher la miraba, pero pensó que sólo querría asegurarse de que estaba bien, siempre portándose como el impecable caballero que era.

Al llegar a su destino muy poco tiempo después, Anne se sintió aliviada y al mismo tiempo temerosa por el regreso a Longhaven. Los ladrillos del color del cobre le dieron la bienvenida como viejos amigos ansiosos por abrazarla, pero el corazón empezó a latir enloquecido cuando

su hermano surgió por la puerta principal y se quedó en lo alto de las escaleras, esperándola. ¿Qué iba a decir? ¿Estaría muy enfadado?

No tuvo que esperar demasiado para averiguarlo, y es que aún no había puesto un pie fuera del carruaje cuando lo vio bajar las escaleras a toda velocidad, de una manera nada adecuada a su rango y correr hacia ella. La levantó del suelo y la abrazó con tal fuerza que casi le cortó la respiración.

—¡Anne, gracias a Dios!

—¡Alastair! ¡Déjame en el suelo! —dijo entrecortadamente.

Así lo hizo. Se separó ligeramente de ella y le puso las manos sobre los hombros mientras la miraba atentamente. Vio una expresión de preocupación en sus ojos azules, tan parecidos a los de ella, según le miraba la cara, y se detuvo al tropezar con el vendaje.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Qué…?

—¿Por qué no hablamos dentro? —le interrumpió en voz baja y con toda la tranquilidad que pudo. Su hermano miró alrededor y, al ver a los sirvientes, asintió. Le colocó la mano en la espalda y la condujo al interior de la casa. Anne miró un momento hacia atrás y vio a Christopher, que empezaba a seguirlos. En cierto sentido, su presencia le aportaba cierta sensación de calma y de seguridad, aunque no sabía muy bien el porqué. De todas formas, cuando él levantó la cabeza, desvió la mirada, pues no quería que viese lo mucho que deseaba estar con él.

CAPÍTULO 13



La familia Breckenridge en ciertos aspectos le recordaba a Christopher a la suya propia, lo cual le producía sensaciones encontradas. Por supuesto, en su casa nadie tenía la vertiente dramática de Anne, pero cuando vio a su madre bajar a toda prisa la imponente escalinata que daba al vestíbulo principal de la mansión, se acordó con ternura y añoranza de situaciones parecidas en su juventud.

Sólo era un crío de unos ocho años. Había hecho algo que no debía, y en lugar de enfrentarse a las consecuencias, decidió huir de su casa y vivir en el bosque con los zorros y los ciervos y no volver nunca. Se pasó unas dos horas en el bosque, vagando entre los árboles en la penumbra, antes de rendirse y volver. Su madre se había puesto muy nerviosa, casi fuera de sí, y lo recibió exactamente igual que la duquesa viuda estaba recibiendo ahora a Anne.

La verdad era que hacía bastante tiempo que no pensaba en su madre. Lo hacía a propósito, porque recordarla le causaba mucho dolor. Se había marchado demasiado pronto, muriendo de parto junto con el hermano que él tanto deseaba. Ese día fue también el que perdió a su padre, y su vida ya nunca fue igual. Menos mal que siempre había tenido a su hermana, que prácticamente lo había criado. Sonrió al pensar en Ruth, a la que siempre le habían puesta muy nerviosa sus listas y enumeraciones, y su manía de tener todas las cosas en orden y bien programadas. Y es que cuando conseguía que todo estuviera en su orden natural, sentía una satisfacción que le resultaba difícil de explicar a los demás.

Esta casa, esta familia, era muy parecida a la suya propia. Llevaba tiempo sin sentir la sensación de completitud que aporta la familia, y pensó que tendría que marcharse antes de sentirse demasiado a gusto, ya que no iba a formar parte de ella, y lo último que deseaba era acostumbrarse a algo que no iba a poder tener.

Se colocó de nuevo el sombrero y se volvió para marcharse intentando que nadie se diera cuenta, pero en ese momento *lady* Cecelia debió captar el movimiento y se volvió para mirarlo.

—¡Oh, lord Merryweather! —exclamó acercándose a él de una forma más contenida que antes—. No hay palabras para agradecerle el que nos haya traído a Anne. ¿Cómo vamos a ser capaces de demostrarle nuestra gratitud? Por favor, debe quedarse a cenar con nosotros esta noche.

—No creo que sea necesario, su excelencia, pero en cualquier caso se lo agradezco mucho —dijo haciendo una ligera inclinación, procurando no ser maleducado—. Por favor, dígame cómo está la duquesa.

—Olivia está bien, de momento —contestó Breckenridge acercándose a Christopher. Le

tomó la mano derecha entre las dos suyas y se las estrechó con mucho sentimiento—. Ha tenido algunos dolores, y seguimos esperando. Merryweather, debo decirte que estoy muy de acuerdo con mi madre. Quédate un tiempo, por favor. Voy a hablar con mi hermana, y después tú y yo tenemos que tomar una copa. Mientras tanto, el mayordomo te mostrará tu habitación. Mandaré nota a tu ayuda de cámara para que se traslade aquí con tus pertenencias.

Christopher, siempre tan educado, no pudo hacer otra cosa que asentir. Mientras seguía al mayordomo por la escalera bañada en oro, lanzó una breve mirada a Anne, justo en el momento en el que ella lo miraba también. Su gesto era muy melancólico, tanto que parecía que toda la luz que siempre proyectaba se hubiera perdido con el accidente. Christopher no se dio cuenta de que se había quedado parado en medio de la escalera hasta que escuchó la discreta tosecilla de aviso del mayordomo.

—Bueno, bueno… —susurró para sí—. Ya no es tu problema, Christopher. No es tu problema.

* * *

—MUCHÍSIMAS GRACIAS por haber traído de vuelta a mi hermana. Siempre estaré en deuda contigo.

Breckenridge le pasó una copa de brandi tras hacerle pasar al salón. La cena iba a ser informal, y el duque lo había hecho pasar a su estudio en vez de al salón de estar.

Negó con la cabeza al escuchar las palabras de su amigo. Sintió un nudo en la garganta, y deseó volver atrás y cambiar todo lo que había pasado. No merecía la gratitud de Breckenridge y de su familia. Anne nunca debió subir a ese maldito escenario, y no lo habría hecho si él no hubiera llegado tarde. Breckenridge le había indicado que le acompañara un guía, pero él había sido demasiado orgulloso y terco, y había pagado por ello un precio demasiado alto.

—Mira, Breckenridge, tengo que decirte algo…

—No digas nada, no es necesario —dijo su amigo alzando la mano—. Anne me ha explicado que en la posada sólo había una habitación. Te compensaré, por supuesto, y entiendo perfectamente por qué hiciste lo que hiciste. Anne me ha explicado que te portaste como un perfecto caballero, y te lo agradezco. Sabía que podía confiar en ti. Te prometo que de nuestra familia no saldrá una palabra relacionada con lo ocurrido, y tu impecable reputación quedará intacta.

—Gracias —dijo, algo envarado—. No hay nada por lo que debas compensarme. Breckenridge, por lo que se refiere a Lady Anne y nuestro acuerdo previo…

—Anne me ha informado de tu decisión —dijo Breckenridge colocándose junto al escritorio. Echó hacia atrás el sillón de caoba y se sentó cruzando las piernas—. Entiendo muy bien lo que sientes, Merryweather. Creo que te conozco casi mejor que nadie. Te gusta el orden, el procedimiento, y una esposa que haga cosas sin pensar no entra en tus planes. Lo único que quiero es que… Bueno, lo hecho, hecho está.

—Sí —susurró Christopher, sin saber qué otra cosa podía decir.

Las emociones que estaba sintiendo, irracionales y absurdas, le intentaban arrastrar a quedarse para decirle a Anne que jamás le dejaría hacer algo como lo que había hecho porque, a partir de ese momento, él iba a estar a su lado y la iba a ayudar a lograr todo lo que necesitara en la vida. Pero su mente racional le decía todo lo contrario: que se diera la vuelta y se marchara de allí lo más deprisa posible antes de que su deseo de estar con ella siempre creciera hasta límites insoportables. Necesitaba distanciarse, eso era todo.

—Si necesitas algo más de mí, Breckenridge, sabes que no tienes más que decirlo.

Dio un paso atrás al tiempo que Breckenridge levantaba un dedo y apoyaba la barbilla sobre la punta.

—Bueno, sí que habría una cosa… —Su amigo no tuvo más remedio que captar la expresión de pánico de su cara, pues inmediatamente hizo un gesto con la mano descartando la idea, fuera la que fuera—. Bueno, no importa. Aunque… bueno, Merryweather, la verdad es que te pediría que te quedases un par de días en casa. Me vendría muy bien tu ayuda, para asegurarme de que Olivia está en todo momento bien atendida, ahora que Anne también tiene sus propias necesidades de atención. Hoy no parece la misma de siempre, aunque supongo que va a necesitar tiempo para aceptar las consecuencias de la herida y el hecho de que su visión idílica de la vida en el escenario no es ni mucho menos real ni posible.

La desesperación de Christopher creció. De su relación con los Finchley no había salido nada bueno. Habían traído un desorden a su vida que nunca había experimentado antes, pero… ¿cómo iba a rechazar la petición de su amigo, que era muy razonable? Sabía que la situación depresiva de Anne se debía en parte a su propio rechazo. Cómo poco, quizá debiera quedarse uno o dos días más para hacerle ver que su vida seguía teniendo muy buenas perspectivas, pese a todos los cambios que se habían producido. Sí, eso era razonable. Su criado estaba aquí y sus pertenencias también, por lo que el orden en cierto modo se había restablecido. Pasaría un par de días con la familia de su amigo y todo iría bien.

—De acuerdo —se oyó decir a sí mismo, pero dejándose la puerta abierta a la huida—. Un día, dos como mucho.

—¡Espléndido! —dijo Breckenridge aplaudiendo—. Pues venga, vamos a reunirnos con las damas.

* * *

A LA MAÑANA siguiente Anne estaba sentada al piano, intentando concentrarse para tocar. Pero parecía que todas las canciones alegres y melodiosas que le gustaban se hubieran esfumado de su recuerdo. Los dedos parecían moverse a su aire, y producían melodías lentas, con letras trágicas y llenas de melancolía. La cena de la noche anterior había sido ridícula. Su hermano parecía enormemente defraudado con ella. Su madre no hacía otra cosa que subrayar lo contenta que estaba por su regreso a casa, sin dejar de acariciarle la cara. Cuando Anne intentaba sonreír para darle ánimos, la mujer se limitaba a suspirar. Hasta vio una lágrima que corría por su mejilla.

Las notas se iban volviendo cada vez más tristes, casi como lamentos. Anne sabía que su madre la quería, pero también que siempre había estado muy orgullosa de su belleza. Eso se había terminado, y al parecer su madre sufría tanto como ella misma por la pérdida.

Y después estaba Christopher. Lord Merryweather. El hombre que no quiso dejarla sola pese a que ella lo rechazó. Era como si pensara que le debía algo tras rechazarla. Pero no le debía nada. Nunca le había prometido nada, y ella tampoco se lo había pedido. Ni eso ni nada. Le había dejado muy claro lo que pensaba de ella. Ahora lo que Anne deseaba era que la dejara en paz.

Golpeó las teclas casi con furia en el acorde final, y las notas sonaron de una forma extrañamente bella, tanto que las repitió una y otra vez. Hasta que se dio cuenta de que ya no estaba sola.

—Como sigas golpeando de esa manera el instrumento, pronto te vas a quedar sin él.

Su voz, suave y sedosa, llegaba desde la puerta de entrada, y al ponerse de pie para mirarlo de frente, Anne evitó transmitir lo que sentía controlando el gesto.

Christopher entró en la habitación con las manos en la espalda.

—Creo recordar que tocabas el pianoforte mucho mejor —dijo sonriendo débilmente—, aunque puede que esté equivocado.

Anne se encogió de hombros, fijando la mirada en el reloj de pared que estaba sobre la chimenea. Estaba muy elegante, perfectamente adaptado al papel de caballero. Y ya no era suyo, si es que alguna vez lo había sido.

—Toco lo que siento cuando lo siento —dijo—. Y, ahora, mi forma de sentir es esa. Te ruego que no me juzgues con excesiva dureza.

—No te juzgo en absoluto, Anne —dijo en voz tan baja que apenas le oyó—. Es sólo que echo de menos la forma en la que solías tocar, tan alegre y vivaz.

—Eso ya quedó atrás —dijo Anne dando un paso hacia él—. He pasado de ser una chica ingenua y feliz a averiguar que hay verdades en la vida y en el mundo que es imposible ignorar. Que muchos sueños no se pueden convertir en realidad. Que los celos y el odio son pasiones muy fuertes. Y que la belleza significa bastante más de lo que yo pensaba antes.

—En el mundo existe el mal, eso es cierto —dijo Christopher con lentitud e inclinando la cabeza para mirarla. Se acercó a ella, de modo que sólo los separaban centímetros—; por eso necesita personas como tú, pera que reine el bien en él.

Anne se dio la vuelta para no tener que mirarlo. Había notado que sus ojos brillaban de emoción, pero pensaba que sólo se trataba de pena. No podía soportarlo.

—Pensaba que te iba a gustar eso en lo que me he convertido —dijo—. Menos caprichosa. Menos empeñada en hacer lo que sea para conseguir lo que quiera, sea lo que sea. Más cuidadosa. Más… formal.

—Uno no puede cambar lo que es, Anne —dijo—. No en el interior.

—¿No? —se volvió hacia él y levantó una ceja—. ¿Y eso cómo lo sabe, insigne lord Merryweather?

Sonrió al ver que volvía a utilizar el sentido del humor.

—Porque lo he vivido en mis carnes —dijo simplemente—. Ha habido muchos momentos en los que no he querido ser ese caballero estirado y aburrido que soy, en los que he deseado librarme de mis inhibiciones y vivir, sin más, siguiendo mis impulsos y gozando cuando tengo la alegría a mi alcance. Pero cuando lo he intentado, he comprobado que no me siento a gusto haciéndolo, y que me invade el pánico. Y entonces encuentro más sencillo ser el hombre que se supone que debo ser. —Dejó de hablar, y puso cara de sorpresa—. La verdad es que nunca le había contado esto a nadie.

Anne se sorprendió, y también se sintió orgullosa de que hubiera compartido con ella algo tan íntimo y personal.

—Debemos hacer todo lo que podamos para ser felices —dijo sonriendo con tristeza—. Aunque a veces está fuera de nuestro control.

Vio que abría la boca para responder, pero de repente otra voz procedente de la puerta lo interrumpió.

—¡Olivia! —exclamó Anne, y salió casi corriendo hacia ella—. ¿Qué estás haciendo? ¡No deberías estar paseando por ahí!

La cuñada de Anne entró en la habitación con andares bamboleantes.

—Me estaba volviendo loca metida en mi habitación durante tantos días interminables —dijo al tiempo que Anne la agarraba del brazo. Entonces se volvió y no pudo evitar echarse a reír al ver a Christopher, que se había quedado con la boca muy abierta y cara de asombro al verla entrar en esas condiciones.

—Entonces caí en la cuenta de que no tenía la obligación de permanecer allí —prosiguió Olivia—. No voy a ser tan descerebrada de irme demasiado lejos, pero me apetecía entretenerme con algo interesante mientras espero que llegue lo que tiene que llegar. No se asuste, lord Merryweather. Me conoce lo suficiente como para saber que nunca hago lo que se supone que debo hacer ni lo que se espera de mí.

Anne rio ante esa salida, sobre todo cuando vio que Christopher tragaba saliva y asentía a las palabras de Olivia.

—Pues a lo que vamos —prosiguió Olivia—. Llevo varios días observando desde la ventana el magnífico tiempo del que estamos disfrutando. ¿Por qué no nos sentamos fuera? Hasta podíamos comer en los jardines… ¿Qué te parece, Anne?

—¡Sería estupendo! —dijo Anne encantada, olvidando la tristeza por un momento—. ¿Le digo a Alastair que venga con nosotros?

—Supongo que sí —dijo Olivia—, siempre y cuando prometa no atosigarme todo el rato. Te juro que a veces es peor que una niñera.

—Está preocupado —dijo Anne—. Te quiere muchísimo.

—Lo sé —dijo Olivia sonriendo—. Soy afortunada.

Se produjo un tenso silencio, hasta que Anne dibujó una amplia sonrisa, la mejor que pudo conseguir en ese momento, y salió en busca de su hermano.

CAPÍTULO 14



—Y ahora dígame, lord Merryweather, ¿qué planes tiene?

Habían estado paseando sin alejarse mucho de la casa, y Anne había extendido una manta en la que estaba desplegada la comida campestre preparada por la cocinera. Olivia se sentó en una silla que había traído uno de los criados para no tener que hacerlo en el suelo, y ahora le estaba preguntando a Christopher.

—¿Por qué supone que tengo un plan? —preguntó guiñándole un ojo, y Olivia rio.

—¡Vaya, lord Merryweather. Siempre ha sido usted un hombre encantador de serpientes.

¿Christopher un encantador de serpientes? Anne no pensaba en absoluto de esa forma, y miró a Olivia levantando una dubitativa ceja.

—Para ser sincero del todo con usted —empezó, ahora más en serio—, no estoy seguro del todo. Creo que permaneceré aquí un par de días, y después volveré a mi hacienda. Llevo lejos bastante tiempo, y la estoy descuidando demasiado. Mi administrador es de fiar, pero nunca estoy del todo a gusto si no compruebo las cosas por mí mismo.

Anne lo miró sorprendida. ¿Por qué se iba a quedar? No tenía ningún motivo para permanecer más tiempo allí. No la cortejaba, ella no se iba a marchar y Olivia estaba a punto de dar a luz. Era raro que siguiera con ellos, y más tratándose de un hombre que siempre prefería hacer lo que se esperaba de él.

—Estamos encantados de que se quede con nosotros estos días —dijo Olivia, y a Anne empezó a dolerle el cuello de tanto volverse para mirarla.

—Olivia, ¿no te sientes como si fueras una reina entre nosotros, con todos tus leales sirvientes en el suelo y a tus pies? —preguntó, poniendo en palabras la escena que tenía en la cabeza.

—¿Me está usted llamando sirviente? —preguntó Christopher, y cuando Anne lo miró sonrió.

—Seguro que representaría usted muy bien ese papel, lord Merryweather —replicó riendo quedamente—. ¿Por qué no nos habla de su hacienda? He oído que es muy bonita.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y a quién se lo ha oído? No me irá a decir, *lady* Anne, que todo el tiempo que estuve tratando de cortejarla, usted no estaba jugando conmigo, sino de verdad interesada…

Anne notó que se ruborizaba. En aquellos momentos no se había portado con él de una forma seria, aunque en realidad sí que había estado interesada en averiguar más cosas acerca del hombre que deseaba casarse con ella. Eso sí que era verdad. Aunque en realidad ahora no importaba.

—Pues yo… es decir… —. Por una vez se había quedado sin palabras de repente, y en ese preciso momento Olivia emitió una especie de gruñido que le hizo dar un respingo.

—Olivia, ¿estás bien? —dijeron a la vez Anne y Alastair, y Anne vio también como Christopher miraba a su alrededor, seguramente un tanto incómodo por no saber cómo actuar con una mujer en un estado de gestación tan avanzado.

—Estoy perfectamente —dijo Olivia levantando la mano abierta para indicar que no había de qué preocuparse—. Quizás un poco incómoda, eso es todo. Alastair, cariño, ¿me puedes acompañar dentro? —Seguramente vio como Anne empezaba a guardar la comida en la cesta—. ¡Anne, no hace falta que os vayáis! Hace un día magnífico, y puedes quedarte aquí acompañando a lord Merryweather. Estaré bien, sólo necesito descansar. Alastair volverá enseguida con vosotros para que nada se haga de manera impropia, así que no tiene de qué preocuparse, lord Merryweather.

Alastair la ayudó a levantarse de la silla y Olivia saludó con la mano para despedirse. Anne hubiera jurado que, inmediatamente antes de darse la vuelta para entrar en la casa, Olivia le había guiñado el ojo, pero de una forma tan rápida que no podía estar segura del todo.

Christopher se aclaró la garganta, se apoyó sobre un codo y se estiró en la manta. Parecía muy tranquilo y reposado. Anne no lo recordaba en una postura tan relajada. Estaba claro que había estado echado junto a ella en la cama de la posada, pero estaba tan preocupada por ella misma que no le había prestado demasiada atención a él. En ese momento se sintió muy avergonzada por haber sido tan egoísta después de lo mucho que había hecho por ella, mientras que por su parte apenas le había hecho caso. No se había molestado en preocuparse.

El sol que asomaba entre las nubes le iluminó la cara, y en ese momento se dio cuenta de lo atractivo que era. Siempre había sabido que tenía buen aspecto, pero nunca lo había apreciado de verdad hasta ese momento. Le pareció cómo si el corazón se detuviera durante un instante y tragó saliva mientras maldecía el vendaje que el cubría media cara. Había venido el médico, y aunque Anne había rechazado cualquier tratamiento adicional, sí que le había agradecido que le pusiera un vendaje algo menor. Por lo menos ahora veía con ambos ojos.

Y ambos ojos estaban llenos de Christopher, aunque él ya no la miraba de la misma forma a ella. Se lo había dejado muy claro. Lo único que deseaba ahora era borrar de su mente el recuerdo del beso que se habían dado, porque en estos momentos ansiaba volver a sentir sus labios en los de ella una vez más. Tragó saliva con fuerza.

—Háblame de tu hacienda, Christopher —acertó a decir. Necesitaba cambiar de tema y llenar el silencio—. ¿Está muy lejos? ¿Cómo es de grande? ¿Tienes muchos criados? ¿Y arrendatarios? ¿Vive alguien más contigo? ¿Tienes amigos en la vecindad?

¡Por Dios bendito! Ahora estaba cotorreando como una estúpida.

Él alzó una mano como si quisiera detener el torrente de preguntas, aunque lo hizo sonriendo.

—De acuerdo, de acuerdo, vamos por partes —empezó—. Gracebourne no es excesivamente grande, sobre todo si se compara con Longhaven. Sin embargo, es bonita, si es que se me permite decirlo. El edificio original data del siglo XIII, y ha ido creciendo con el tiempo. Pese a los diferentes estilos arquitectónicos, el edificio mantiene el equilibrio. Durante siglos ha pertenecido a la familia de mi padre, aunque yo no pasé demasiado tiempo allí en mi juventud. Mi madre prefería la casa de su familia, más pequeña y menos grandiosa. Mi abuela, la madre de mi padre, y ella no se llevaban bien, y como mi madre odiaba el conflicto, simplemente no vivíamos allí. Volvimos a Gracebourne cuando falleció mi madre. De todas formas, no me habías preguntado sobre eso. Querías saber cosas de la hacienda.

Anne deseaba decirle que no, que siguiera con lo que le había empezado a contar, pues le apetecía mucho saber cosas acerca de él y de su familia. Pero le daba la impresión de que, si lo presionaba, se cerraría de nuevo, así que prefirió dejarlo hablar de lo que quisiera.

—A ver entonces… ¿qué me habías preguntado? —Se puso un dedo sobre los labios y fingió pensar intensamente lo que iba a decir—. Ah, sí. Primera pregunta: está a medio día a caballo de aquí. En un cálculo rápido, yo diría que el tamaño de la hacienda es unas tres cuartas partes el de esta de tu hermano. Hay bastantes criados, pero como soy yo el único que vive en la casa, no me hacen falta tantos como en otras. También tengo bastantes arrendatarios, y hay un pueblo muy cerca, así que hay bastante gente en los alrededores. Tengo muchos conocidos, aunque la mayor parte de mis mejores amigos viven bastante lejos. ¿Qué tal lo he hecho? ¿Lo he contestado todo a satisfacción?

—No se puede negar que las listas se te dan de maravilla, Christopher —dijo, y cuando le sonrió fue como si encendiera una llama dentro de ella, de la calidez que sintió.

—Me tomo eso como un cumplido —dijo algo sorprendido y también encantado, o al menos eso le pareció a ella por el tono—. Te lo agradezco.

—Tengo una pregunta más —dijo, casi sin aliento—. ¿Te sientes solo alguna vez?

Lo pensó durante unos momentos.

—Todo el tiempo —dijo en voz baja y algo ronca.

Se levantó de la manta y se colocó de rodillas frente a ella, que estaba sentada con las piernas dobladas hacia un lado. Anne no pudo controlar sus acciones, pues se inclinó hacia él como si una cuerda tirara de ella. Él levantó las manos para recogerle la cara entre ellas y acariciarle las mejillas con los pulgares. Cuando uno de ellos tropezó con el vendaje dio un mínimo respingo, pues se había olvidado por completo de que lo tenía. Él las retiró.

—¡Oh, Christopher! —dijo incorporándose levemente. Le tomó una mano y se la llevó de nuevo a la cara—. Yo…

—Shh —ordenó levísimamente. Sin decir nada bajó la cabeza y le cubrió los labios con los suyos, evitando así cualquier palabra de protesta por su parte.

¡Por Dios, era maravilloso! Hoy sabía a chocolate y fresas, y su aroma especiado la llenó por completo. En ese momento fue ella la que requirió entrar en su boca, y él la abrió para ella, abrazándola con ambas manos mientras se besaban. Al parecer estaba un poco incómodo, porque de repente colocó una mano bajo su trasero para levantarlo, y de repente se vio sentada en el regazo de Christopher, que saboreó, jugueteó y le enseñó lo maravilloso que puede ser un beso. Anne deseaba ansiosamente esto, pero había pensado que sería imposible. Tampoco sabía que un segundo beso podía ser incluso mejor que el primero.

Anne colocó una de sus manos alrededor de la espalda de Christopher, mientras que con la otra le acarició el pelo. Al apretar un mechón se dio cuenta de que era oscuro, denso y sedoso. Él reaccionó con un gemido, y no supo si le había hecho daño o si se debía a que sus cuerpos estaban pegados. Él tenía una potente musculatura y llevaba ropa rígida mientras que ella se había puesto un suave vestido de muselina sobre la sensible piel.

Anne pensaba que el juego de las lenguas podía prolongarse eternamente, y a ella no le importaría en absoluto, todo lo contrario, le haría muy feliz. Pero, en un momento dado él extendió la mano y, con absoluta levedad, acarició uno de sus pechos, lo que hizo que estuviera a punto de dar un salto. Se sintió audaz y atrevida, deseando explorar las sensaciones que empezaban a inundarla, así que le agarró la mano y se la apretó contra el pecho. Aunque inicialmente se detuvo por un momento, quizá sorprendido por su audacia, no tardó ni un momento en superar cualquier duda. La acarició con fruición y la empujó hacia adelante para tumbarla sobre la manta cuando el ruido de una puerta al cerrarse en la distancia captó ligeramente su atención. No reaccionó hasta que, de repente, el cuerpo y las manos de Christopher fueron sustituidas por el vacío, y vio que se volvía a sentar, se estiraba la ropa e

intentaba recolocarse el pelo. Cuando terminó, la ayudó a que se sentara.

—¿Va todo bien por aquí? —Anne ahora sí que dio un respingo, sorprendida ante la repentina presencia de Alastair junto a ellos.

—¡Alastair! —exclamó, e inmediatamente se dio cuenta de que había mostrado demasiada emoción. Se calmó de inmediato y adoptó el papel de dama recatada. Un papel que debería haber representado en todo momento esa tarde, pensó irónicamente—. ¿Cómo está Olivia?

—Muy bien —dijo, y Anne levantó una ceja. Había acertado con la sospecha: a Olivia no le ocurría absolutamente nada, de forma que lo único que había querido su cuñada era dejarlos solos a ellos dos. Y al parecer, había intuido perfectamente lo que iba a pasar. La treta había funcionado.

Anne no estaba muy segura de lo que sentía al respecto. Christopher le atraía mucho, sí, y no podía negar que quería mucho más de él. Por lo que se refería a toda una vida juntos… él le había dejado muy claro que ella no era el tipo de mujer que estaba buscando, y bajo ningún concepto deseaba toda una vida de desavenencias. Antes de plantearse siquiera cambiar de opinión, debería decidir si sería capaz de vivir conforme a las reglas de Christopher, su sentido de la decencia social y sus planes de futuro. Inclinó la cabeza para mirarlo con ojo crítico, y él le devolvió la mirada con idéntica intensidad. Vio que algo brillaba en sus ojos; en realidad, era más que brillar, era una llama ardiendo, y sintió una emoción muy profunda. ¿Tan malo sería dejarse llevar y explorar hasta dónde podía conducir todo esto?

Se había olvidado por completo de que Alastair estaba con ellos, pero lo recordó abruptamente cuando su hermano se aclaró la garganta, y se volvió hacia él. Pensó que era un momento perfecto para enderezar unos acontecimientos que se habían torcido tanto.

—Alastair, Chris... lord Merryweather, tengo que deciros algo —empezó, irguiendo mucho la cabeza. Era el momento de disculparse, lo tenía claro. No le gustaba hacerlo, nunca le había gustado, pero se comportaría dignamente porque no habría manera de avanzar hasta que, de un modo u otro, hubiera enderezado el pasado. Cuanto más conocía a Christopher, más se daba cuenta del porqué de su rechazo a casarse con ella. No le había dado una muestra real de lo que podría ser su vida juntos. Tenía que demostrarle que había dejado de ser la niña estúpida que había sido hasta ese momento.

—Tengo claro que os debo a los dos una disculpa —dijo, y pudo observar gestos de genuina sorpresa en ambos. ¿De verdad era tan terca que no podían ni siquiera pensar en que semejantes palabras a fueran salir de su boca?

—¿Perdona? —dijo Alastair levantando las cejas—. ¿Acaso mi hermana, *lady* Anne Finchley, se está disculpando? Creo que es la primera vez en mi vida que escucho de tu boca algo parecido.

Le dirigió una mirada a su hermano que esperaba que fuera lo suficientemente fría, y se volvió hacia Christopher. Su reacción positiva era lo que más le interesaba. Alastair la perdonaría. Siempre lo hacía. Además, al menos le había escrito una nota advirtiéndole de lo que iba a hacer, mientras que a Christopher lo había pillado totalmente desprevenido

—Sé que estos últimos días no se han desarrollado ni mucho menos como usted había planeado —dijo hablando despacio—. De entrada, me comporté de una manera despreciable, y después usted lo dejó todo para venir a buscarme y a ayudarme. Se lo agradezco mucho.

Christopher se encogió de hombros. Parecía estar algo incómodo.

—Siempre estaré encantado de echar una mano —dijo, e hizo eso exactamente: se inclinó hacia delante extendiendo la mano para ayudar a Anne a incorporarse—. Eso ya es pasado, Anne. No pienses más en ello.

CAPÍTULO 15



—Me siento como si el director de estudios me estuviera llamando cada dos por tres a su oficina —dijo Christopher al entrar en el lujoso despacho, y Breckenridge, que estaba de pie junto al aparador con el decantador en una mano y una botella en la otra, rio entre dientes.

—Eso está muy bien, Merryweather, pero los dos sabemos que tú nunca has tenido ese tipo de dificultades. Sin embargo, yo sí que te puedo decir por experiencia propia que un director nunca recibía preparando al alumno visitante una copa de brandi.

—No me cuesta nada creérmelo, pero eso a ti no te impidió beber en la escuela —dijo Christopher meneando la cabeza.

Breckenridge sonrió con ese encanto gracias al cual era capaz de salir indemne de los problemas que le causaba su casi siempre alocada forma de actuar. Se sentó en la gastada butaca del escritorio y le indicó a Christopher que hiciera lo propio en la que estaba frente a él.

—Supongo que en aquella época bebí por los dos —reflexionó.

Christopher no terminaba de estar a gusto del todo. Pese a que, como siempre, bromeaba con Breckenridge, no podía negar que sentía una cierta aprensión a propósito de la inevitable charla que iba a tener con su viejo amigo. Breckenridge nunca había sido tonto, todo lo contrario. Sin duda a esas alturas tenía muy claro que algo había pasado entre su hermana y Christopher. Y dado que había decidido romper el compromiso, ¿qué pensaría ahora su amigo de él?

Por otra parte, ni él mismo sabía ni qué pensar ni qué hacer. Se decía a sí mismo que debía mantenerse lo más lejos posible de Anne, que no sería bueno para ninguno de los dos dejarse llevar por el deseo. Y, pese a ello, seguía en su casa, y compartía con ella risas, meriendas campestres y besos, unos besos tan apasionados que habían estado a punto de conducir a algo más. ¿En qué había estado pensando? En realidad, ese era el problema precisamente: que no había pensado. Cuando estaba con Anne perdía el control de sus pensamientos, y simplemente empezaba a actuar dejándose llevar por lo que deseaba en el momento. Lo cual le hacía sentirse muy confundido, pero… también más vivo de lo que nunca se había sentido en su vida. No obstante, tenía que parar. Anne estaba herida. Y era muy vulnerable en ese momento. Estaba aprovechándose de ella.

Por una parte, le apetecía retomar el cortejo al que prácticamente acababa de renunciar. Si lo hacía, ya no habría retorno posible. No se puede romper dos veces un cortejo con una dama respetable. No sólo daría lugar a un formidable escándalo social, sino que, lo que era más importante, se trataría de una gran injusticia para Anne.

—Breckenridge, sé que la idea era que me quedara un par de días más, pero me da la impresión de que me estoy comportando como un intruso —dijo Christopher tamborileando los

dedos de la mano derecha sobre la mesa—. No hay ninguna razón para que siga aquí, y con tu esposa a punto de dar a luz y una joven soltera en la casa, la verdad es que mi presencia no resulta nada apropiada en tales circunstancias.

Breckenridge se quedó callado durante un momento, con la vista fija en el escritorio.

—¿Y qué pasaría si esa… joven soltera fuera tu prometida? —Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Ya hemos hablado de eso —respondió Christopher de inmediato. De hecho, la pregunta de su amigo lo asombró, aunque el corazón empezó a latirle a toda prisa al pensar en la posibilidad de que Anne fuera suya—. Somos muy distintos y, además, he puesto fin al cortejo una vez.

Breckenridge ignoró olímpicamente su comentario.

—¿Qué es lo que deseas por encima de todo?

—¿A qué te refieres?

—Cuando empezaste a cortejar a Anne fue porque pensabas que era el momento adecuado para casarte, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y decidiste romper el cortejo a causa de su accidente?

—No. Lo rompí porque demostró ser una mujer temeraria e irreflexiva. Yo no puedo ni quiero pasar la vida sin saber lo que va a pasar en mi familia al día siguiente.

Breckenridge suspiró y apoyó las puntas de los dedos en la frente.

—Lo entiendo, Merryweather. Lo entiendo perfectamente —afirmó—. Mi propio matrimonio nació debido a un gran escándalo, ya lo sabes. Pero la vida con Olivia ha resultado ser mucho mejor de lo que jamás hubiese podido esperar. Llevas unos cuantos años formando parte activa de la vida social, de fiesta en fiesta y de baile en baile. Dime una cosa, ¿quieres seguir intentando encontrar una mujer que se adapte a tus… cánones? ¿Por qué crees que aún no la has encontrado?

—No lo sé —contestó Christopher, echándose hacia atrás en el sillón y cruzando los brazos sobre el pecho en claro gesto defensivo—. Supongo que no era el momento adecuado.

—O quizá las que no eran adecuadas eran las mujeres —dijo Breckenridge. Y después sorprendió a Christopher con un gesto de remordimiento—. A ver, Merryweather, ¿durante cuánto tiempo me estuviste pidiendo que te permitiera cortejar a mi hermana? Rechacé la idea durante mucho tiempo, y ahora aquí estoy, casi empujándola hacia ti. Resulta un tanto irónico, la verdad… ¿no te parece?

—Pues supongo que sí —dijo con cautela.

Breckenridge se mantuvo callado durante unos momentos, como si reflexionara acerca de lo que iba a decir a continuación.

—Los he visto a los dos esta tarde, en la hierba —dijo—. No puedo decir que me haya gustado excesivamente ver a mi hermana en esa postura, pero me ha quedado claro que albergas sentimientos hacia ella, Merryweather, porque tengo muy claro que no eres el tipo de caballero que se aprovecha de las mujeres, de ninguna mujer.

Christopher se ruborizó y se movió incómodo en el asiento, sin saber cómo responder.

—Yo… pues…

—Podrías perfectamente haber hundido su reputación, si es que no está ya arruinada. Hay algo que no te he dicho… acerca de Anne —indicó Breckenridge. Abrió un cajón del escritorio y sacó lo que parecía ser una especie de publicación periódica, dejándola encima de la mesa con gesto de desprecio. Su habitual jovialidad se había esfumado, y en esos momentos su expresión era la de un hombre hundido.

—Mi hermana está destruida, Merryweather. Los periódicos de cotilleos escandalosos lo han publicado todo —dijo con amargura—. No tengo ni idea de cómo se han enterado de lo que ha hecho, pero había suficiente cantidad de gente presente en la fiesta como para saber que se marchó, y que tú fuiste tras ella. Tras hablar con criados, actores y lugareños de Tonbridge, no habrá resultado muy complicado completar el cuadro. Fui un iluso al pensar que la cosa no traería consecuencias. ¿Qué caballero va a desear casarse ahora con ella? Piénsalo. Ha pasado una noche sola con un hombre, ha subido a un escenario y, para colmo, su belleza ha desaparecido. No sirve de nada negarlo.

Se detuvo un momento, mirándose las manos que tapaban la publicación.

—Sé que no ha resultado ser la mujer que estabas buscando, Merryweather. Pero, por lo que puedo ver, parece que los dos os lleváis bastante bien, y estoy seguro de que, a partir de eso, seréis capaces de vivir una vida feliz juntos. Sí, se ha comportado muy mal, pero ha aprendido la lección de forma muy dolorosa. Una vez la quisiste. ¿No podrías volver a quererla? Tu nombre está ahora asociado al suyo, te guste o no. Preferiría no tener que forzaros a estar juntos, prefiero más bien animaros a que lo intentéis. Si te casas con ella, tendrás a mi hermana, algo que yo considero digno de celebrar. Porque, pese a sus defectos, estoy seguro de que aportará mucha luz a tu vida. ¿Qué me dices?

Pasó un largo rato sin que Christopher reaccionara. El asombro lo había dejado sin palabras. Desde que había llegado a la conclusión de que Anne no podía ser su esposa, con su habitual terquedad. Breckenridge, con sus palabras, lo había puesto todo patas arriba. Anne había hecho una gran tontería. Se había dejado llevar por los impulsos sin controlarlos. Pero ¿de verdad había aprendido de sus errores? Pensaba que él también había actuado de manera absurda, besándola a pocos pasos de las ventanas de Longhaven estando abiertas de par en par. Disfrutaba en compañía de Anne, eso era muy cierto, y ansiaba su cercanía, su contacto físico, mucho más de lo que se podía explicar con palabras. Puede que la joven hubiera aprendido lección. Puede que fuera la esposa que estaba buscando…

Reflexionó sobre ello durante un rato más, tocándose la barbilla con los dedos pulgar e índice. Pensó en su casa, en los salones vacíos y los silenciosos dormitorios que ansiaba llenar de niños. Casi se había olvidado de su madre, y le asombraba el hecho de que recordaba perfectamente el timbre de su voz, la forma en la que besaba su piel golpeada o herida, o el modo de acariciarle el pelo. Eran recuerdos que le servían para imaginarse perfectamente a Ann haciendo lo mismo con sus propios hijos, los hijos de ambos.

—De acuerdo, Breckenridge —dijo extendiendo la mano—. Volveré a cortejar a Anne… siempre que ella lo desee.

—Quizás… —empezó Christopher, pensando en que Anne lo había rechazado cuando se vio más o menos obligada a aceptarlo; aunque lo cierto es que parecía gustarle más una vez que él rompió el compromiso—. Creo que es mejor que sea yo quien la convenza —dijo hablando despacio, y se paró en seco al ver que Breckenridge alzaba las cejas—. Tranquilo, no haré nada inapropiado —añadió Christopher a toda prisa—. Lo único que quiero decir es que el que tú hables con Anne no llevaría a nada, pues debe llegar por sí misma a la conclusión de que es el modo de proceder más adecuado dadas las circunstancias.

—Tienes razón —dijo Breckenridge dando un suspiro—. Debería saberlo. De hecho, he estado demasiado preocupado por Olivia, y no le he dedicado a mi hermana toda la atención que debería. Bueno, me alegra mucho saber que que, dentro de poco, vayas a asumir esa responsabilidad.

Las implicaciones de las últimas palabras de su amigo le afectaron. Respiró hondo y lo miró.

Breckenridge movió la mano despreocupadamente.

—No hablaba en serio, por supuesto. Te vas a divertir mucho, te lo aseguro. A Anne le gusta mucho ir a Londres de vez en cuando. Puedes pedirle que te lleve a sitios interesantes, los conoce todos.

Christopher asintió. Después se levantó y salió del estudio de su amigo, un poco sorprendido por haber tomado con tanta facilidad una decisión tan trascendente. ¿Había acertado al hacerlo?

* * *

ANNE RESPIRÓ HONDO cuando su dama de compañía se puso a su lado, junto al espejo.

—¿Está preparada, señorita?

—No.

Bridget dudó al escucharla, pero en ese momento Anne sonrió levemente y negó con la cabeza.

—Sólo quería decir que nunca volveré a estar preparada para mirarme en el espejo —explicó —. Puedes seguir adelante.

Era el momento de quitar el vendaje, el momento de volver a ver una vez más su apariencia. Ellen le había dicho que en el momento en el que la herida empezara a cerrarse, debía dejarla al aire para que cicatrizara mejor. Anne respiró hondo mientras Bridget retiraba el vendaje con mucho cuidado. Ya no le dolía nada, y se alegraba de ello. Respecto a su apariencia actual…

Cerró los ojos con fuerza y recordó la última vez que había visto la herida. Esperaba que estuviera mucho mejor ahora. No había mirado mientras el médico se la atendía. De hecho, la última vez que se había mirado la cara descubierta al espejo había sido… en la posada con Christopher. Cuando le dijo que ya no deseaba casarse con ella.

Soltó el aire y abrió los ojos. Podía escuchar perfectamente los latidos del corazón.

Miró al espejo. La cicatriz no había empeorado, aunque tampoco parecía que tuviera mejor aspecto. Todavía resaltaba, aunque estaba menos enrojecida, o eso le pareció. Notó cierta humedad en la mejilla, y se retiró una lágrima con el dedo índice.

—¿Está usted bien, *milady*? —preguntó la criada con tono preocupado.

—Sí, Bridget —contestó. Estaba decidida a no dejar traslucir su desesperación—. Simplemente me estoy comportando de forma estúpida. Sabía lo que me esperaba, y sin embargo ansiaba ver algo distinto. No importa. Gracias por tu ayuda.

Bridget asintió y, tras una mirada de preocupación por encima del hombro, salió cerrando la puerta tras de sí.

¿Qué iba a ser de su vida a partir de este momento? Igual podía volver a intentar trabajar en el teatro, sólo que ahora tendría que conformarse con papeles de delincuentes y villanas, y de hermanastras malvadas. Nadie querría escucharla cantar, ni verla representar el papel de una heroína. También pensaba que hasta podría haber algún bastardo por ahí deseando casarse con ella por su dote y por los contactos que le aportaría ser cuñado de un duque. Pero nada más pensar en eso, lo descartó por completo. Prefería pasar el resto de sus días sola a estar con alguien a quien no le importara lo más mínimo.

«Bueno…», pensó, y se cuadró ante el espejo. No había nada más que hacer. Las cosas eran como eran. Pero no fue capaz de alejar de su ánimo el abatimiento que le embargaba. Parecía haber echado raíces en su corazón. En cualquier caso, se levantó y salió de la habitación, a la busca del ama de llaves para encargarle que sacara de sus aposentos todos los espejos que encontrara en ellos.

CAPÍTULO 16

A Christopher le invadió una extraña sensación de orgullo al ver a Anne caminando a su lado. Breckenridge estaba en lo cierto al pensar que Anne iba a disfrutar de la visita al pueblo. Cuando Christopher se lo propuso, sus ojos brillaron de contento, aunque también es verdad que pronto perdieron esa luz, posiblemente al darse cuenta de que todavía no se había mostrado en público después del accidente.

Mientras paseaban por pueblo de Hollingbourne se encontraron con muchos lugareños, que mostraron curiosidad acerca de lo que le había ocurrido. En cualquier caso, a Christopher le pareció que eso era bastante mejor que acudir a un evento de la alta sociedad, pues la situación no produciría ningún escándalo. Y es que lo habitantes del pueblo la conocían desde que era una niña y parecían apreciarla de verdad. Anne les dijo la verdad cuando le preguntaron por la cicatriz, y siguieron su relato con mucha atención, compartiendo con ella la pena, la ansiedad y hasta el dolor que había sentido.

Anne todavía no sabía si se había descubierto el escándalo, y Christopher no tenía del todo claro si debía contárselo o no, y en caso de hacerlo, cuándo.

Había algo que sí que necesitaba compartir con ella, aunque debía tener cuidado para no asustarla.

—Anne —empezó, y ella se giró para mirarlo. Sabía que estaba preocupada por el aspecto de la cicatriz, aunque lo cierto era que no afectaba a su belleza. Simplemente la convertía en única y especial—. Sé que interrumpí nuestro noviazgo en el momento más inoportuno. Me comporté de un modo muy insensible, pero lo hice porque no deseaba seguir mintiéndote. —Se detuvo un momento para encontrar las palabras adecuadas—. En cualquier caso, lo he pasado muy bien acompañándote durante los últimos días, y he pensado que, si te parece bien y estás de acuerdo, podríamos retomar la relación. Me gustaría volver a cortejarte.

Las palabras sonaron envaradas a sus propios oídos, pero cuando Anne se volvió a mirarlo, no se pasó por alto el brillo de esperanza en sus ojos.

—¿Estás seguro? —preguntó con tono de duda—. ¿Y qué pasa con todo lo que me dijiste en su momento… todas las razones por las que no podíamos estar juntos?

Miró al suelo y dio una patadita a una piedra con la punta de la bota.

—Cometí un error.

—¿Sólo uno?

Se volvió hacia ella y vio la pícara sonrisa que resplandecía en su cara, un gesto que ya era familiar para él, y sintió un gran alivio.

—Más de uno —contestó sonriendo a su vez de la forma más convincente que pudo, y en ese momento se dio cuenta de lo mucho que le importaba su felicidad. Aún no estaba seguro de si

podría ser feliz con él, ni él con ella, pero tras su conversación con Breckenridge había llegado a la conclusión de que tenía que intentarlo.

—Anne, a veces pienso demasiado. Soy una persona práctica, sí, eso no podrá cambiar nunca. Pero también necesito aprender a sentir, a buscar la felicidad y paladearla sin que los planes previos tan precisos me lo impidan.

—A mí no me importa hacer planes, Christopher, me parece bien —dijo inclinando la cabeza y mirándolo con seriedad—. Siempre y cuando quede claro que los planes pueden cambiar.

—Supongo que siempre que existan razones que aconsejen ese cambio.

—O incluso si no las hay.

Se produjo un momento de silencio, hasta que Anne lo rompió con lo que le pareció una risa forzada.

—Dejando aparte nuestro desacuerdo acerca de la flexibilidad con los planes, Christopher, me gustaría intentarlo, si a ti también.

—Supongo que podemos hacerlo, sí.

—¡Mira que eres romántico! —dijo, y se rio con ganas esta vez.

El rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Te digo de verdad que me parece muy bien —prosiguió Anne—, pero te voy a pedir que hagas algo por mí.

—¿El qué?

—Tienes que volver a besarme.

La miró asombrado.

—¿Aquí?

—¡No, bobo! —dijo riéndose. Le agarró la mano y prácticamente lo arrastró hasta una calle lateral, y después por otra más estrecha hasta un rincón entre dos edificios. Se volvió hacia él, su sonrisa se transformó en un gesto más serio y él se dio cuenta de que el pecho empezaba a oscilar a un ritmo más alto. Su propia respiración empezó a acelerarse también, y no sólo debido a la rápida caminata—. Aquí.

Anne se puso de puntillas, le sujetó la barbilla con las manos y lo besó con firmeza, pero también con suavidad. La sensación era de gran delicadeza, mayor de la que había experimentado hasta ese momento. Se notaba el ansia, la calidez, la flexibilidad, todo lo que se podía esperar de una mujer. También se ajustaba perfectamente a sus brazos y su cuerpo, y el aroma a agua de rosas lo envolvía con enorme delicadeza. Su beso se hacía cada vez más firme. Estaba claro que no era una de esas damas tímidas que cumplían con la expectativa social de no tomar la iniciativa, y le alegraba mucho que así fuera.

Había una razón dominante para querer casarse con ella: la deseaba con una desesperación que le resultaba muy difícil de explicar. Se imaginaba haciéndola suya, en cualquier momento; de hecho, hasta le vino a la cabeza la posibilidad de tomarla allí mismo, en una calle del pueblo. ¡Por Dios!, ¿qué estaba haciendo con él? Esta mujer le hacía desprenderse de cualquier inhibición, por ella perdía el sentido y la razón.

No podía parar. Introdujo la lengua en su boca, quitándole el control del intercambio. Le tomó las manos, entrelazó los dedos con los de ella, levantó las manos por encima de la cabeza y la empujó contra la pared de piedra. Notó su cuerpo suave apretado contra el de él, y gimió al notar el roce de su suave cuerpo.

Ir más allá suponía hacerla suya, aquí y ahora, así que con el último vestigio de control que le quedaba, se separó con brusquedad, porque no hubiera podido hacerlo de otra manera. Apoyó la frente contra la de ella.

—Eres una sirena —dijo con voz ronca y respirando entrecortadamente—. ¿Qué estás haciendo conmigo?

Anne rio quedamente.

—Creo que me empieza a gustar eso de que me cortejes, Christopher —dijo, y pudo ver una tenue sonrisa dibujada en los labios—. Nunca pensé que fuera así.

—Y no debía serlo… —contestó negando con la cabeza—. Pero lo cierto es que contigo nada es como debería ser.

Y esa era la clave del asunto.

De repente, el sonido de un silbato rompió la magia del momento. Christopher dio un salto hacia atrás para separarse de ella. Al volver la cabeza vio un grupo de chavales reunidos en el pequeño hueco que había entre los dos edificios, que cuando los vieron estallaron en risas.

—¡Fuera de aquí! —gritó, pero de un modo más divertido que enfadado. Los chicos, sin dejar de reírse, se alejaron enseguida.

Cuando Christopher se volvió de nuevo hacia Anne, ella también se reía. Suspiró con cierto desasosiego.

—Parece que nos han descubierto —dijo al tiempo que le ofrecía el brazo—. ¿Continuamos con nuestro paseo, *milady*, o va a usted a tentarme con algo todavía mucho más escandaloso que lo anterior?

—Podemos seguir —contestó inclinando la cabeza hacia un lado al tiempo que enhebraba el brazo en el hueco del de él—. Prometo portarme bien… o al menos intentarlo.

Su mundo se había vuelto del revés. Pero, por una vez, eso parecía no importarle demasiado.

* * *

NO TENÍA que haber actuado para disuadir a Christopher de proseguir con el cortejo, pensaba Anne mientras paseaban por la calle y saludaban a los conocidos del pueblo. Sus besos eran divinos. Nunca hubiera podido imaginar que un hombre como él, tan comedido y correcto, pudiera besar con semejante desenfreno. Al mirarlo notó que sus agraciados y masculinos rasgos, parecían ahora más suavizados por una leve y continua sonrisa. Supo que quería más de él. Que lo necesitaba, de hecho. Y lo tenía claro: si eso era lo que quería, haría que pasara, más pronto que tarde.

—¡Oh, Christopher!, ¿qué crees que está pasando allí? —preguntó. Él se mostró igual de sorprendido que ella al ver mucha gente arremolinada en la entrada de la tienda más grande del pueblo. Se abrieron paso entre la gente y se quedó con los ojos como platos al ver el cartel pegado en la ventana del establecimiento.

Cuando finalmente captó el mensaje del anuncio, dio un paso atrás, y después otro. Y otro más. Hasta que, por fin, justo en el momento en el que cerraba los ojos y pensaba que iba a desmayarse, notó que unas manos poderosas la sujetaban con firmeza.

—¡Anne! ¿Anne, qué te ocurre? ¿Te encuentras bien?

Abrió los ojos y vio el rostro preocupado de Christopher con los ojos clavados en ella. Asintió levemente y él la ayudó a incorporarse y caminar para salir del gentío. Se sentaron en los escalones del edificio.

Anne respiró hondo para intentar recobrarse.

—Vuelven.

—¿Quién vuelve?

—Los actores. Lawrence. Ella. Kitty. Todos. —Se le encogió el pecho de puro pánico al

pensar en volver a verlos, y sobre todo a la mujer que había estado a punto de matarla, sólo por un estúpido ataque de celos injustificados.

—¿Estás segura de que se trata de ellos?

—Sí, lo estoy. En el cartel figura el nombre de la compañía. No vienen a este pueblo, sino a Chatham, que no está lejos. Supongo que a veces vuelven a sitios cercanos a los que ya han actuado. No puedo volver a verlos, Christopher, no sería capaz.

—De acuerdo, no pasa nada —dijo con tono firme y animoso, y ella sintió un apretón de la mano en el antebrazo—. No tienes por qué encontrarte con ninguno de ellos. No tienes por qué ir a Chatham. Además, ni siquiera saben que vives aquí, recuerda… cuando los vimos estábamos en Tonbridge.

—Seguramente tienes razón —dijo tras pensarlo un momento. Sólo Ellen conocía su verdadera identidad, y estaba casi segura de que no se la iba a revelar al resto… El pánico empezó a desaparecer, pero fue reemplazado por algo diferente. Aunque no quería volver a verlos, sí que había algo que necesitaba hacer.

—De todas formas, me gustaría volver a ver a Ellen para darle las gracias por lo que hizo —dijo hablando despacio—. Y hay otra cosa, Christopher… necesito saber lo que pasó. Quiero volver a hablar con Kitty, cara a cara. Para que confiese lo que me hizo.

Christopher endureció un poco el gesto al escucharla.

—No veo eso nada claro, Anne. Piensa en lo que te hizo esa mujer. Es peligrosa. Lo mejor que podrías hacer es apartarla del todo de tu vida, no volver a verla.

No le extrañó nada que dijera eso. Era un hombre que evitaba el enfrentamiento y todo lo que significara un conflicto en su perfectamente planificada vida.

—No lo entiendes —dijo. Se puso en pie. El aturdimiento previo había dejado paso a una enorme y furiosa indignación—. Me lo estropeó todo: la cara, las ilusiones que tenía, la oportunidad de cumplir el sueño de mi vida. Como poco, quiero que admita que lo hizo.

Christopher se levantó también. La miró con los ojos entrecerrados y apretando los labios hasta formar una línea recta y estrecha. De entrada, pensó que estaba furioso, pero enseguida cayó en la cuenta de que en realidad estaba decepcionado.

—¿El sueño de tu vida? ¿Tus ilusiones? ¿Eso es lo que sigues deseando, Anne? —preguntó —. Así que has accedido a que te corteje porque lo que de verdad deseas ya te resulta imposible de conseguir, ¿no es así?

Se le hizo un nudo en la garganta al recordar lo que había dicho y cómo habría sonado.

—No era eso lo que quería decir —dijo, extendiendo una mano hacia él—. Era mi sueño, pero ya no lo es. Por otra parte, lo que he dicho no significa que estar contigo y actuar tengan que ser caminos que vayan por separado en mi vida. Aunque volviera a cantar o actuar, desearía seguir contigo, Christopher, te lo aseguro, y quiero que te des cuenta de ello. Antes no pensaba que tal cosa fuera posible, pero ahora sí que lo creo.

Se quedó un momento callado, aunque empezó a darse golpecitos en el muslo con las yemas de los dedos. Anne se dio cuenta de que estaba recuperando el control de sí mismo.

—Christopher…

—¿De verdad crees que una mujer que se convirtiera en mi esposa iba a poder pisar alguna vez un escenario?

—¿Cómo dices?

—Después de todo lo que ha ocurrido, ¿piensas en serio que la que fuera mi esposa podría actuar en público de esa forma? —preguntó, y después suspiró antes de volver a hablar en un tono más contenido—. Tienes una voz magnífica, Anne, y nada me gustaría más que volver a

escucharla. Pero tienes que darte cuenta de que la esposa de un conde no puede ni siquiera plantearse desarrollar esa… profesión.

—¿Y tú piensas en serio que el que fuera mi esposo podría controlar mi vida de esa manera? —preguntó. Era su turno de entrecerrar los ojos y quedarse mirándolo con fijeza. Anne comprendió que habían llegado a un punto muerto. Miró a su alrededor, recordando de pronto dónde estaban y la gran cantidad de gente que los rodeaba. La mayoría de los viandantes los miraban con curiosidad, y Anne se frotó la frente, justo al lado de la cicatriz, que aún le escocía ligeramente.

—No estamos llegando a ninguna parte —dijo Christopher por fin poniéndose las manos en las caderas y echando un vistazo a su alrededor—. Esto no es otra cosa que un cortejo, Anne, gracias al cual nos iremos conociendo mejor y resolveremos qué hacer. Podemos seguir hablando de esto en algún sitio más tranquilo, menos… público, y después de que hayamos reflexionado sobre ello.

La miró con expectación, pensando al parecer que podría cambiar de opinión y que, tras tener tiempo de conocer y analizar lo que él pensaba, sería capaz de hacer lo que debía hacer, es decir, lo que él decía. Lo cierto es que le aguardaba una sorpresa. Pero ella sí que aceptó que ese no era el momento de discutir sobre ese tema, y menos ahora que había vuelto a estar juntos en un cortejo. Así que Anne asintió, lo tomó del brazo y caminó hacia él alejándose del pueblo.

CAPÍTULO 17



Christopher avanzaba por los impresionantes y lujosamente decorados pasillos de Longhaven, sintiéndose como si los notables antepasados de Breckenridge lo estuvieran escrutando para saber si era digno de unirse en matrimonio a una de ellos. ¿Lo era? ¿Y se casaría? En un momento dado pensó que Anne había cambiado. De hecho, deseaba que siguiera disfrutando de ese espíritu feliz, maravilloso y libre que siempre había sido… pero con un poco más de control, por decirlo así. ¿Acaso una persona podía no seguir las expectativas que se había forjado y, de todas formas, mantener su carácter tal como era?

Entró en una de las salas de estar en medio de un torbellino de pensamientos y con el ceño fruncido. La opulenta habitación, decorada en tonos borgoña y con las paredes decoradas con pinturas clásicas, resultaba a la vez impresionante y estremecedora, al menos para él. Su casa estaba muy bien, aunque no era tan grande… en ese momento, el curso de sus pensamientos se detuvo de forma abrupta, pues vio a Anne. Lo dejó sin aliento, como ocurría siempre que la veía. No sabía si se había vestido de una forma tan exquisita en su honor. El caso es que llevaba un vestido de un azul resplandeciente que hacía juego perfecto con sus ojos, y una cinta para el pelo que destacaba la rubia y amplia melena.

—Anne —susurró, y cuando la vio entrecerrar mínimamente los ojos y sonreír con levedad, se dio cuenta de que tanto Breckenridge como su madre también estaban en la habitación y lo miraban con incredulidad. Se aclaró la garganta—. Quiero decir, *lady* Anne —dijo al tiempo que inclinaba levemente la cabeza en dirección a ambas damas—. Tiene un aspecto maravilloso esta noche. Igual que usted, lady Cecelia. Breckenridge, buenas noches —añadió.

—¿Acaso yo no tengo un aspecto maravilloso también? —preguntó su amigo riendo.

Notó que le ardían las mejillas, pero no tuvo más remedio que reír entre dientes al tiempo que avanzaba hacia el grupo. Anne se levantó del sillón que ocupaba y lo tomó del brazo para conducirle a un pequeño sofá algo alejado.

—Christopher —empezó hablando en voz muy baja, para que sólo él pudiera escucharla—. Quería disculparme contigo. No tenía que haber discutido contigo. Quiero que sepas que casarme contigo no será para mí ninguna carga, todo lo contrario. De hecho, me ilusionaría tanto como subir al escenario. Una persona puede tener más de una pasión en su vida.

Pensó en la importancia que para él tenían su tierra y su familia, asintió para mostrar su acuerdo.

—Creo que tiene sentido lo que dices —razonó—. Me doy cuenta de lo difícil que ha tenido que ser para ti. —Sobre todo renunciar a actuar, aunque le alegraba saber que ya no albergaba la esperanza de volver a hacerlo.

Se unieron a la conversación de su familia, y los cuatro estaban de buen humor cuando

apareció el mayordomo.

—Su excelencia —dijo educadamente, pero con tono de cierta urgencia, y todos se volvieron a mirarlo con cierta expectación—. Tiene visita. Lord Rumsfelter y su esposa, *lady* Gertrude.

—Menuda sorpresa —dijo *lady* Cecelia volviéndose hacia su hijo, que asintió—. Estaban en la fiesta de los Winterton —añadió—. Quizá se han parado para saludarnos según vuelven a casa.

Quizá, pensó Christopher, aunque no le cuadraba el momento escogido para la visita, que parecía no tener mucho sentido. Había esperado que los chismes sobre lo que había pasado con Anne no hubieran llegado todavía a las casas de campo. Pero dado que las cosas habían sucedido precisamente allí, era lógico que las noticias se hubieran extendido también entre la élite que no vivía en Londres. Le tenía simpatía a Rumsfelter, pero también sabía que su esposa era bastante cotilla.

—Hágalos pasar —dijo Breckenridge con cierto tono de resignación. Christopher tomó del brazo a Anne y le habló en voz baja.

—Anne, hay algo que debes saber —murmuró.

—¿El qué? —Se volvió hacia él con gesto de preocupación y, por mucho que fuera a afectarla, abrió la boca para decirle que lo que le había pasado ya no era ningún secreto… pero en ese mismo momento la pareja entró en la habitación, por lo que no pudo decirle nada.

—Ah, su excelencia. *Lady* Cecelia. *Lady* Anne —dijo *lady* Rumsfelter cuya cara era todo sonrisas, pero Christopher captó algo más en el momento en que sus ojos se posaron en Anne—. ¡Ah, lord Merryweather! Qué agradable verlo de nuevo.

—*Lady* Rumsfelter —contestó inclinando la cabeza, lo mismo que hicieron todos los demás.

—Mis disculpas por presentarnos sin avisar, Breckenridge —dijo lord Rumsfelter, que tuvo la educación de mostrar cierto embarazo por la inesperada visita—. Volvíamos a casa, y *lady* Rumsfelter estaba tan preocupada por la súbita desaparición de *lady* Anne de la fiesta en casa de los Winterton que ha insistido en que no podía evitar parar e interesarse.

—Bueno, deben acompañarnos a cenar —dijo Breckenridge, pero Rumsfelter alzó la mano y negó con la cabeza.

—Insistimos —dijo la duquesa viuda.

—¡Magnífico! —tuvo la desfachatez de decir *lady* Rumsfelter, que incluso aplaudió encantada.

—Su excelencia, voy a hablar con el cocinero —dijo el mayordomo desde el umbral de la puerta. Hizo una inclinación y se marchó de inmediato, dejándolos solos con los visitantes.

—¡Oh, *lady* Anne! —dijo con voz estridente *lady* Rumsfelter acercándose a ella—. ¿Qué le ha pasado en la cara? ¡Pobrecilla!

—Sufrí un accidente —indicó Anne con aplomo, aunque Christopher notó la rigidez de la columna.

—¿Un accidente? —repitió la dama alzando una ceja—. ¿y qué clase de accidente?

—Algo cayó desde mucha altura —explicó Anne con suavidad, pero dejando claro que hasta ahí iba a llegar la explicación.

A Christopher le encantó la forma en que fue capaz de unir la sinceridad con las evasivas. De hecho, sintió una efusión que le hizo pensar en el amor… ¿El amor? ¿De dónde había salido eso? Y, por otra parte, ¿cómo era posible que le gustara una forma de actuar que tuviera segundas intenciones?

—¿Algo? —repitió *lady* Rumsfelter con una sonrisa algo ladina—. ¿Un gancho?

—¿Perdone? —preguntó Anne.

Lord Rumsfelter se acercó a su esposa y le puso la mano en el brazo.

—Ya está bien, Gertrude.

—Lo siento mucho —dijo la dama llevándose una mano al corazón—. Lo he dicho sin pensar. Lo que pasa es que sigo asombrada por lo que me han contado, y siento mucho lo que le ha ocurrido a *lady* Anne. ¡Ah, lord Merryweather!, antes de que se me olvide… *lady* Patricia, la mayor de las hermanas Winterton, me ha dicho que, si lo veía, le transmitiera sus mejores deseos. Esperaba haber tenido la oportunidad de despedirse apropiadamente de usted antes de que regresara a su casa. En cualquier caso, está deseando volver a encontrarse con usted cuando empiece la temporada en Londres.

Christopher se limitó a asentir, y en ningún momento se apartó del lado de Anne, pensando que necesitaba solidaridad en ese momento. Cuando el mayordomo indicó que la cena estaba lista para servirse, le ofreció el brazo sonriendo y caminó con ella hasta la mesa.

* * *

A ANNE le caía mal Gertrude Danting desde que la conocía. Incluso cuando eran niñas ni se dirigían la palabra. Habían debutado la misma temporada, y Anne en todo momento generó más atención que Gertrude, aunque finalmente Gertrude la miró por encima del hombro y se regodeó por el hecho de haberse casado esa misma temporada del debut en sociedad.

¡Cómo era posible que hubiera aparecido hoy por aquí husmeando de esa manera! ¡Y, además, lanzando cebos a Christopher! Era evidente que sabía exactamente lo que le había pasado. Y. si así era, eso también significaba que toda la alta sociedad estaba al tanto. ¿Cómo se había corrido la voz? Suspiró. En cualquier caso, carecía de importancia. Al menos para ella.

Tomó asiento y le satisfizo que Christopher se colocara junto a ella. No estaba muy segura de cómo iba a reaccionar ahora que se veía afectada por un escándalo, y el hecho de que permaneciera junto a ella, en un evidente gesto de apoyo, significaba mucho, tanto que no podía expresarlo con palabras.

Apenas se había servido el primer plato cuando Gertrude volvió a la carga.

—¡Estaba muy preocupada por ti, Anne!

La aludida puso los ojos en blanco.

—¿Ese gesto es por lo que acabo de decir?

—Sí, Gertrude, por supuesto que sí —confirmó, y dejó sobre la mesa la cuchara, sin tener en cuenta las normas de comportamiento social. ¿Qué más daba? Su interlocutora no había roto ninguna convención, eso era cierto. Pero Anne hubiera preferido que dijera abiertamente la verdadera razón por la que estaba allí: que deseaba recoger información para esparcirla con otras y así poder reírse de Anne a sus espaldas. En una palabra, para cotillear—. No estabas preocupada por mí, en absoluto. De hecho, nunca te he importado ni lo más mínimo. Es más, hasta creo que probablemente te alegró saber que tenía la cara deformada.

—¡Anne! —exclamó su madre, y también notó que Christopher se estremecía ligeramente.

—Es lo que pienso —dijo mirando a su alrededor—. ¿Qué es lo que queríais que dijera? ¿Qué mintiera entre dientes como ha hecho Gertrude desde que apareció por aquí? Puedes decir todo lo que quieras, Gertrude, pero termina de una vez con esto.

Gertrude dejó también los cubiertos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Muy bien, Anne —dijo con una sonrisa sibilina—: has recibido tu merecido. Siempre has dejado de lado las convenciones sociales, y esta vez has hecho algo tan estúpido, tan infantil, que finalmente ha traído consecuencias, unas consecuencias que sufres en tus carnes, nunca mejor

dicho. Debo decir que me alegra que hayas sufrido una herida, porque quizá con ello hayas aprendido por fin la lección. ¡Eres hija y hermana de duques, por el amor de Dios! Aunque ahora todos sabemos que, con ese aspecto y con todo el mundo al tanto del escándalo que has provocado y en el que has involucrado a tu familia, nunca llegarás a ser la esposa de un noble respetable.

Anne sintió una opresión en el pecho. Sabía que eso era lo que se había buscado, pero escuchar las palabras en voz alta era otra cosa completamente distinta.

—Yo… yo…

«Actúa como una heroína, Anne. Como Juana de Arco, aunque tu enemiga es mucho más rastrera y venenosa…»

Abrió la boca para hablar, pero antes de poder decir nada, se quedó sin palabras.

—Pues, a decir verdad… —Christopher hizo una pausa para poner la mano sobre la de ella —, le informo de que *lady* Anne se va a convertir muy pronto en condesa.

—¿Cómo? —Anne se dio cuenta de que la pregunta procedía de ella misma. En cualquier caso, todos los comensales se volvieron a mirar a Christopher.

—*Lady* Anne y yo vamos a casarnos —dijo, y se volvió a mirarla con una sonrisa llena de seguridad y de ánimo—. De hecho, lo más pronto posible.

—¡Oh! —exclamó Gertrude con voz y gesto de apenas controlado desánimo—. Fe… felicidades.

Anne ni siquiera la miró. Sólo podía pensar en Christopher, que había tomado una de las decisiones más impulsivas que ella había contemplado en toda su vida.

* * *

NADIE ESTABA MÁS asombrado por su anuncio que el propio Christopher. Había dicho las palabras sin siquiera pensarlas, sin haber tomado aún la decisión de si casarse con Anne era la forma de proceder adecuada. Pero cuando *lady* Rumsfelter había empezado a denigrarla y a decirle cosas tan despiadadas, y pese a que era verdad que Anne en cierto modo se las había buscado, Christopher se sintió incapaz de seguir escuchándolas. Por el contrario, sintió la imperiosa necesidad de hacer saber a esa arpía que Anne era infinitamente mejor persona de lo que ella estaba diciendo, y que esas terribles acusaciones eran exageradas y malintencionadas.

Por eso había dicho lo que había dicho, dejándose llevar, por una vez en su vida, de un impulso no planificado. *Lady* Rumsfelter parecía haberse recobrado admirablemente de y no dejaba de mirarlos a ambos, como si buscara un punto débil en el que centrar un nuevo ataque. Pero de lo que no se daba cuenta la insufrible entrometida era que los había unido a ambos en su contra, y que todo lo que dijera sería rebatido por ambos. La fuerza de su vínculo era mucho mayor de lo que hasta ellos mismos pensaban.

La madre de Anne, por su parte, que primero pareció consternada, ahora parecía más ancha que larga en su asiento, encantada del curso que habían tomado los acontecimientos. Su sonrisa era de gran satisfacción. Era evidente que estaba muy satisfecha, mientras que Breckenridge parecía simplemente aliviado. Inclinó la cabeza mirando a Christopher para mostrarle su agradecimiento y después volvió a concentrarse con interés en el plato que tenía delante.

Lord Rumsfelter estaba desconcertado. El resto de la cena transcurrió casi toda ella en silencio, con algunas fases de conversación antinatural y forzada, y la pareja se marchó en el mismo instante en el que se retiraron los platos del postre. Cualquier rastro de formalidad social se había esfumado por completo.

—Adiós —se despidió la señora Rumsfelter según salía por la puerta del majestuoso comedor—. Todo ha sido muy… esclarecedor. Trasladaré a todos las buenas noticias. Trasladénle a la duquesa que le deseamos lo mejor.

Una vez se hubieron marchado, un silencio tenso se adueñó de la habitación.

—Bueno —dijo Breckenridge, separando la silla de la mesa—, me da la impresión de que vosotros dos tenéis muchas cosas de las que hablar. ¿Por qué no lo hacéis en la sala de estar?

—¡Os acompaño! —dijo la duquesa viuda al tiempo que se levantaba—. ¡Qué apasionante! Tenemos que…

Se paró en seco al ver que su hijo alzaba una mano para que dejara de hablar.

—Deles un momento, madre.

—Pero…

—Por favor.

Christopher se levantó, le ofreció el brazo a Anne y la condujo fuera del comedor mientras intentaba tener claro qué era lo que iba a decirle. Sólo tenía unos pasos para decidirlo.

CAPÍTULO 18



Anne se acomodó en el sofá de terciopelo, mientras que Christopher se acercó despacio a la butaca beis con tapizado de botones que estaba frente a ella. A Anne le pareció que estaba agitado y nervioso, e inclinó un poco la cabeza al mirarlo. No sabía si reírse o preocuparse.

—Christopher, ¿estás bien? —dijo por fin, y el joven asintió de inmediato.

—Por supuesto, estoy perfectamente —aunque le pareció que su expresión denotaba cierto pánico—. Anne…

—Christopher, lo entiendo.

—¿Qué quieres decir?

—No tienes que casarte conmigo. Por lo menos, no de forma inmediata.

—He dicho que lo voy a hacer, así que lo haré. —la fuerza con la que agarraba los brazos de la butaca indicaba a las claras que la conversación le resultaba incómoda.

—Sé que le dijiste eso a Gertrude para defenderme, y eso te lo voy a agradecer durante toda mi vida —dijo Anne inclinándose hacia él—. Pero no por ello te voy a obligar a que hagas algo que consideres erróneo. Sólo deseo que te cases conmigo si es que ése es tu verdadero deseo, y no porque te consideres obligado a hacerlo. Sé que el casarnos inmediatamente sería demasiado… precipitado para ti.

Se quedó silencioso durante un momento… un momento que a Anne se le hizo muy largo.

Suspiró.

—Tranquilo, Christopher. No pasa nada.

Se levantó y se acercó a la ventana, mirando a la oscuridad exterior.

—Claro que pasa algo.

—Seguramente estás hecho un lío —dijo Anne levantándose a su vez y avanzando hacia él. Al llegar a su altura le puso la mano en el brazo. Inclinó un poco la cabeza en dirección a la zona de contacto, pero esa fue su única reacción—. Me doy cuenta de que una reacción tan impulsiva como esa no te resulta fácil de asimilar —continuó Anne—. Te agradezco tus palabras, te lo digo de corazón, pero también te ofrezco una salida al problema.

—¿Me vas a matar? —preguntó alzando las cejas.

—¡No, por Dios! —Se echó a reír, animada por la sombra de sonrisa que jugueteaba en los labios de Christopher—. Simplemente te ofrezco tiempo para que decidas… por última y definitiva vez. Me cortejaste, después dejaste de hacerlo, y ahora estamos en ello una vez más. Es como si nos persiguiéramos sin llegar a alcanzarnos, dando vueltas como en un tiovivo. Mañana volverás a tu casa, Christopher. Por lo menos ese era tu plan esta misma tarde. Dijiste que querías estar conmigo, pero ahora que esa obligación te ha caído encima gracias a esa arpía, veo lo difícil que te resulta tomar la decisión de forma definitiva. Lo único que te pido es que,

antes de que te vayas, me digas, de una forma u otra, si contemplas la posibilidad de que forme parte de tu vida o no. ¿Te parece justo? —Incluso mientras hablaba, se le rompía el corazón al pensar en la posibilidad de que la dejara definitivamente. Pero era lo que tenía la obligación de decir.

—Por supuesto que es justo —contestó. Su voz reverberó en la habitación.

Christopher se volvió y pareció sorprenderse un tanto por su cercanía. Pero enseguida la agarró por los hombros y la acercó aún más a él.

—Anne —dijo hablando muy bajo y con tono suave. Le acarició la mejilla herida muy levemente—. Has sido muy directa con esa mujer, lo sabes. Mucho más directa de lo que hubieras debido. —Anne se tragó la contestación cuando él levantó el dedo índice—. Sé lo que vas a decir —prosiguió—, y estoy de acuerdo: se lo merecía. Pero, por Dios bendito, nunca en mi vida había presenciado una escena como esa, y menos entre gente de la alta sociedad. —Suspiró—. Lo que dijo, Anne, debes saberlo, sencillamente es falso. Ni más ni menos. Lo único que deseaba era hacerte daño. Eres preciosa. Eres como… la luz del sol. Y todo el que te conoce es mejor sólo por ello.

La besó, un beso único y simple, pero que bastó para hacerle concebir la esperanza de que quizá, sólo quizá, podría amarla por lo que era, sin más.

* * *

ESTA MUJER IBA A SER su perdición, pensaba Christopher a la mañana siguiente.

Le hacía bromas, le atraía muchísimo y, a veces, le daba hasta miedo. La vida con ella sería una auténtica aventura, y Christopher no tenía madera de aventurero. Casi todo lo contrario. Necesitaba pensar con tranquilidad, poner las ideas en orden y analizar una por una, ordenadamente, las posibilidades y las consecuencias. Anne le había dado hasta esta noche para decidir, y ahora, de buena y refrescante mañana, iba a decidir con exactitud qué era lo que debía hacer.

Pensando en la desastrosa cena de la noche anterior, Christopher se dirigió a la biblioteca de Breckenridge, y se sentó en el escritorio del rincón con una taza de café, frente a una hoja de papel en blanco y con una pluma en la mano.

Cada vez que necesitaba tomar una decisión, Christopher sabía que había un método de análisis que le ayudaba mucho a hacerlo: elaborar listas de aspectos positivos y negativos de cada una de las formas de actuar posibles.

Dividía la página en dos con una línea vertical y ponía un signo + encabezando el lado izquierdo de la página y un signo – encabezando el derecho. Se dio unos golpecitos en la mejilla con la pluma mientras miraba la página y pensaba.

Los aspectos negativos surgieron rápidamente.

Desorden. *Falta de sentido*. *Escándalo*. *Más escándalo,* porque tenía muy claro que Anne no se iba a conformar con la situación, y que su reacción sólo podía llevar a ello. *Drama*. *Falta de planificación,* o, lo que es lo mismo, *abandono de los planes realizados*. *Desprecio por las normas sociales*.

Cuando no encontró más aspectos negativos, fijó la vista en la mitad izquierda de la página, aún vacía, pensó durante un buen rato y, finalmente, sólo escribió una palabra: *Anne*.

Allí sentado, perdió la noción del tiempo, mirando alternativamente la larga lista de aspectos negativos y el nombre de cuatro letras. ¿De verdad pesaba más uno que los otros? Estaba desconcertado. La mente le decía una cosa, pero el corazón empujaba, y con mucha fuerza, en la

dirección contraria.

—¡Christopher!

Alzó la cabeza al escuchar el grito de Anne y la vio recortada en el umbral de la puerta, con un brillante vestido amarillo que parecía reflejar su estado de ánimo.

—¡Ven, rápido! ¡Ellen está aquí!

¡Por todos los infiernos!

* * *

PERSIGUIÓ a Anne por el largo pasillo siguiendo con la vista hasta que entró en el salón de estar que indicó el mayordomo. Anne abrazó efusivamente a su amiga. Christopher se quedó mirando desde el umbral de la puerta, y el horror vivido el día que conoció a la visitante le golpeó de lleno. Al ver cómo el gancho golpeaba con enorme fuerza a Anne, tuvo la sensación de que hasta podía haber muerto del golpe.

Y la llegada de la mujer le hizo revivir la situación y los sentimientos asociados de culpabilidad, horror y dolor.

Seguramente hizo algún ruido, puesto que tanto Anne como Ellen se volvieron hacia él.

—¡Lord Merryweather! —dijo Ellen acercándose con paso y sonrisa vacilantes—. Me alegro mucho de volver a verlo. Ha cuidado usted maravillosamente de la herida de Anne, acabo de comprobarlo. ¡Ya está casi cicatrizada!

No reaccionó a sus palabras de elogio.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó, sin hacer caso del siseo de disgusto de Anne, todavía al otro lado de la habitación.

—¡Oh! — Ellen se ruborizó intensamente—. Lo… lo siento. Estamos en las cercanías, Anne me dijo al despedirnos que la visitara y… —Titubeó—. Necesitaba ir a algún sitio. Las cosas se han puesto algo… complicadas en el grupo de teatro, y temo que pueda ocurrir algo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Christopher. Había visto bastantes cosas durante el poco tiempo que se había relacionado con la compañía teatral, y aunque hubiera preferido que Ellen hubiera escogido visitar a alguien que no fuera Anne, tampoco deseaba que a la mujer le pasara nada malo. Era una persona decente, y había ayudado mucho y bien a Anne cuando ella lo había necesitado. Simplemente le recordaba todo lo malo que había ocurrido, y le avisaba de lo que aún podía ocurrir en el futuro. Por otra parte, ¿se daba cuenta de que estaba en casa de un duque?

—Kitty está dejando cada vez más claro que los papeles protagonistas tienes que ser para ella y que, si no se le adjudican, se asegurará de que la elegida no… esté en condiciones de representar el papel —dijo con tono y gesto casi de desesperación—. Ya sabemos lo que le pasó a Anne. Pronto volveremos a Londres para representar *Romeo y Julieta*, y se me ha adjudicado a mí el papel de Julieta. Kitty se quedó lívida al escucharlo. Tenemos algunos días libres hasta la representación en Chatham, y he pensado que sería bueno estar unos días separada del grupo hasta decidir qué es lo que voy a hacer.

—¡Pues claro que puedes quedarte aquí! —dijo Anne abrazando a su amiga, y Christopher suspiró al contemplar la escena. Una reacción muy de Anne. Pero bueno, por lo menos estaban en casa de Breckenridge, y sería su amigo el que tuviera que lidiar con la situación. Era el momento más adecuado para marcharse de esa casa y volver a la propia.

Cuando se estaba acercando a Anne para decirle que se marchaba, Breckenridge entró en la habitación con un papel en la mano.

—¡Vaya! Me alegro de que estéis todos aquí —dijo—. Usted debe de ser la señorita Anston.

Le agradezco todo lo que hizo por mi hermana.

Breckenridge, tan encantador como siempre, el muy condenado.

—Bueno, pues ahora a la tarea… Estarás contento con lo que ha traído esta mañana mi administrador.

—¿A qué te refieres?

—¡La licencia especial de matrimonio para vosotros dos!

—¿Una licencia especial de matrimonio para… nosotros?

—¡Pues claro! ¿Para quién iba a ser?

—¿Se van a casar?

El grito de entusiasmo de Ellen inundó la habitación, y Anne se volvió hacia él con gesto de esperanza.

—¡Oh, Christopher! ¿Entonces te has decidido ya? ¡Me alegro muchísimo! —Levantó las manos de pura alegría, y también la cara como si estuviera rezando una plegaria—. Me preocupaba muchísimo que dijeras que no querías casarte conmigo. Y con una licencia de matrimonio especial, ¡podemos casarnos de inmediato, sin esperar a las amonestaciones! Alastair, ¿cuánto crees que puedes tardar en encontrar al vicario? ¿Para cuándo podremos establecer la boda? ¡Voy a buscar a madre! Tengo que contárselo.

Salió de la habitación a toda prisa, dejando allí a Christopher, que era la viva imagen del desconcierto.

—Bueno —dijo Breckenridge, que lo miraba con cierta preocupación—, quizá haya sido un tanto precipitado por mi parte, pero después de lo que dijiste ayer en la cena…

Christopher intentó dibujar una sonrisa, y apenas pudo articular las palabras.

—No… en absoluto.

* * *

CHRISTOPHER, sentado en la cama, movía el dolorido y crujiente cuello de un lado para otro. Se preguntaba si iba a ser capaz de conciliar el sueño. La tensión en los hombros también era intensa. Su hermana le decía que eso era porque nunca se relajaba de verdad.

—Déjalo estar, Christopher —solía decirle Ruth—. Y disfruta de la vida.

Sonrió con remordimiento y negó con la cabeza. Si fuera así de fácil… Su hermana, que tenía cinco años más que él, se había casado hacía varios años y vivía en el norte de Inglaterra, es decir, bastante lejos. Intentaba verla por lo menos una vez al año y disfrutar de sus sobrinos, aunque tenerlos a su alrededor era absolutamente caótico.

Pensó en lo que le diría Ruth si pudiera verlo en ese momento, y rio entre dientes. Tenía que escribirle cuanto antes para relatarle todo lo que había pasado. Pero claro, una vez que pudiera indicarle exactamente todo lo que estaba por venir.

No tenía muy claro cómo se había metido en la situación en la que estaba. Parecía que cada vez que intentaba tomar distancia con Anne, con toda su familia en realidad, de alguna manera volvía a acercarse a ella.

Y ahora Breckenridge había obtenido una licencia especial. Christopher suspiró y se echó hacia atrás, mirando al techo. Observó un grupo de ángeles, aunque quizá fuera Cupido con sus ayudantes… estaba oscuro para distinguir. Lo cierto es que ya no quedaba mucho dónde elegir, pese a que sus planes iniciales eran un cortejo y, si la cosa funcionaba, un noviazgo. Ahora se iba a saltar esas partes, y muy pronto se convertiría en un hombre casado.

Cerró los ojos con la idea de caer en un sueño reparador, pero, de repente, todos los sentidos

se pusieron en estado de alerta. La puerta de la habitación crujió, y a eso le siguió el suave ruido de unos pasos. Distinguió su olor antes de abrir los ojos. Nada tenía un aroma semejante, una mezcla única de agua de rosas y limón. Por otra parte, ¿qué otra persona se iba a atrever a entrar a hurtadillas en su habitación en plena noche?

—Christopher…

¡Maldición!

CAPÍTULO 19



Anne esperaba que no notara lo nerviosa que estaba. Sabía que se estaba arriesgando a tener que darse la vuelta y volverse por dónde había venido y volver a meterse en su cama, en la que tendría que soñar con lo que quería hacer en lugar de hacerlo de verdad. Pero tenía que saber en qué consistía, cómo era en realidad.

Tras el anuncio de Alastair y la cena de la noche anterior, Anne había pasado bastante tiempo con Ellen, contándole lo que había pasado después de que se despidieran en Tonbridge, el rescate de Christopher y cómo la había llevado a casa y permanecido allí acompañándola. Su amiga se sorprendió bastante.

—¡Vaya, parece el argumento de una obra de teatro! —dijo llevándose la mano a los labios.

—Puede que tengas razón —dijo Anne con una tímida sonrisa—, pero todavía no sabemos si con un final romántico o trágico. Lo que sí es seguro es que se trata de una comedia de enredo.

—¡Vamos Anne, no seas absurda! —la amonestó Ellen—. Está muy claro que te ama.

—¿Qué me ama? Pues a mí me parece que no, Ellen. Seguro que siente algo por mí, eso lo tengo claro, pero no creo que nunca pueda amar de verdad a alguien como yo. La verdad, creo que lo desespero.

—Me parece que estás exagerando —dijo Ellen alzando las cejas—. Dime una cosa: ¿tú qué sientes por él?

—Siento… que me estoy enamorando de él —dijo tapándose la cara con las palmas de las manos y soltando un exagerado gemido—. No debería, Ellen, ¡de verdad que no debería! Pero cuanto más estoy con él, más ganas tengo de estar con él. Y quiero bastante más que eso. No quiero estar pendiente de que se vaya, o de que encuentre a otra. Quiero ir a donde él vaya, y ser la única mujer en la que ponga los ojos. ¿No es ridículo?

—No, no lo es, en absoluto. —Ellen le puso la mano sobre la rodilla—. Creo que es maravilloso, y creo que deberías decírselo, y con las mismas palabras con las que me lo has dicho a mí.

—¡Pero es que no me atrevo! —confesó Anne negando con la cabeza—. ¿Y si no me corresponde? ¿Si me dice que él no siente lo mismo que yo, ni siquiera parecido, y que nunca lo sentirá? No lo soportaría.

—Y entones, ¿prefieres no conocer sus sentimientos hacia ti? —preguntó Ellen levantando una ceja de forma escéptica—. Creo que eso sería mucho peor para ti, Anne.

—Quiero que me ame por lo que realmente soy —susurró, llegando por fin al verdadero meollo de la cuestión—. Y, la verdad, no sé si tal cosa es posible.

—Pues sólo hay una manera de saberlo con certeza —dijo Ellen mirándola fijamente, y Anne suspiró resignada, entendiendo lo que su amiga quería decir—. Ve con él —la urgió—, y

pregúntale lo que siente de verdad.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! —contestó riéndose.

—¡Pero seguramente estará en la cama ya!

—¿Y? —preguntó Ellen con picardía. Anne se mordió el labio y se ruborizó a pensarlo. ¿Se sentiría muy escandalizado si se presentara en su dormitorio? Tenía muy claro que Christopher no lo aprobaría. Eso era lo que pensaba, ya sola en su habitación después de que Ellen se hubiera marchado, e intentando dormirse. Pero no lograba conciliar el sueño. Se puso a pasear por la habitación con el corazón en un puño y la mente como un torbellino, hasta que llegó a la conclusión de que tenía que hacer lo que había propuesto Ellen. Tenía que saber qué sentía y quería en realidad Christopher.

Así que allí estaba. Se había puesto una bata encima del camisón. Se abrochaba con un lazo, por lo que en realidad sería más apropiada para una cortesana, y lo sabía. Pero cuando la vio, sintió la urgencia de tenerla, y tuvo una conversación personal y secreta con la modista. Su madre no podía enterarse en ningún caso. La disfrutaría ella sola, o al menos así había sido hasta ese momento, así que, ¿qué más daba? Un poco de extravagancia de vez en cuando tampoco era tan terrible.

Pero lo que estaba haciendo ahora, sí. Estaba claro: entrar en la habitación de un hombre en medio de la noche no era extravagante, era atrevido y pecaminoso.

—¿Anne?

La voz le salió ronca, y se movió en la cama para mirarla. Los rasgos clásicos de su cara parecían en tensión.

—¿Estás bien? —preguntó, repentinamente preocupada.

—No deberías estar aquí, de verdad —dijo empujando las sábanas hacia atrás para sentarse en la cama.

—¡Oh! —jadeó Anne—. ¿Y tu camisón?

—No lo uso —dijo, y al darse cuenta de su sorpresa, se encogió de hombros—. No paso frío por la noche.

Anne no se habría imaginado nunca que un hombre como Christopher Anderson durmiera sin ninguna ropa encima. Había esperado encontrarlo que un camisón de lo más apropiado y un gorro de dormir en la cabeza, como, según creía, solían dormir la mayoría de los caballeros… aunque en realidad nunca había visto a ninguno en tales circunstancias, por supuesto.

—Vuélvete, Anne —dijo con voz áspera y ronca, y, por una vez en la vida, obedeció, aunque con el corazón latiendo a toda velocidad y sin saber que iba a hacer él ahora. Todo lo que había pensado decirle, un soliloquio, se había evaporado de su mente nada más ver las líneas de sus potentes músculos dibujadas en el pecho desnudo.

—Ya puedes volverte —dijo, y al hacerlo lo vio vestido con el típico camisón masculino de rayas negras y marrones y con el cuello de piel, también negra. Anne se apretó bien su propio camisón. Christopher tenía las manos en los bolsillos y, al mirarla, torció algo la cara con gesto de sufrimiento. Ella no entendía en absoluto lo que le estaba pasando. ¿Estaba enfadado por haberse presentado de forma tan atrevida en impropia?

—Creo que… no debería haber venido —dijo, dando un paso atrás.

—No, no deberías, la verdad —suspiró él—. Pero, como ya estás aquí, me gustaría que me dijeras el porqué.

«¡Vamos, Anne! Recupera el valor. Tienes de sobra».

Dio un paso adelante para colocarse a menos de un metro de él. Estaba demasiado nerviosa

como para acercarse más.

—Christopher —empezó—, sé que todo ha ocurrido muy deprisa. Cuando Alastair apareció con la licencia especial de matrimonio, pensé que eso quería decir que habías decidido que deseabas casarte conmigo, pero dado tu silencio durante la cena de esta noche, me di cuenta de que quizá me había precipitado a la hora de sacar conclusiones y de sentir tanta alegría. ¿Es así?

Desvió la mirada, dirigiéndola al fondo de la habitación.

—Pues… creo que es posible que se produjera un pequeño malentendido, sí.

Se le cayó el alma a los pies. Esa era exactamente la conclusión a la que había llegado ella misma tras analizar las cosas de forma más sosegada.

—Ya veo… —Procuró no mostrar ninguna emoción al hablar, pese al nudo que se le había formado en la garganta—. Pues perfecto entonces. Le diré a Alastair que no presione al vicario. Vuelve a tu casa mañana, Christopher. Nada me gustaría más que convertirme en tu esposa, pero de ninguna manera si tú no lo deseas.

—¿Si no lo deseo, dices? —dijo volviendo a mirarla con ojos incrédulos—. ¿De verdad piensas eso, que no te deseo?

—Pues… claro. Eso es lo que deduzco. —¡Por Dios, qué contradictorio es este hombre!

—Anne —dijo acercándose a ella, y a cada centímetro que se acercaba, más rápido le latía el corazón—. Ni se te ocurra pensar que no te deseo. Te quiero y te deseo mucho, muchísimo. —Se puso de pie justo delante de ella, y estiró las manos para atraerla hacia él, de modo que sus cuerpos se tocaron—. Eres la mujer más hermosa que he conocido. Lo pienso desde siempre, desde que te conozco, Supongo que muchos te dirán que el color de tus ojos es precioso, como el de una aguamarina. Pero esa descripción no les hace justicia. No. Son del color del cielo en un día claro y soleado, en el que no hay nubes y el sol ilumina por completo el terreno. Y es que eso explica también tu forma de ser. Haces que los que están a tu alrededor sientan la felicidad que exudas por todos los poros de tu maravilloso cuerpo.

De los labios de Anne surgió una especie de gorjeo, a medio camino entre el sollozo y la risa.

—Me doy cuenta de que soy un tanto melodramática.

Él rio entre dientes.

—Me da la impresión de que esa forma de decirlo se queda corta. Lo que está claro es que la vida no es aburrida cuando estás alrededor.

—Tengo que decirte que también te equivocas en otra cosa —dijo en un susurro… Yo era guapa, pero después de lo que me busqué ya no lo es.

Le acarició la cara y se la beso en la zona cercana a la herida que estaba cicatrizando.

—Cada señal de nuestro cuerpo cuenta la historia de lo que somos —dijo fijando en ella una mirada de enorme intensidad—. Sé que esta trae recuerdos que preferirías olvidar. Pero, en lugar de eso, piensa en lo bueno que ha traído consigo. Ahora sabes que puedes hacer uso de tu don: a la gente le entusiasma escucharte, quedan embelesados con tu voz. Has hecho una nueva amiga, y muy buena… por muy poco convencional que sea. Y nos ha permitido conocernos mejor.

—Aunque casi nos separa por completo.

—Sí —confirmó asintiendo—. Eso también es verdad

—¿Y ahora? —preguntó ella alzando los ojos—. ¿Qué es lo que quieres hacer?

Jadeó, en tono tan bajo que apenas lo oyó, y después dijo algo entre dientes. ¿Por qué no paraba de hacer eso? Quería saber lo que estaba pensando, y odiaba que lo ocultara, que no permitiera que ella lo oyera.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que te deseo —explotó, y la besó inmediatamente, separándole los labios con

enorme pasión. ¡Cuánto le gustaba esta forma de actuar, pero que él tanto controlaba! Le afectó darse cuenta de que, casi con toda seguridad, ella era la única persona que había tenido el privilegio de verlo actuar así. La idea la satisfizo mucho. Pero no tanto como lo que sintió cuando Christopher empezó a besarla y a bajar hacia el cuello. Desabrochó el botón de arriba del camisón con dedos un tanto torpes, aunque cada hueco que abría lo llenaba con sus besos.

Cuando se separó para mirarla, abrió tato los ojos que Anne casi se echó a reír.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó con la boca abierta.

—Una bata de noche —dijo con un gesto y un mínimo encogimiento de hombros que pretendía ser tímido.

—Nunca había visto a una dama como tú llevar una prenda como esta —dijo.

—Bien —contestó sonriendo—. No me gustaría saber que has estado con otra mujer que vistiera una prenda como esta. Ni cualquier prenda de noche, para ser sincera. Ni ninguna… Bueno, la verdad es que ya ni sé lo que estoy diciendo.

Christopher sonrió con intención, lo cual le puso los nervios de punta. ¡Le encantaba este aspecto de su forma de ser! Mucho, mucho…

Anne abrió la boca muy sorprendida cuando le puso el antebrazo bajo las rodillas, la levantó en volandas y la depositó sobre la cama.

—¡Christopher! —exclamó riendo. Estaba disfrutando mucho más de lo que nunca se hubiera podido imaginar. Liberó los brazos y pasó las manos por la hilera de botones de la bata hasta donde estaba el lazo. Lo deshizo suavemente y la miró.

—Creo que esto me gusta —dijo alzando una ceja, y ahora le tocó a ella reír al notar lo mucho que él también estaba disfrutando.

—Pues me alegro, porque no me lo voy a quitar —dijo ella con el aliento casi perdido.

Llevó la mano derecha a uno de sus pechos, y cuando se lo acarició despacio y con mimo, Anne estuvo a punto de caerse de la cama. Él pareció notar su placer, y le agarró el pezón con el índice y el pulgar. Murmuró su nombre, lo que al parecer lo animó a acariciarle el otro pecho, mientras que sustituía la mano por la boca en el otro.

Jadeó sorprendida. No sabía que esto formara parte del juego amoroso. Nadie le había hablado de ello. En realidad, apenas sabía nada de cómo era. Y de pronto se dio cuenta de en qué consistía en su conjunto, de su verdadera esencia. Lo había leído en bastantes historias y visto en obras de teatro, pero ninguna de ellas describía adecuadamente lo que ocurría de verdad. Parecía que por fin lo iba a averiguar.

Anne tomó entre los dedos la cabeza de Christopher, acariciándole los sedosos y pardos cabellos que, según fue capaz de notar con los escasos sentidos que le quedaban, se encrespaban ligeramente en los extremos. Seguramente se lo mojaba, pensó, y no podía entender por qué lo hacía cuando era tan magnífico con su cadencia natural.

Volvió a concentrarse en los actos de Christopher, que ahora empezaba a descender lentamente a lo largo de su cuerpo.

—Christopher —preguntó, a medio camino entre la curiosidad y la preocupación—. ¿A dónde vas?

No contestó, pero empezó a levantar el dobladillo de la bata, aunque teniendo mucho cuidado con el frágil tejido. Lo fue subiendo poco a poco, sistemáticamente, exponiendo cada vez más el cuerpo a su vista. Le acarició las piernas con las manos, que ella sabía que eran un poco demasiado largas y un poco demasiado finas, pero a él no parecía importarle nada. Se estremeció con la fricción creada por sus palmas, subiendo cada vez más, hasta casi llegar a la altura de su centro neurálgico. Se preguntó si tenía la intención de entrar en ella ahora. Lo cierto es que no

había acudido a su habitación exactamente para eso. Lo que había querido era hablar, aunque tampoco era tan estúpida y se daba cuenta de lo que un hombre podría asumir cuando una mujer, y en especial su prometida y futura esposa, daba a entender presentándose en su dormitorio a esas horas de la noche. Pensaba que, si se iban a casar muy pronto, ¿qué importaba? No obstante, mordiéndose el labio, pensó que, pese a lo poco convencional que era en casi todos los aspectos, sentía que esperar hasta la noche de bodas sí que era importante para ella.

No obstante, todos los pensamientos se interrumpieron cuando la mano de Christopher alcanzó el punto álgido y lo empezó a frotar hacia adelante y hacia atrás.

Tuvo que taparse la boca con la mano para evitar gritar, y el ansia empezó a crecer dentro de ella con una ferocidad tal que nunca hubiera sido capaz de imaginarla siquiera.

—¡Oh, Christopher! —jadeó, y mientras el pulso se le aceleraba y casi podía sentirlo, cerró para esperar lo que se acercaba. De repente sintió algo mucho más húmedo y suave sobre ella. Abrió los ojos y miró hacia abajo, horrorizada y embelesada en igual medida—. ¿Qué estás haciendo? —siseó, pero él estiró la mano para entrelazar los dedos con los de ella, y antes de que pudiera pensar más en ello, empezó a sentir grandes oleadas de placer por todo el cuerpo, pero empezando y terminando allí donde Christopher la estaba besando.

No había manera de expresar la sensación, el fuego que la atravesó y que irradiaba más allá de sus dedos, tanto los de las manos como los de los pies. Cuando pasó, se quedó casi atontada por la experiencia vivida.

Cuando se recuperó, estirada cuan larga era en la cama, volvió la cabeza y vio a Christopher de rodillas ante ella, abrochándole el camisón y alisándolo.

—¿Eso… eso es todo? —preguntó. Le resultaba difícil hasta hablar.

Él sonrió mirándola.

—Sí, por esta noche —dijo, aunque pareció un tanto agitado al decirlo.

—Pero…

—No hay peros, Anne. He ido bastante más allá de lo que debía, y hay cosas que deben permanecer… como están. —Le acarició la mejilla con el hueco de la mano, y ella se ruborizó al pensar lo que acababa de hacerle con esa misma mano—. Todo apunta a que voy a ser el feliz receptor de tu noche de bodas, Anne, y no estamos lejos de ella. Tendrás que esperar a ese momento, nada más. Que lo que ha pasado hace un momento te sirva para saber y recordar hasta entonces que eres tan querida como deseada. Ahora será mejor que te vayas.

Christopher agarró la bata roja para que ella introdujera los brazos. Le abrochó el botón de cierre y después le dio un empujoncito en dirección a la puerta.

—Hasta mañana —le dijo al oído, y la besó en la mejilla antes de abrir la puerta y dejarla ir hacia su habitación.

CAPÍTULO 20

A Christopher le costaba mucho tomar el desayuno esa mañana, y todo debido a la mujer que estaba sentada frente a él. Cada vez que la miraba, ella también lo hacía y le dedicaba una mínima pero significativa sonrisa. Cuando se levantó para acercarse al bufé, notó como daba la vuelta para pasar cerca de él y dejar que el vestido le rozara a espalda muy ligeramente, pero ese mínimo contacto bastaba para ponerlo al límite.

Procuraba no reaccionar, hacer ver que todo estaba bien. Y, de repente, su amiga entró.

—¡Buenos días! —saludó Ellen con voz cantarina, y mientras se sentaba junto a Anne, miró a Christopher con una sonrisa tan amplia que supo sin ningún género de dudas que Anne se lo había contado. ¡Por todos los diablos! Miró a Anne con lo que pretendió que fuera cara de muy pocos amigos, pero ella se limitó a emitir una risita y siguió enfrascada en los huevos revueltos.

—¿Alguien va a decirme qué es lo que está pasando aquí? ¿O me voy a quedar en la inopia? —dijo Breckenridge mientras se acercaba a la boca la taza de café.

—¡Vaya, Alastair! —dijo Anne agitando la mano de forma exuberante—. No pasa nada. Sólo se trata de la preparación de la boda. He estado hablando del asunto con lord Merryweather.

Ellen soltó una especie de gruñido, y hasta Anne le lanzó ahora una mirada de consternación. Gracias a Dios, la madre de Anne no había bajado a desayunar esa mañana, pensó Christopher.

Cuando por fin finalizó el interminable desayuno, Christopher le preguntó a Anne si podía hablar con ella un momento en los jardines. Breckenridge asintió dando su permiso, pero le dijo a Anne que la acompañara su doncella. No obstante, por la forma en que los miró, parecía estar muy al tanto de que ya era bastante tarde para eso.

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos aquí? —preguntó Anne con una sonrisa, y Christopher no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Por supuesto! —dijo—. Nunca olvidaré nuestra incursión en el estanque…

—La mayoría de los caballeros no habrían sido tan compresivos —dijo Anne—. Y te doy las gracias por ello. De hecho, te doy las gracias por aceptarme como soy. Me doy cuenta de que no soy el tipo de mujer que pensabas que era, ni tampoco el tipo de mujer que deseabas como esposa, pero has sido muy comprensivo con mi forma de actuar tan poco convencional, y siempre te estaré agradecida por ello.

—Desde luego… —empezó, pero lo pensó mejor e hizo una pequeña pausa antes de continuar—. Anne, ¿por qué viniste anoche a mi dormitorio?

Después de que se fuera, cayó en la cuenta de que no había ido a verle por razones carnales, pese a que las había gozado mucho. Eso había ocurrido solamente porque él perdió el control, y le resultó imposible separarse de ella. Pero cuando entró en la habitación estaba algo nerviosa, y vio claro que tenía algo en mente que no tenía que ver con un encuentro físico.

—¡Ah! Pues la verdad es que contestaste mi pregunta —dijo, recorriendo con los dedos los pétalos de las flores del jardín.

—¿A qué pregunta te refieres?

—Si sentías algo por mí —contestó—. Necesitaba saberlo, ya que no iba a seguir adelante con la posibilidad del matrimonio si no era así. Me demostraste que me querías, Christopher, pero la cosa fue más allá. Anoche sólo te preocupaste por mí, por mis deseos y necesidades… y la verdad es que no me di cuenta de ello hasta después de que ocurriera.

Se detuvo y le acarició la cara levemente con las puntas de los dedos, igual que había hecho con las flores.

—Gracias. —Se puso de puntillas y le dio un beso casto en los labios—. Christopher, hay otra cosa de la que quiero hablar contigo —dijo despacio—. Cuando hablamos en el pueblo, te dije que quería volver al escenario. He estado hablando con Ellen y…

—¡*Lady* Anne! ¡Oh, *lady* Anne! —Christopher se había olvidado por completo de la criada de Anne, que ahora se acercaba corriendo todo o rápido que le permitías sus ropajes—. Su excelencia ha empezado a tener el bebé, y pregunta por usted.

—¡Pero si es muy pronto! —exclamó Anne—. ¡Se supone que la comadrona no va a venir hasta mañana!

— Está con ella la enfermera —dijo la sirvienta—, y también su amiga, la señorita Anston, quiere ayudarla, pero la enfermera no se lo permite. Quiere saber qué opina usted.

—Voy para allá —dijo Anne asintiendo, y se volvió hacia él—. Christopher, ¿podemos continuar más tarde con esta conversación?

—Por supuesto —contestó de inmediato—. ¿Puedo preguntar por qué la duquesa se ha quedado en el campo para el parto? ¿No habría estado mucho mejor atendida en Londres?

Anne sonrió.

—Olivia no es una persona que suela hacer lo que se espera de ella. No quería que todo el mundo estuviera al tanto de sus circunstancias y asuntos, prefería estar sólo con la familia. ¡Ah! Tengo que avisar a su madre y a su hermana… ¡Pobre Alastair! Debe de estar volviéndose loco, ¡estaba tan preocupado! ¡Enseguida vuelvo, Christopher, y hablamos! ¡Voy a ser tía!

Se levantó las faldas y salió corriendo hacia la casa tan rápido como pudo por el sendero de piedra.

Christopher entendía perfectamente la importancia del momento y la excitación de Anne y ni la interrumpió ni la siguió. No obstante, estaba intrigado y algo preocupado por lo que había dicho. ¿Qué era lo que había hablado con Ellen? No era una buena señal, ni mucho menos. Suspiró y miró a su alrededor. Anne había dicho que sólo quería estar rodeada de familiares en esos momentos y, con todo lo que estaba pasando, pensó que era el mejor momento de regresar a su casa. Si ya se había sentido algo incómodo los últimos días permaneciendo en la casa, ahora lo estaría mucho más. Ya tomaría una decisión respecto a los próximos pasos a dar cuando todo se hubiera normalizado con Breckenridge y su familia.

Tras lo ocurrido la noche pasada, no podía dar marcha atrás, estaba claro. Le gustase o no… y le gustaba, eso lo tenía más que claro, el matrimonio iba a ir adelante. Lo que pasa es que ahora igual tendrían un poco más de tiempo. Eso era todo lo que quería.

Entró en la casa, escribió una nota para Anne y otra para su hermano y, al cabo de una hora, ya estaba de camino a su casa.

* * *

ANNE PENSABA que nunca en su vida había estado tan feliz como ahora, con la recién nacida en sus brazos, levantando los imposiblemente diminutos dedos y agarrándole el pulgar.

—¡Oh, Olivia! —dijo con lágrimas en los ojos—. ¡Es preciosa!

—¡Claro que lo es! —confirmó Olivia también llorosa, mirando a su marido.

El parto había sido muy rápido, gracias a Dios. Anne había convencido por fin a la enfermera de que dejara entrar a Ellen, y entre las dos fueron capaces de ayudar a traer al mundo a la pequeña. Sus ojos ya presentaban el tono azul de los Finchley, y Anne sonreía al mirarlos.

—¡Tenemos que presentarle a Christopher a la pequeña Hannah! —exclamó de repente—. Me temo que me separé de él un tanto abruptamente en los jardines. Sally, ¿te importa ir a buscar a lord Merryweather y preguntarle si puede venir? —preguntó, pero la criada negó con la cabeza.

—Lo siento, *milady*, pero lord Merryweather ha regresado a su casa —contestó.

—¡Ah, vaya! —exclamó Anne, muy decepcionada—. ¿Acaso la idea de un nacimiento está fuera de lugar a los ojos del muy formal lord Merryweather?

—No sé qué decirle, *milady*… —dijo la criada, un tanto incómoda—. Pero me dijo que le entregara esta nota.

Se la pasó a Anna, que empezó a leerla inmediatamente.

ANNE,

PERDÓNAME POR MI PARTIDA, pero no quería quitarte tiempo de estar con tu cuñada. Transmítele mis felicitaciones más sinceras y alegres, y te aseguro que estoy deseando reunirme de nuevo cuanto antes con tu familia.

En el momento que sea más adecuado para ti, escríbeme, por favor, y organizaré una celebración, muy sencilla, con algunos de nuestros familiares y amigos más cercanos, para celebrar nuestro compromiso. Será un placer recibiros en mi casa.

Tuyo,

Christopher

ANNE SONRIÓ, e inmediatamente perdonó a Christopher por su súbita partida a la luz de la nota. Era muy típico de él, pensó sonriendo. Iba a hacer las cosas a su manera, según un plan preciso y adecuado a su forma de ser convencional. Y a ella le parecía muy bien, porque él era así, y era el hombre que amaba.

* * *

CHRISTOPHER PASEABA por los terrenos de su hacienda y no dejaba de suspirar. Todo había vuelto a su cauce, a cómo debería haber sido desde el principio. Había regresado a casa, había planificado el compromiso y el matrimonio de forma directa y convencional, y pronto recibiría a Anne en su casa familiar.

Ya llevaba en casa una semana, y ardía en deseos de volver a verla. Cuando pensaba en aquella noche en su habitación, no podía evitar la sonrisa. Era exquisita. Una sirena. Era…

—¿Milord?

Ah, claro. Su administrador.

—Sí, Ridgely, eso estaría muy bien —le dijo. Era un colaborador muy fiable, y tan riguroso y práctico como el propio Christopher. Confiaba en él por completo. Tanto que ni siquiera sabía qué era lo que le acababa de preguntar, tan perdido estaba en sus sueños sobre Anne. Tenía que concentrarse más, la verdad.

—Muy bien, milord. Y por lo que se refiere a Tom Harrison, el arrendatario…

Ridgely siguió adelante con las cuestiones del día a día de la administración y Christopher se mantenía al tanto de todo, asintiendo y mostrando casi siempre su acuerdo con las decisiones que proponía. No le gustaba mantenerse al margen de las decisiones durante demasiado tiempo, pero también sentía que era su deber encontrarse de nuevo con Anne. Y cuidar de ella iba a convertirse en su tarea durante el resto de su existencia.

Una vez terminado el despacho con el administrador, entró y empezó a pasear sin rumbo por la casa, que ahora le parecía un poco vacía. No se había dado cuenta de lo sólo que estaba en realidad hasta vivir unos días con otra familia. La de Anne era también bastante corta, pero estaba llena de risas y de amor, y Christopher echaba eso de menos. Quizás no tendría que haberse marchado. Quizá tendría que haber esperado… pero no, lo que había hecho era lo mejor.

Se acercó a su despacho, decorado muy a su gusto, con mapas y el extraño retrato. Se sentó al escritorio y sacó una hoja de papel y su pluma estilográfica, preparado para planificar su fiesta de compromiso. Iba a ser una celebración sencilla, con la madre de Anne como carabina, por supuesto, así como su amiga, *lady* Honoria, y también era obligado que invitara a lord Watson. No tenía muy claro si Breckenridge iba a acudir, pero eso daba igual. ¿Y quizá los Winterton? No, los Winterton no. No pegarían en absoluto. Los Southam sí, decidió. *Lady* Southam era muy amiga de Olivia Finchley, y se llevaba bien con Anne. Y quizás los duques de Carrington. Eso sería todo, decidió asintiendo, una vez que había llegado al final de la hoja de papel. Ahora todo lo que tenía que hacer era esperar a la carta de Anne. ¿Cuánto tardaría en escribirle?

Tamborileó los dedos contra el brazo del sillón, se levantó y se acercó a la ventana. Soltó otro suspiro. Puede que fuera mejor ir a verla. Sí, mucho mejor…

—¿Milord? Su correspondencia —dijo el mayordomo acercándose.

Christopher la observó anhelante, dándose cuenta de que seguramente parecía un colegial esperando una nota de amor. Daba igual. ¡Ah! Ahí estaba. Agarró el sobre, rompió el lacre y sacó la hoja de papel.

CHRISTOPHER

SIENTO que te marcharas tan deprisa. Estoy deseando volver a verte y celebrar nuestro compromiso. Espero estar allí esta misma semana.

Tuya,

Anne

¡ESTA MISMA SEMANA! Tenía muchas cosas que preparar. Por fin todo iba como debía ir.

CAPÍTULO 21

—Entonces, señora Appleton, ¿ya tiene decidido el menú para la cena de mañana? Me gustaría…

—Tranquilo, milord, sé perfectamente lo que le gustaría —dijo la cocinera, que prácticamente lo empujaba fuera de la cocina—. Ahora váyase. Su novia va a llegar de un momento a otro. ¿Acaso quiere que lo encuentre aquí abajo, en la cocina?

—Seguro que no le importaría, Sólo quiero estar seguro de que…

—Puede estar seguro. Chico, llevo trabajando para su familia desde hace cuarenta años, chico, y jamás vi a su padre por aquí abajo. ¡Y ahora, fuera de aquí!

No pudo por menos que reírse. Todavía lo veía como el niño que había sido, la que lo echaba de la cocina cuando se acercaba a robar uno o dos trozos de empanada. La verdad es que no sabía qué haría sin ella.

Tenía los nervios de punta, aunque no sabía por qué. Ya había pasado mucho tiempo en compañía de Anne. No había cambiado nada excepto el hecho de que ahora estaban haciendo las cosas como debían hacerse.

—¡Fletcher, aquí está! —Vio a su ayuda de cámara que, como si no se estuviera dando cuenta, intentaba escabullirse sin que lo viera—. Fletcher, ya he escogido la ropa que voy a llevar para la cena de mañana. La he colocado sobre la cama. ¿La ha visto? Tiene que asegurarse de que esté planchada y preparada con antelación.

—Sí, milord, todo está en orden.

—¿Está seguro? No quiero que mis invitados piensen que no visto adecuadamente.

—Estoy seguro, milord —dijo Fletcher, y Christopher se preguntó por qué apretaba los labios con tanta fuerza. ¿Es que no debía preocuparle que su criado se interesara por esas cosas? Al fin y al cabo, era él el que se tenía que vestir adecuadamente.

—Fletcher, ¿ha visto a Dibney, o a la señora Allen? —Tenía que hablar tanto con el mayordomo como con el ama de llaves para asegurarse de que las habitaciones de los invitados estuvieran preparadas. Se daba cuenta ahora de que no los había visto desde hacía bastante tiempo.

—Pues no, milord. Quizá…

Pero no pudo terminar de escuchar la sugerencia de su criado, pues escuchó un estruendo procedente del vestíbulo.

—¿Pero qué demonios…?

Salió corriendo hacia el piso de arriba, pero apenas había llegado al vestíbulo de entrada de Gracebourne, un bulto no muy grande pero sí muy poderoso se le echó encima.

—¡Christopher! ¡Oh, Christopher! Sé que sólo ha sido una semana, pero no sabes cuantísimo

deseaba volver a verte… ¡Y además una pequeña fiesta! ¡Qué estupendo!

—¡Anne! —exclamó, sin poder evitar que una sonrisa asomara a su cara. Era una fuerza de la naturaleza. De pronto, los apagados tonos verdes de las paredes parecieron brillar, y los mortecinos retratos de sus antepasados volvieron a la vida, los ceños fruncidos convertidos en sonrisas—. Yo también estoy encantado de volver a verte.

—¡Vamos, no seas tan controlado! —dijo separándose de él y tomándolo del brazo con gesto juguetón—. Tengo muchas cosas que contarte. Olivia ha tenido el bebé, una niña, y es adorable… me refiero a la niña, claro, no a Olivia. Bueno, mi cuñada también lo es, ya lo sabes, pero no me refería a ella. Bueno, sea como sea, las dos están fenomenal, y nunca había visto a Alastair tan feliz. Seguramente te habías dado cuenta de que estaba muy nervioso. Le he dicho a Olivia que no íbamos a estar fuera mucho tiempo, pero como te puedes imaginar, quería volver a estar contigo y celebrar nuestro compromiso. No fue muy amable por tu parte que te marcharas de esa manera, pero supongo que pensaste que el acontecimiento era para celebrarlo en familia. Pero tienes que darte cuenta de que tú ya eres también parte de nuestra familia, ¿no? O lo vas a ser pronto. Bueno, quiero preguntártelo antes de que lleguen los demás invitados. ¿Cuándo vamos a casarnos? Alastair parecía estar un poco nervioso al respecto antes de que nos marcháramos, pero le dije que no tenía de qué preocuparse, porque estaba segura de que ya lo tenías planificado…

La cabeza le daba vueltas dada la cantidad de cosas que le había dicho, y además a toda velocidad. Estaba claro que llegaba con enormes ganas de hablar. Se tomó un momento para digerirlas, y vio que lo miraba con mucha expectación.

—Sí, claro… sí que tengo un plan, quiero decir —empezó—. En principio pensaba que esperásemos hasta e inicio de la temporada y que nos casáramos en Londres, pero después pensé que eso quedaba un poco lejos, ¿no te parece?

—¡Pero si quedan meses todavía para que empiece la temporada! —exclamó Anne, y Christopher rio al ver lo mucho que abría los ojos.

—Sí, eso pensé yo también —dijo, intentando ponerse serio—. Y también pensé que cuanto antes nos casáramos, menos comentarios habría acerca de lo que te pasó. ¿Qué te parece el mes que viene? Sé que tu hermano tiene la licencia especial de matrimonio, pero si esperamos un poco se podrán leer las amonestaciones, y podremos casarnos en la iglesia del pueblo. ¿Qué dices? ¿Te parece un buen plan?

Se puso de puntillas y le tomó la cara entre las manos, que sintió frías sobre su piel.

—Sí —dijo, y le dio hasta tres ligeros besos en los labios—. Claro que es un buen plan.

Estuvo a punto de decirle que no era muy adecuado que lo besara en medio del vestíbulo, por donde el servicio no dejaba de pasar, pero en ese momento escuchó otra voz.

—¡Esta casa es divina, Anne, no tengo palabras! Quizá le falte algo de color, pero las habitaciones son magníficas. Tienes que ver la biblioteca, y las vistas que tiene. ¡Es maravillosa!

Christopher se quedó rígido al ver entrar a la mujer en el vestíbulo con una sonrisa en la cara.

—Anne —dijo en voz baja—, ¿qué hace ella aquí?

—¡Oh! —dijo, llevándose la mano a la boca—. Se me olvidó decírtelo. Ellen no puede regresar a la compañía teatral.

—¿Cómo dices?

—Otra de las actrices le dijo que Kitty estaba diciendo alto y claro que iba a deshacerse de ella de una forma u otra. Yo quería ir a ver a Kitty y decirle todo lo que pensaba, pero Ellen no me dejó. Dice que buscará otra compañía. Yo no estoy de acuerdo, pero es su decisión. En cualquier caso, ahora no tiene a dónde ir, y no me parecía del todo bien dejarla con mi hermano,

así que le dije que viniera aquí.

Suspiró y se frotó la frente, murmurando para sí que la gente no cae en la cuenta de lo complicado que es preparar un evento para tanta gente. Y esta mujer no estaba acostumbrada a codearse, y menos cenar, con personas de la clase alta. ¡Pero si hasta había invitado a duques! Gruñó entre dientes.

—¿Pasa algo, Christopher?

Levantó la cabeza y, al ver su expresión preocupada, apretó los labios y negó con la cabeza.

—No, en absoluto —musitó—. ¿Dónde está tu madre?

—Venía detrás de mí… ¡ah, mira, aquí está!

Christopher saludó a la duquesa viuda, que se excusó inmediatamente diciendo que estaba muy cansada del viaje. Christopher llamó a una criada que pasaba, que la acompañó hasta su habitación.

—Bueno —dijo, al tiempo que reorganizaba mentalmente el plan para el día siguiente—. Deja que vaya a ver al ama de llaves para que prepare otra habitación.

* * *

ANNE ESTABA ENCANTADA cuando los invitados empezaron a llegar a la fiesta. Todos ellos eran personas encantadoras a las que llevaba sin ver bastante tiempo. Le habría gustado mucho que Olivia y Alastair estuvieran allí, pero estaba claro que no podrían asistir a fiestas y otros eventos sociales hasta pasada una buena temporada. Le había dicho a Olivia que esperaría a casarse hasta que ella estuviera preparada para reincorporarse a la vida social, pero le contestó riéndose y diciéndole que no fuera tonta, que no iba a esperar toda su vida por su causa.

A Anne le alegró especialmente ver a Honoria.

—¡Ha pasado demasiado tiempo! —dijo al tiempo que la abrazaba cuando llegó acompañada de una prima de más edad que le servía de carabina.

—Sí, ¿verdad? Sé que hemos hablado de muchas cosas en nuestras cartas, pero me alegro mucho de tener la oportunidad de volver a verte en persona.

Agarró del brazo a Anne y empezó a andar por el vestíbulo y asomar la cabeza por varias habitaciones para intentar encontrar un sitio adecuado.

—Aquí —dijo Anne al encontrar una sala de estar que había visto antes. La decoración en tonos carmesí y dorados le pareció agradable.

—Estaba muy preocupada, Anne —dijo Honoria—. Quería haber ido a buscarte con lord Merryweather, pero parece que fue mejor que no lo hiciera. Anne, tienes que contarme todo lo que pasó, y no te dejes ni un solo detalle.

Tocó suavemente los alrededores de la cicatriz de la cara de Anne.

—¿Te duele mucho?

—Ya no, nada —contestó Anne bajando la cabeza—. Tiene un aspecto horrible, ¿verdad?

—La verdad es que no es tan malo —dijo Honoria sonriendo suavemente y tomándole la mano a Anne—. Añade personalidad a tu cara.

Puso los ojos en blanco al escuchar el gruñido de Anne.

—Y, por lo que se refiere a lord Merryweather —siguió Honoria—, la última vez que hablé contigo estabas intentando desanimarlo. Y ahora estás… ¡prometida!

Allí, en uno de los salones de estar de la casa de Christopher, que pronto sería la suya, Anne se lo contó todo a Honoria, que se comportó como una magnífica espectadora: abriendo la boca de asombro, riendo y hasta llorando cuando correspondía.

—¡Madre mía, Anne! —dijo cuando hubo terminado—. Siento mucho todas las cosas horribles que te han pasado, pero debo decirte que es toda una historia y sabes contarla muy bien, de verdad.

—Gracias —dijo Anne, encantada de no haber perdido ninguna de sus habilidades.

Cuando sonó el gong del gran reloj de pared, Anne dio un respingo.

—¡Vaya, Honoria, se me ha ido el santo al cielo contándote todas estas historias! Vamos, tenemos que reunirnos con los demás.

La tarde transcurrió muy bien con la llegada de los invitados. Anne miraba alrededor de vez en cuando buscando a Ellen, pero había desaparecido. Supuso que habría subido a su habitación para dormir un poco de siesta, algo que acostumbraba a hacer debido a que trasnochaba por su trabajo en el teatro. Anne estaba deseando que la celebración se desarrollara bien. Ahora lo único que necesitaba era que Christopher siguiera contento con ella… sobre todo cuando le explicara la idea que ambas habían tenido.

* * *

CHRISTOPHER LA OBSERVABA desde el otro lado del salón. Su sonrisa era tan brillante como la de cualquier lámpara; el vestido, de un color naranja chillón que le quedaría fatal a cualquiera que no fuera ella, la hacía brillar como el sol. Un sol que giraba alrededor de todos, y especialmente de él.

Se habían reunido en el salón de estar principal para prepararse para la cena de celebración de esa noche. Hasta ahora todo marchaba según lo planeado, y Christopher estaba satisfecho. La señorita Anston ni siquiera se les había unido. Si lo hacía, tendría que contar toda la sórdida historia. Sus invitados eran lo suficientemente amables y educados como para no decir ni una palabra, pero la curiosidad sobrevolaba la reunión.

En cualquier caso, a Anne no parecía importarle, y se movía entre los invitados, saludándolos y agradeciéndoles su presencia de forma simpática y agradable. Era tendente al dramatismo, lo sabía, pero también sabía representar muy bien el papel de anfitriona, lo cual sería magnífico cuando se convirtiera en condesa, su condesa.

—*Lady* Anne —dijo acercándose a ella. Sintió una enorme calidez cuando se volvió hacia él mirándole con una sonrisa exultante.

—Lord Merryweather —dijo ella a su vez, y el modo en que lo miró le hizo sentir como si fuera el único hombre que había en la habitación.

—Estás preciosa esta noche —dijo—, como siempre.

—Gracias —contestó haciendo una pequeña reverencia—. Eres muy amable.

—Sólo dijo la verdad, mi amor.

Por poco se le para el corazón cuando lo miró con ojos brillantes.

—¡Anne! —Honoria se unió a ellos—. ¿Cantarás para nosotros? Hace mucho que no escucho tu voz, y la echo mucho de menos, de verdad.

—No… no estoy muy segura, la verdad —contentó dudosa, como si estuviera recordando lo que le había ocurrido la última vez que cantó. Miró a Christopher.

—Por favor —dijo extendiendo la mano, como si le mostrara el camino al escenario.

—De acuerdo. —No obstante, se tocaba las faldas con gesto nervioso.

Se acercó al pianoforte. En algún momento, Christopher había pensado en la posibilidad de librarse de él, pero ahora se alegraba de no haberlo hecho. Perteneció a su madre, y le traía recuerdos de ella.

Anne empezó a tocar y todas las cabezas se volvieron hacia ella, anticipando lo que iba a ocurrir. Nadie se sintió decepcionado cuando la melodía empezó a fluir. Christopher sólo podía pensar en ella, y la miró hasta que, en un momento dado, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para dejar que la melodía y la voz lo inundara. Era una actuación que no todos los salones de Inglaterra aceptarían. Sin embargo, aquí no parecía importar, pues todos los asistentes estaban en trance escuchándola.

De repente, se vio transportado de nuevo al teatro, a los instantes previos a la caída del gancho. Recordó sus pensamientos de entonces con total nitidez. Anne había nacido para esto, para hacer felices a quienes la veían actuar, a cautivarlos con su actuación. ¿Cómo iba a mantenerla alejada de ello?

Terminó por fin, y su rostro traslucía felicidad. Christopher pensó que todos los asistentes a la fiesta podían escuchar los latidos frenéticos de su corazón.

CAPÍTULO 22



Anne concluyó la canción. Había disfrutado de todas y cada una de las notas. Surgió una salva de aplausos entusiastas de todos los rincones del salón y abrió los ojos con cierto asombro al comprobar que todo el mundo estaba entusiasmado.

—¡Vaya! —exclamó riendo—. Casi me había olvidado de que estabais ahí. ¡Muchísimas gracias!

Se ruborizó cuando su mirada coincidió con la de Christopher. Era una mirada indescifrable, extraña, y sintió un vacío en el estómago.

El mayordomo entró en la habitación y le susurró algo al oído a Christopher, que inmediatamente indicó a los invitados que podían pasar a cenar. Anne se acercó, él le ofreció el brazo, pero no la miró, sino que echó a andar con la vista fija hacia adelante. ¿Qué le pasaba?

—¿Dónde está Ellen? —murmuró Christopher, Anne sintió un punto de preocupación al darse cuenta de que hacía bastante tiempo que no veía a su amiga. Sabía que le preocupaba la falta de modales, sobre todo en una cena de gala como esa, pero Anne había hecho lo que había podido para darle las claves suficientes.

—No estoy segura —susurró frunciendo un poco el ceño—. ¿Crees que debería ir a buscarla?

—Seguro que está bien —la tranquilizó—. Quizá se sienta un poco extraña entre nosotros.

—¿Y por qué iba a encontrarse extraña? —preguntó Anne, que de repente se llevó la mano a la boca, pensando que igual Christopher tenía razones para pensarlo—. No le habrás dicho nada, ¿verdad?

—No —dijo negando con la cabeza—. Por supuesto que no.

Lo miró con cautela, sin terminar de confiar del todo en él, y parecía estar un tanto ofendido con ella por haberlo pensado. Era verdad que hasta ahora nunca le había dado ningún motivo para desconfiar de él, pero también era cierto que la presencia de Ellen no le terminaba de gustar. Decidió no preguntarle más al respecto y dejar correr el asunto. Le permitió que retirara la silla de la mesa y que la ayudara a sentarse.

Una vez que todo el mundo estuvo sentado a la mesa, Christopher se aclaró la garganta para dirigirse a los presentes.

—Queremos agradecerles a todos su presencia. Sé que ha sido un tanto… inesperado, pero les damos las gracias por estar aquí para celebrar nuestro cercano enlace. *Lady* Anne…

Sus palabras se vieron interrumpidas por una conmoción en la puerta de acceso al salón, y todos los invitados volvieron la cabeza. Ellen estaba agachada, intentando recoger lo que parecía un primer plato que se había caído. Seguramente había entrado en un mal momento y se había tropezado con un criado, que ahora intentaba alejarla y limpiar él mismo el suelo de restos de comida, pero Ellen insistía en ayudar a recoger.

—Ha sido culpa mía y sólo mía —dijo Ellen—. Iba demasiado deprisa, sin prestar atención a lo que estaba haciendo, y… ¡madre mía! Cada vez lo estoy empeorando más.

Anne se volvió hacia Christopher y, viendo que se había quedado petrificado y con la boca abierta mirando a Ellen, le empujo la barbilla con el dedo índice para que cerrara la boca. La pobre mujer ya estaba suficientemente avergonzada.

—Ellen —la llamó Anne en voz alta al tiempo que se levantaba de la silla para acercarse. La agarró del brazo y la levantó del suelo—. ¡No sabes lo que me alegra que hayas podido venir a cenar con nosotros esta noche!

—Sí, bueno, la verdad es que… —Se puso de pie, y Anne vio que se había puesto el vestido más horrible que Anne había visto en toda su vida. ¡Menos mal que lady Rumsfelter no estaba allí!

Se acercó con ella al sitio que quedaba libre en la mesa mientras le susurraba que no se preocupara por la comida. Miró a Christopher y vio que se había quedado blanco como la cera. Se llevó la copa a la boca y dio un largo trago.

¡Dios del cielo!

* * *

CHRISTOPHER RECORDABA HABER pensado que el vestido que se había puesto Anne en el escenario era feo, pero este lo superaba con creces: ¡era absolutamente horroroso! Una vez que Ellen se hubo sentado y los demás invitados, muy educadamente, conversaban entre ellos, Anne volvió a su sitio y Christopher se inclinó hacia ella para hablarle al oído.

—¿No se te ocurrió arreglarle un vestido para la fiesta?

Anne levantó los hombros y lo miró fríamente, saliendo en defensa de su amiga.

—Dijo que tenía vestido.

—Eso no puede considerarse un vestido.

No sabía si era amarillo o dorado, pues en realidad era del color de la mostaza rancia, y no favorecía en absoluto el color de la piel de la joven. De hecho, pese a que en realidad era una mujer impactante, su aspecto era horrible. Y lo peor de todo era que el color del vestido no permitía mirar para otro lado.

—Sigue con tu discurso —siseó Anne cuando llegó un criado con una bandeja.

—¡Ah, claro! —dijo, y se aclaró la garganta una vez más para atraer la atención de los presentes—. *Lady* Anne Finchley es una mujer con muchísimas cualidades —prosiguió—. Le encanta cantar, leer, iluminar y alegrar a todas las personas con las que se encuentra. Y, ahora, asumirá un nuevo papel, el de condesa y esposa. No podría ser más afortunado.

Anne le sonrió de forma sincera, un gesto que por un momento le cortó la respiración. Hasta que el sonido de una cucharilla rompió el silencio, lo que hizo que Christopher volviera la cabeza para localizar el inesperado y transgresor ruido.

—Lo siento —susurró Ellen—. No sabía que aún no íbamos a empezar a comer.

Christopher asintió con gesto hosco, al tiempo que la tensión empezaba apoderarse de la musculatura de los hombros. Y aún le quedaban horas para librarse de ella. Deseó con todas sus fuerzas que esa mujer se hubiera quedado en su habitación.

—No pasa nada —terció Anne, dedicándole una amplia sonrisa a su amiga—, nada en absoluto. No has comido en todo el día y debes de estar hambrienta. Adelante.

Christopher intentó acordarse de lo que le tocaba decir ahora, pero la irritación que le estaba provocando esa mujer sin educación le había dejado la mente en blanco.

—De acuerdo, pues —improvisó—. ¿Por qué no empezamos?

—Anne —intervino Isabella Hainsworth, duquesa de Carrington—, ¿cantarás para nosotros después de la cena? Tu voz es sencillamente maravillosa.

—Si así lo queréis… —respondió Anne con una sonrisa resplandeciente, y Ellen asintió.

—Es divina, ¿verdad *milady*?

—Su excelencia, señorita Anston —corrigió Christopher rápidamente, dejando clara su desaprobación ante el tratamiento erróneo, pero la duquesa hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No pasa nada, señorita Anston. Puede llamarme como desee. Isabella está bien.

—Mis disculpas, su excelencia —dijo Ellen hundiendo la mirada en el plato, y por un momento Christopher se sintió mal, como si hubiera cometido una grosería. Al encontrarse con la mirada de Anne, supo que tenía que haber sido más benévolo y entender el origen social de Ellen—. Y mis disculpas para usted también, milord.

—No pasa nada —dijo resueltamente, intentando convencerse a sí mismo de que así era.

—En cualquier caso, lo único que quería decir es lo magnífico que será que todo el mundo, sin distinción de clases, pueda escuchar la preciosa voz de Anne de nuevo en el escenario.

—¿Perdón?

Ahora fue la cuchara de Christopher la que golpeó ruidosamente el plato. Miró a Anne, preguntándole sin palabras acerca de la veracidad de lo que acababa de decir Ellen, y esperando no haberlo entendido bien. Anne se había ruborizado, tenía los ojos muy abiertos y retorcía las manos en el regazo.

—Yo… pues… lo siento, Anne. Pensaba que él ya lo sabría —dijo Ellen—. Se trata sólo de que Anne y yo hemos decidido combinar nuestros talentos y crear una compañía propia. Vamos a viajar…

—¡Basta! —Christopher no podía seguir escuchando las palabras de la señorita Anston. Sólo tenía ojos y oídos para Anne, que ahora lo miraba suplicante.

—Christopher… —empezó volviéndose a él, pero fue inmediatamente interrumpida al abrirse la puerta de repente.

—¡Por el amor de Dios!, ¿qué pasa ahora? —exclamó arrojando la servilleta a la mesa y levantándose. En el umbral no estaba ningún criado, ni Dibney, el mayordomo, sino dos actores de la compañía. A uno lo reconoció como el director que había forzado a Anne… Lawrence había dicho que se llamaba. La otra era sin duda la mujer que, según Anne, había provocado su accidente casi mortal—. ¡Fuera de mi casa! —ordenó.

—Lo siento, milord —dijo Dibney, que había aparecido tras ellos muy azorado, con el pelo inusualmente alborotado debido seguramente a la carrera que había tenido que dar por los pasillos—. Intenté impedirles el paso, pero siguieron a la fuerza. No he podido hacer nada.

—¿He dicho que se vayan! —siseó señalando la puerta.

—No nos iremos hasta tener lo que hemos venido a buscar —dijo Lawrence dando un paso hacia el interior del salón.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Christopher poniéndose delante de él para bloquearle el paso.

— De Ellen Anston —dijo Lawrence mirando a la mujer con una cínica sonrisa. Christopher siguió su mirada. Ellen parecía haberse encogido en la silla, como si quisiera desaparecer—. Nos ha robado, y hemos seguido su pista hasta aquí. Se viene con nosotros, y al resto de ustedes los dejaremos en paz.

—¡Nunca! —exclamó Anne. Se levantó y se colocó entre su amiga y los dos hombres, como

si así estuviera en condiciones de defenderla.

—Anne, no… —dijeron al mismo tiempo Christopher y Ellen, que por fin se habían puesto de acuerdo en algo.

Los miró a ambos.

—No me digáis lo que tengo que hacer. —Christopher se crispó como si le hubiera golpeado. ¿De verada le había hablado de esa forma, delante de las visitas?

—¡Vosotros! —gritó Anne con la mirada fija en Kitty y Lawrence, señalándolos con el dedo conforme avanzaba hacia ellos rodeando la mesa—. ¿Quién os creéis que sooi, entrando por la fuerza en casa de lord Merryweather e intentando llevaros a Ellen contra su voluntad? No te ha robado, Lawrence, simplemente se ha llevado lo que le debías, pues decidiste no pagarla cuando no quiso hacerte los… «favores especiales» que le pedías.

Christopher escuchó un grito ahogado procedente de la mesa.

—Y tú, Kitty, o como diablos te llames, nombre que nadie conoce, pues no eres famosa ni buena actriz salvo en tu propia cabeza. Eso sí, viniendo aquí demuestras que, al menos, eres descarada y atrevida.

—Ya veo… —empezó Kitty arrastrando las palabras y sonriendo como un felino a punto de sacar las garras—. Al menos se puede decir que ahora mi cara es bastante más bonita que la tuya, ¿verdad, cariño? Qué pena lo que te ocurrió en el escenario —dijo dando un exagerado suspiro —. ¡Qué accidente tan terrible!

Christopher observó que la furia se apoderaba de Anne, que apretó los puños y se puso rígida de pura tensión.

—No fue un accidente, como tú sabes muy bien —siseó Anne—. Dejaste suelto ese gancho para que me golpeara. ¡Pude haber muerto! ¿Es que no tienes compasión? ¿Nunca piensas en el bienestar de los demás? ¡Es espantoso ser así! Es… terrible…

Christopher decidió que la cosa ya había ido demasiado lejos y dio un paso atrás para poder poner la mano en la espalda de Anne. Pese al horror que le estaba produciendo la situación, ella parecía necesitar a alguien en quien apoyarse en ese momento.

—Es hora de que ustedes dos se marchen —dijo—. Por lo que acabo de escuchar, la señorita Anston no les debe nada. Márchense de aquí ahora mismo, y no vuelvan jamás, si no quieren que intervengan las autoridades.

—Ya veo. Así que usted es el adalid de nuestra pequeña dama… ¿qué nombre fue el que utilizó? ¡Ah, sí! Annabelle Fredericks —dijo Lawrence con tono burlón y con una sonrisa ladina en la boca. Las palabras de Christopher no parecían haber tenido el menor efecto sobre él. La mayoría de la gente solía temer el poder que podía desplegar alguien perteneciente a la nobleza, pero al parecer o bien lo ignoraban o bien confiaban mucho en su capacidad para evadir la ley.

—De momento, lo que soy es un hombre, un conde, que les está ordenando que abandonen esta casa inmediatamente.

Lawrence se acercó a él y, con un movimiento rápido que pilló desprevenido a Christopher, sacó una daga de detrás del cinturón y la colocó frente a su cara.

—¿Y me puede decir, milord, si le gustaría tener en la cara una cicatriz a juego con la de su pequeña novia? ¿Eh? —preguntó con voz ronca—. Me aseguraré de que sea elegante y bonita, como el resto de su cara.

Anne dio un grito ahogado y, con movimiento muy rápido, Christopher se puso en medio de ambos y agarró el brazo de Lawrence y, con un potente giro de muñeca, le forzó a dejar caer el cuchillo en el suelo. En unos segundos los rodearon otros caballeros, y Lawrence depuso su actitud de inmediato, dándose cuenta de que no tenía la más mínima posibilidad de cambiar la

situación a su favor.

Christopher se acercó mucho a él.

—¿Qué cantidad cree que le adeuda la señorita Anston?

La suma que indicó Lawrence era casi ridícula para los estándares de Christopher, pero sabía que para una joven como Ellen, que no contaba con ingresos de ningún tipo, sí que tenía consecuencias.

—Muy bien —dijo de forma realista, pero con tono de dureza—. Le pagaré lo que usted dice que le adeuda, pero tiene usted que comprometerse a no volver nunca por aquí, ni a ponerse en contacto con lady Anne ni con la señorita Anston. ¿Me ha entendido bien?

Lawrence asintió. Sus ojos brillaron al saber que iba a cobrar el dinero que él creía que se le adeudaba. A Christopher no le gustaba nada que se saliera con la suya, pero merecía la pena si así se aseguraba de que el individuo nunca volvería a molestarles.

—Pues vamos —dijo.

—¡Dibney! —El mayordomo estaba junto a la puerta, temblando aun visiblemente, aunque parecía haberse recuperado un tanto—. Traiga el dinero y nos encontraremos en la entrada de servicio.

No quería que esa gente saliera por la puerta principal de su casa. Le pareció que el mayordomo quería decirle algo, como si no estuviera de acuerdo con pagar, pero por fin asintió y se retiró. La suma era tan escasa que Dibney dispondría de ella con los fondos que manejaba para la gestión del día a día de la casa.

Christopher empezó a conducir a la pareja hacia la entrada de servicio cuando escuchó la voz crispada de Anne.

—¡Espera!

Se volvió algo molesto. ¿Qué más podía querer ahora?

No lo miró a él, sino que entrecerró los ojos en dirección a Kitty.

—¡Confiésalo! —espetó—. ¡Confiesa lo que hiciste!

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —preguntó la aludida alzando una ceja.

—Si no lo haces, me aseguraré de que tu vida se convierta en un infierno —amenazó Anne —. Mi hermano es duque, y tiene contactos en toda Inglaterra. Nunca volverás a pisar un escenario británico, serás una proscrita, y tendrás que abandonar el país si quieres volver a pisar un escenario en tu vida.

Lo cierto es que había pocas posibilidades de que el duque de Breckenridge fuera capaz de hacer semejantes cosas, pero Kitty no parecía tenerlas todas consigo. Empezó a mirar alternativamente a Anne, a Lawrence y a él, y a Christopher le recordó a un ratoncillo atrapado.

—De acuerdo —dijo por fin hablando a través de los labios semicerrados—. Es verdad, lo hice. Aflojé la cuerda para que quedara suelta y di un tirón mientras estabas actuando. A partir de ahí, ya no supe lo que podría pasar, si te rasgaría el vestido, te golpearía o… sí, incluso si te mataría. La verdad es que me daba igual. No tenías nada que hacer en ese escenario, y nunca vas a volver a él, ya que tu cara es tan horrible que da asco contemplarla ni un segundo. ¿Ya estás contenta?

La mujer sonrió de una forma tan odiosa que a Christopher le entraron ganas de borrarla a golpes de su cara, pero se controló. Vio que Anne lo estaba pasando mal: le temblaban los labios, no sabía si de preocupación o de ira. Vio a lady Honoria y le hizo una seña mirando a Anne. La joven asintió y fue a recogerla y acompañarla fuera de la habitación, mientras Christopher señaló la puerta con el brazo.

—Ustedes dos, fuera de aquí —dijo, yendo detrás de ellos—. No quiero volver a verlos

nunca, en toda mi vida.

CAPÍTULO 23

Inmediatamente después de que Honoria la hubiera acompañado a uno de los salones de estar, concretamente el azul, que era el más frío y que a Anne no le gustaba demasiado, Ellen irrumpió en la habitación y cerró las puertas de un portazo.

—¡Oh, Anne! —exclamó, corriendo hacia ella, cayendo de rodillas y tomándole las manos —. ¡No sabes cómo lo siento! ¡Jamás pensé que podrían encontrarme aquí! Lord Merryweather se va a enfadar muchísimo. Me voy a marchar ahora mismo, lo prometo, y nunca te volveré a molestar.

Anne se olvidó de sus preocupaciones personales al escuchar a Ellen. Su amiga le había informado brevemente de su situación nada más llegar, y le había prometido no decir nada a nadie, incluido Christopher. Le avergonzaba que un hombre pudiera atreverse a utilizar el cuerpo de una mujer contra su voluntad, y por mucho que intentaba convencer a su amiga de que no era culpa suya, sino de Lawrence, Ellen estaba segura de que al final cargaría con las consecuencias.

—Siéntate, Ellen —le dijo con tono firme, y la acompañó al sofá que estaba al lado de su butaca—. Todo ha terminado. Esos dos canallas se han ido con el dinero, malditos sean, pero supongo que ya no hay nada que hacer. Al menos nos hemos librado por fin de ellos. Yo quería una confesión, y la tengo, así que me tendré que conformar con ella.

—Sí, pero lord Merryweather pagó…

—Esa suma a él no le causa ningún perjuicio, en absoluto —dijo Anne intentando tranquilizarla al respecto—. Aparte de eso, si hubiera algún problema, yo tengo la asignación que me pasa mi hermano, así que podría compensar a lord Merryweather de ser necesario.

No le transmitió la preocupación en esos momentos la asaltaba, que no tenía nada que ver con el dinero. A Christopher seguro que ese aspecto no le preocupaba lo más mínimo, pero sí el escándalo que se iba a cernir sobre él dado el espectáculo que se había producido frente a testigos de la alta sociedad. Lo que le faltaba…

—Él te ama, Anne —dijo Honoria en voz baja. Estaba a su lado, y al parecer era capaz de leer sus pensamientos—. Lo entenderá, ya verás.

—Eso espero —contestó sin mucho ánimo—. Salió en mi defensa, ¿verdad Honoria? Y su modo de manejar a los dos sinvergüenzas fue perfecto.

Se le expandió el corazón al recordarlo: la fiera mirada con la que traspasó a los actores, cómo la defendió y cómo manejó la situación en todo momento. Fue como ver a Alejandro Magno redivivo ante sus ojos.

—Puede que él…

Alguien llamó a la puerta quedamente y el pestillo empezó a girar despacio.

—Perdón por la interrupción. —Era su magnífica voz de barítono, que siempre le producía

un escalofrío en la espina dorsal—. *Lady* Anne, ¿puedo hablar con usted un momento?

Se colocó en el umbral de la puerta y ella no deseó otra cosa que correr hacia él, dejar que la abrazara y sentir su protección. Nada más. Pero al verle la cara se quedó quieta. Tenía los ojos entrecerrados y la mirada contrariada. Se le hizo un nudo en el estómago esperando lo peor.

—Perdonadme —les dijo en un susurro a Honoria y a Ellen, que parecía querer decir algo; pero Anne alzó una mano, sabiendo que dijera lo que dijera, sólo contribuiría a empeorar la situación—. Hablaremos pronto.

Llegó a la altura de Christopher, que no dijo nada. Se limitó a ofrecerle el brazo, y después se encaminaron por el pasillo en dirección a su despacho.

* * *

—POR DIOS, Anne —dijo Christopher tomando asiento frente al escritorio. Apoyó la cara entre las manos y después se mesó los cabellos con los dedos. Ella se sentó al otro lado del escritorio y estiró la mano para acariciarlo, pero él se retiró como si fuera a quemarse.

Anne se mordió el labio y esperó a que Christopher dijera algo. Miró a su alrededor. El despacho apenas tenía mobiliario, y hacía frío. Pensó en como lo decoraría, seguro que con alfombras y cuadros de paisajes para alegrarlo.

—No sé si voy a poder soportar más cosas como estas —musitó, y Anne se inclinó hacia él, confiando en que no le hubiera entendido bien.

—¿Perdona?

—¡Que no sé si todo esto sigue mereciendo la pena! —dijo ahora con mucha más convicción, poniéndose de pie.

—¿Qué se supone que significa eso? —dijo. La desesperación había dado paso al enfado y a la terquedad.

—Pues quiero decir que no sé si esto, quiero decir lo nuestro sigue mereciendo la pena o no —dijo intentando mantener la voz calmada. Estaba claro que hacía un gran esfuerzo para mantener el control de sí mismo—. Primero Ellen, después ese imbécil del teatro y esa mujer que te hirió. Para empezar, todo esto no habría pasado si no te hubieras juntado con esa banda.

—Me doy cuenta de ello —reconoció Anne intentando a su vez permanecer tranquila, adoptando el papel de una institutriz para mantener a sus pupilos en calma a su vez—. Eso fue un error, Christopher, hemos hablado de ello una y otra vez. Y sé que ha tenido repercusiones, cosa que siento muchísimo, pero no sé cuánto tiempo voy a tener que estar disculpándome por ello.

De hecho, si él esperaba que fuera a hacerlo alguna vez más, iba a decepcionarlo del todo.

Christopher se detuvo, volvió la cara hacia ella y cruzó las manos sobre el pecho.

—¿Cuándo supiste que la señorita Anston se había llevado dinero de la compañía de teatro?

—¡Se lo debían! —exclamó Anne para defender a su amiga, pero Christopher alzó una mano.

—No estoy diciendo que no tenga razón en reclamarlo —dijo con algo más de control—. Por desgracia, lo que ha contado tiene muchos visos de ser verdad, y no pongo en duda que sea verdad lo que dice. Pero, de todas formas, no es eso lo que he preguntado. ¿Cuándo lo supiste?

—Cuando llegó —admitió Anne, pero sintió la necesidad de defenderse—. Me pidió que no dijera nada. Estaba avergonzada de lo que le había pasado.

—Anne —continuó Christopher con tono neutro y sin la menor emoción, que no auguraba nada bueno—. La trajiste a mi casa, a una fiesta con bastantes invitados, incluyendo un duque y una duquesa. Sabiendo que algo de esa magnitud podría afectarme, afectarnos a ambos, no puedes guardar un secreto. Era tu prometido.

«Era». Anne fue muy consciente de la tensión y la frialdad, que empezó a correr por sus propias venas.

—Me doy cuenta de que te pidió que te lo guardaras para ti, pero tenías que haberle informado de que era fundamental informarme. De haberlo sabido, podría haber evitado todo lo que ha ocurrido esta noche.

—¿Y cómo lo habrías hecho?

—Poniéndome en contacto con las autoridades adecuadas y asegurándome de que se encargaran del asunto —afirmó con seguridad—. Y ahora que la tal Kitty ha confesado, voy a asegurarme de que no se va de rositas. Responderá por ello.

—¿Harás eso por mí? —preguntó, sintiendo un nuevo hilo de esperanza.

—Lo haría por cualquiera —dijo, desanimándola de nuevo—. Porque es lo que hay que hacer. Dime una cosa, Anne —continuó, rodeando el escritorio para colocarse delante de ella—, y, por favor, dime la verdad. Cuando Ellen dijo que ibais a poner en marcha una compañía de teatro, ¿qué quiso decir en realidad?

Anne notó que la sangre abandonaba la piel de su cara y que los dedos se le quedaban fríos como témpanos. Juntó las manos y las apretó. Sabía lo mucho que se iba a enfadar por ello, pero había pensado que, si se lo decía en el momento y las circunstancias adecuadas, lo entendería. De hecho, pensaba era un plan magnífico, y que le permitiría tender un puente entre sus dos mundos.

—Ellen y yo decidimos crear nuestra propia compañía teatral, es verdad —dijo, procurando que su enfado no le afectara, pues deseaba con todas sus fuerzas que regresara la faceta encantadora de lord Merryweather. Se puso de pie para intentar recuperar el ánimo—. Intenté decírtelo yo misma, pero no encontré el momento, y Ellen… bueno, ya sabes. Pensamos que podríamos empezar a nivel local, contratar algunos actores y probar en la ciudad. Representar unas pocas obras. Ni siquiera nos plantearíamos ganar dinero para empezar, sólo…

—Por favor, dime que estás bromeando —dijo, y apretó los labios. Estaba muy tenso. Pese a su cercanía, parecía a miles de kilómetros de ella.

—Jamás bromearía acerca de algo como esto —dijo, desesperada por que la comprendiera—. Habría esperado a que estuviéramos casados, por supuesto, pero…

—¿Pensabas hacer esto siendo la condesa de Merryweather?

—¿Y quién iba a ser si no?

—Anne Finchley, hermana del duque de Breckenridge —dijo con gesto duro e inflexible—. ¿Cuándo vas a entender que mi esposa no va a salir a escena disfrazada en espectáculos a los que iría la gente del pueblo?

—¿Y cuándo vas a entender tú que yo nunca voy a ser la esposa sumisa que se comporta exactamente como la alta sociedad desea y espera que lo haga? Yo te amo, Christopher. Es verdad, te amo, por muy terco e inflexible que puedas ser. Y seré tu esposa, la esposa que debo ser, sin provocar escándalos nunca más, ya ha sido suficiente. Lo que te pido es que me ames por lo que de verdad soy como persona. Si no puedes hacerlo, entonces… —Se le quebró la voz, que se redujo a un susurro—. En ese caso, no sé cómo vamos a poder ser felices juntos.

Se quedaron allí de pie, mirándose a los ojos y respirando con fuerza. La tensión del momento era muy alta, y Anne notó un dolor intenso en el pecho, como si algo se rompiera en su interior, probablemente el corazón. Y es que, por mucho que lo amara, nunca le iba a permitir doblegar su espíritu, convertirla en alguien que nunca podría ser. Esperó a que dijera algo, que la amaba tal como era.

Christopher abrió la boca, pero la cerró de nuevo. Bajando la vista para contemplar la alfombra color crema que cubría el suelo. En un momento dado se llevó las manos a las caderas,

y después las bajo otra vez.

—Yo… —empezó, y se frotó la frente—, yo te amo, Anne, de verdad, pero… esta forma de comportarte tiene que acabar.

—Muy bien —dijo ella tras controlar un sollozo y darse cuenta de que nunca iba a decir las palabras que ansiaba que dijera. Su gesto fue de profunda tristeza—. Creo que los dos sabemos lo que va a ocurrir ahora. Adiós, Christopher.

CAPÍTULO 24

Dos meses más tarde

Londres, Inglaterra

Anne apoyaba los pies en el brazo del sofá *Chesterfield* y sujetaba el libro sobre la cabeza. Era muy aburrido, así que tardó poco en lanzarlo dramáticamente al suelo. Se quedó mirando la lámpara dorada que había sobre su cabeza, de la que parecía que iba a surgir gotas de lluvia, y se puso de pie. Se acercó a la ventana para observar la calle de Mayfair. Nada interesante que ver, nada en absoluto. Suspiró y se acercó al lienzo que estaba en la esquina del salón. Era como si la mirara fijamente, esperando recibir color, imágenes, vida… pero no tenía dentro nada que ofrecer.

Finalmente, se acercó al pianoforte. Este salón de estar iba a ser para ella sola durante toda la temporada, pues lo más probable era que Olivia se quedara en el campo todo el tiempo. Su madre estaba también allí, por supuesto, decidida a que Anne encontrara pareja. Lo cierto es que su madre era demasiado optimista, o al menos eso pensaba Anne, que le había dicho a *lady* Cecelia que no creía que fuera a encontrar pareja nunca más, pues nadie querría escogerla. Ahora no sólo tenía un escándalo a sus espaldas y una cicatriz en la cara, sino que había sido rechazada por uno de los solteros más deseados de toda Inglaterra.

Anne golpeó las teclas con los dedos, produciendo un ruido horrísono en la habitación. Se llevó las manos a la cabeza. Ellen se había marchado de la hacienda de Christopher hacía dos meses, avergonzada por todo lo que había ocurrido, y Anne no la había visto desde entonces. La temporada aún no había entrado en su fase más activa, y desde su regreso a Londres Anne no había recibido ninguna visita, lo cual contrastaba de forma muy llamativa con el desfile continuo de jóvenes de ambos sexos que habían frecuentado su casa la temporada anterior. Parecía que ya nadie quería tener nada que ver con ella.

—Debo decir que nunca había escuchado unos acordes tan melancólicos.

—¡Honoria! —Anne se levantó de un salto de la banqueta, salió corriendo hacia su amiga y la abrazó efusivamente al llegar a su altura—. ¡Eres la primera alegría que me llevo desde hace mucho tiempo! Qué suerte tengo de contar con una amiga que aún me aprecia.

Honoria rio y le devolvió el abrazo.

—Ni aunque causaras un escándalo con el mismísimo príncipe regente te abandonaría, Anne

—afirmó entre sonrisas—. Si no, no sería amiga tuya.

—Si los demás pensaran así… —dijo Anne dando un suspiro. Soltó a Honoria y se dirigió a la zona de estar para volver a sentarse en el sofá mientras que Honoria tomaba asiento frente a ella.

—Supongo que hablas de lord Merryweather —dijo Honoria.

—Sí, supongo que sí —concedió encogiéndose de hombros—. ¿Pero eso que importa ya? Ya no me quiere… y creo que en realidad nunca me quiso.

—No creo que eso sea cierto —dijo Honoria con tranquilidad—. Podría volver contigo, nunca se sabe. Quizá se dé cuenta de que actuó demasiado impulsivamente.

—Él nunca actúa así, no se deja llevar por los impulsos. Y si lo hace, no lo reconoce —dijo Anne con tono taciturno, apretando los pliegues del vestido.

—Bueno —dijo Honoria inclinándose hacia su amiga—. Tú no eres una persona que suela sentarse y dejarse llevar por la desesperación sin reaccionar. ¿Por qué no vamos esta noche al teatro? Eso siempre te alegra bastante.

—No lo creo, la verdad —dijo Anne negando con la cabeza—. Sólo me recordaría todo lo que provocó mi caída.

—Anne —empezó de nuevo Honoria mirándola con la cabeza algo inclinada hacia un lado —. Siempre has amado el teatro. No lo pierdas, pues esa sería la mayor tragedia de todas las que te podrían ocurrir.

—¿Qué obra representan? —preguntó Anne intentando no mostrar demasiado interés. Hacía mucho tiempo que no veía ninguna obra.

—*Así va el mundo.*

—¡Ah! Me encanta esa obra… —dijo en voz baja.

—Muy bien, pues decidido —dijo Honoria—. Mi prima y yo iremos contigo y con tu madre, ¿qué te parece?

Anne se encogió de hombros.

—Bueno, de acuerdo, pero lo hago por ti, ¿eh, Honoria?

Su amiga asintió y se levantó para marcharse.

—Y ahora, Anne, basta de compadecerte de ti misma. Quiero que mi amiga vuelva. Empieza a regresar esta noche, ¿de acuerdo?

* * *

—¡LORD Merryweather, ¡qué magnífico volver a verlo de nuevo!

Se volvió al escuchar el saludo, y vio a las tres hermanas Winterton acercarse a paso de marcha. No estaba muy seguro de cuál de ellas era la que había hablado, aunque… ¿acaso importaba? Con su mirada imprecisa las tres le parecían casi iguales, con sus vestidos color crema y el pelo oscuro peinado hacia atrás y con rizos sobre la frente. Prefería el pelo rubio. Rubio arena. Que cayera sobre los hombros… los hombros de ella. Dio un pequeño traspiés.

—Párate un instante, hombre —dijo otra voz. Esta vez masculina. Watson, claro. Había ido con Watson. De hecho, Watson era la única razón por la que había ido. ¡Maldito fuera! No quería estar allí. No quería verse obligado a hablar con la primera hermana Winterton uno, ni con la segunda, ni con la tercera. Quería estar en casa, en su biblioteca, con un vaso de brandi en la mano.

—Lady Winterton te ha saludado —dijo Watson, y Christopher gruñó cuando su amigo le dio un golpe en el costado—. Responde por educación, y después nos vamos a donde estemos

solos. Hoy no te va bien la compañía, me temo.

—Me alegro de volver a verla —dijo, acompañando las palabras con lo que pretendía ser un saludo amistoso con la mano. Watson dijo algo entre dientes que no entendió del todo y después le dio un empujón casi violento que lo proyectó hacia delante.

—¿Por qué has hecho eso? —volvió a gruñir.

—Estás borracho, y te estás comportando como un estúpido y un patán —espetó Watson—. Has estado a punto de darle una bofetada en la cara a *lady* Winterton. No te debía haber traído aquí.

—En eso sí que estamos de acuerdo —dijo Christopher.

No estaba muy seguro de que obra representaban. Nunca le había gustado demasiado el teatro, pero ahora lo detestaba apasionadamente. Pero Watson se había empeñado en no aceptar una negativa por respuesta en lo que se refería al ocio de esa noche.

—Vamos a ver, Merryweather, tú nunca has sido muy dado a la bebida, se te sube enseguida a la cabeza —dijo Watson una vez en el palco… Sé que piensas que te han hecho daño, pero si echas de menos a *lady* Anne de esa manera, ¿por qué no vuelves a hablar con ella y…?

Christopher negó con la cabeza y Watson dejó de hablar. Estaba harto de ella, y ella de él. Y también la echaba de menos… desesperadamente. Pero no le iba a contar eso a Watson. Además, en la bebida había encontrado una nueva amiga. Le daba calor y le acompañaba. Llevaba demasiado tiempo sintiéndose solo.

—De hecho, creo que ha venido esta noche. Mira de frente, dos palcos por debajo.

Christopher no quería mirar. No iba a hacerlo. Pero, de repente, no pudo evitar mirar hacia donde estaba señalando Watson con el dedo índice. No le costó demasiado encontrarla. El largo pelo rubio, el vestido azul, que era su color favorito, como ya sabía. Su aspecto… su aspecto era fatal, pensó, con el pelo lacio alrededor de la cara. Tenía la tez pálida, sin el sonrosado habitual de las mejillas que tanto alegraba su mirada. Una mirada tensa en una cara triste. Verla así debería haberle producido algún tipo de satisfacción, pero no fue así, ni mucho menos. Todo lo contrario, lo sumió en una melancolía aún más profunda que antes. Nunca había pretendido causarle tanta pena. No quería verla tan herida. Y ahora, se notaba que no sólo estaba sufriendo, sino que además era culpa de él.

Se levantó del asiento.

—Me voy a casa, Watson —dijo, agarrándose a la barandilla para mantenerse en equilibrio —. Ven conmigo si quieres, o no, lo que te parezca.

* * *

—¡VA a ser una noche estupenda!, ¿verdad? —preguntó Honoria, pero Anne no fue capaz de aportar nada al optimismo de su amiga. Sencillamente se encogió de hombros y no dijo nada.

—¡Por supuesto que sí, *lady* Honoria! —dijo su madre desde el otro lado, seguramente para intentar maquillar la falta de entusiasmo de Anne—. Gracias por habernos traído con usted.

Anne había insistido en que no se detuvieran a hablar con nadie, sino que se dirigieran directamente hacia su palco. Había dado el paso de ir esa noche al teatro, pero lo de hablar con alguien perteneciente a la alta sociedad tendría que esperar a alguna otra salida, a otra noche en la que pudiera reunir más coraje.

—¡Oh, Anne! —dijo Honoria comprensiva—. Olvida a lord Merryweather, olvida los cotilleos. Céntrate en lo que ocurra sobre el escenario.

Ese era precisamente el problema. Cada vez que Anne miraba al escenario, no podía

acordarse de otra cosa que de su problema, de su accidente, de la herida que había terminado de una vez por todas con el sueño de su vida. Porque durante cierto tiempo había esperado que podría lograr todo aquello a lo que aspiraba, pero ahora sabía que había sido una ilusa. Siempre lo había sido.

Un movimiento al otro lado del teatro captó su atención, y vio como un hombre se levantaba. Pensó que era de mala educación. Y, en ese momento, se dio cuenta de quién era el caballero que, tambaleándose ligeramente, se estaba marchando de su palco: no era otro que Christopher. Hacía mucho que no lo veía, aunque, por supuesto, tenía sus rasgos grabados a fuego en la mente. Se detuvo un momento, como si pudiera sentir su mirada sin verla. Se volvió y las miradas coincidieron. Lo veía lo suficientemente bien como para captar su fuerte complexión, aunque le pareció que había adelgazado un poco, y que su atuendo, siempre elegante y sobrio, esta noche no le era tanto. También parecía bambolearse un poco. Entrecerró los ojos, apartó rápido la mirada y echó a andar hacia la salida del palco.

Anne sintió como si una tormenta se desatara en su interior al darse cuenta de su rechazo.

—Quiero irme a casa, Honoria —dijo, dándose cuenta con horro de que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Estoy harta de esto.

En realidad, estaba harta de todo: del teatro, de la alta sociedad y, sobre todo, del amor.

CAPÍTULO 25



Bueno, al menos eso era lo que pensaba, que estaba harta de todo. Hasta que su madre le suplicó, ¡sí, le suplicó!, que acudiera al primer baile de la temporada. No al primero oficial, sino al primero al que iba a acudir todo el mundo que quisiera ser visto.

—¡Vamos, Anne, tampoco va a ser tan terrible! —le dijo su madre casi nada más levantarse por la mañana—. Estoy segura de que todo el mundo se habrá olvidado por completo de lo que te pasó hace unos meses.

—No creo que sea así ni mucho menos —dijo Anne echando las manos hacia atrás, gesto que acompañó poniendo los ojos en blanco de forma muy dramática—. La temporada acaba de empezar, y ya sabe que durante el verano casi no se producen escándalos. Voy a ser la única fuente de diversión de la noche.

—Sólo hay una forma de acabar con eso —dijo su madre—. Levanta la barbilla, pon gesto de valentía y demuéstrales que nadie va a poder contigo. Además, ¿qué otra cosa puedes hacer, hija? ¿Quedarte sentada en el salón de casa durante toda la temporada? No lo creo, la verdad. —Le acarició la mejilla—. No olvides lo mucho que te gusta bailar, y los vestidos, y flirtear. ¡Ten presente que todo el mundo va a estar pendiente de ti cada vez que salgas a la pista de baile! —Puso una expresión soñadora.

—Las cosas cambian, madre —dijo Anne con tono taciturno.

—Pues entonces cámbialas —urgió su madre con sorprendente determinación—. Tienes que venir, Anne. No he visto a nadie desde hace muchísimo tiempo, y sería muy impropio que no me acompañaras.

Así que, para no sentirse culpable de dejar sola a su madre, allí estaba Anne sentada entre las «feas del baile». Nunca había pensado ni por un momento que, alguna vez, pasaría a formar parte de ese grupo. Mantenía la cabeza baja, mirándose las manos recogidas en el regazo y hablando sola.

«Sólo unas horas. Soportar esto y volver a casa. Aguantar un par de semanas más o menos a que surja un nuevo escándalo y todos se olviden de ti. O bien puedo urdir un plan para huir y empezar una nueva vida. ¡Sí, eso es! ¡Acabar con esto! Basta de hacer el paripé, basta de…

—¡Vaya! ¿Pero no es *lady* Anne Finchley…?

«¡Dios del cielo, no! Cualquiera menos ella, ¡cualquiera!

Anne respiró hondo y tragó saliva con fuerza. Le entraron ganas de huir a toda prisa y tan lejos como pudiera, pero no le iba a dar esa satisfacción a Gertrude. Se levantó y, recordando las palabras de su madre, alzó la barbilla todo lo que fue capaz.

—*Lady* Rumsfelter —dijo forzando una sonrisa—, que agradable volver a verla.

—Lo mismo digo —El brillo de sus ojos era revelador—. No esperaba verla a usted aquí esta

noche… en realidad, en toda la temporada. ¡Ah, me encanta cómo se ha arreglado el pelo! Su doncella ha hecho un buen trabajo intentando… ocultar la cicatriz con los rizos.

Anne apretó los puños, pero mantuvo la sonrisa. Eso era exactamente lo que Bridget había intentado, pero ni mucho menos iba a confesárselo a la muy arpía.

—Bueno Anne, tienes que contarme lo de lord Merryweather —dijo Gertrude tuteándola—. La última vez que os vi, él dijo que estabais prometidos, pero he escuchado que quizá eso ya no sea así.

A Anne le entraron ganas de negarlo, sólo por el hecho de que odiaba la sonrisa de satisfacción de Gertrude, pero no iba a escudarse en una mentira que tenía tan poco recorrido.

—No estamos prometidos —dijo a duras penas—. Como estoy segura de que ya sabes, Gertrude.

—¡Oh, Dios mío! —dijo llevándose la mano a la boca—. ¿Y qué pasó?

—En este momento preferiría no dar detalles. —Se le empezó a hacer un nudo en la garganta y los ojos le ardieron.

—¡Pobre querida mía! —dijo con falsa pena Gertrude—. Bueno, entonces lo que he visto hace un momento empieza a tener sentido —dijo inclinándose hacia ella y con tono conspiratorio —. Al comienzo del baile he visto a lord Merryweather con una de las hermanas Winterton. Parecían muy enamorados, y he pensado para mí que cómo era posible que tal cosa fuera así estando prometido con la pobre Anne… —Soltó una risita nerviosa—. Me alegra mucho que no sea así. Pues nada, Anne, te deseo que encuentre cuanto antes un nuevo pretendiente. Si alguien es capaz de superar todas las dificultades que tal cosa presenta, esa eres tú, querida.

Se volvió de inmediato y avanzó a toda prisa hacia un grupo de mujeres que la esperaban. Casi inmediatamente todas ellas miraron a Anne con poco disimulo y empezaron a reírse. Anne hizo lo que pudo para conservar la dignidad. Intentó mantener las miradas sin traicionarse a sí misma y mostrar lo mucho que todo aquello la hería. Pero al final fue más de lo que pudo soportar, y giró sobre sus talones, desesperada por encontrar dónde refugiarse de tanta maldad. No iba a huir. Sólo quería estar sola unos momentos.

* * *

ESA NOCHE, Christopher había logrado restringir la ingesta de alcohol a dos copas. Watson le había dicho con absoluta claridad que, si superaba ese límite, no volvería a dirigirle la palabra en toda su vida. Suspiró y miró a su alrededor. No quería estar donde estaba, rodeado de todas esas insulsas damas de la alta sociedad, siempre deseando de apuñalarse por la espalda unas a otras. Y sin embargo allí estaba, intentando distraerse y no pensar en lo que siempre pensaba, en ella y sólo en ella.

Cuando vio a Anne la noche anterior, al final tuvo que admitir lo que en realidad había sabido desde el momento en el que se fue de su casa: que había cometido un inmenso error. Su casa se había quedado tan vacía y tan solitaria como su corazón. En el momento en que le dio la espalda no se había dado cuenta de hasta qué punto había llenado el hueco que había en su vida, en su alma. Un hueco que, en realidad, ni siquiera sabía que existiera. Sin embargo, ahora que no estaba, lo que había dejado tras ella era una sensación de desesperación de la que no sabía cómo librarse.

Apoyó la espalda contra la pared y paseó la vista por la habitación. Las hermanas Winterton estaban allí, por supuesto. Su madre las empujaba hacia cualquier caballero que pasara cerca. Se habían lanzado hacia él nada más puso el pie en el salón, pero tras responder a su ataque con

unas cuantas palabras corteses, habían renunciado y lo habían dejado en paz. En esos momentos, una de ellas estaba intentando ligar con Watson, que apenas podía meter baza, pues la joven cotorreaba como si le fuera la vida en ello.

Christopher siguió con su observación del salón. Aunque en realidad no sabía para qué. Sin duda que Anne no estaría allí. Sabía que no había podido quedarse en el teatro la noche anterior, pues Watson le había contado que se había marchado durante el intermedio. Todavía era objeto de muchas habladurías. En realidad, los dos lo eran, lo cual estaba claro dadas las muchas miradas dirigidas a él durante toda la velada. Sabía que para ella habría sido muchísimo peor, sin duda alguna. Él no era más que un detalle de la historia. Sin embargo, ella era la historia en sí misma.

Fijó los ojos en una conversación que se estaba produciendo en un rincón. E inmediatamente su corazón dejó de latir. Porque allí estaba. Anne. Su Anne. ¿Por qué había sido tan estúpido? Estaba de espaldas a la pared, un sitio en el que nunca la había visto antes, un sitio que no era para ella. Hablaba con alguien, no estaba seguro de con quién, pero la expresión de su cara parecía algo desesperada. Christopher empezó a abrirse camino entre la gente. La necesidad de llegar hasta ella oscurecía todo lo demás. Si pudiera hablar con ella… Había sido muy orgulloso, demasiado, y muy estúpido, pero quizá estuviera a tiempo de rectificar y hacer las cosas bien.

Llegó casi a la altura de Anne y pudo escuchar las últimas palabras de *lady* Rumsfelter, que se referían a su propia conversación con *lady* Winterton. ¡Qué mentiras contaba esa mujer! Se indignó sobremanera, y cuando se separó de Anne, Christopher la siguió para pedirle, educadamente, que contara semejantes falsedades acerca de él… pero en ese momento pudo ver la cara de Anne. Ella aún no le había visto, pues seguía con la mirada a la arpía de *lady* Rumsfelter, que había vuelto con sus amigas; todas reían maliciosamente. Después, con la dignidad de una reina, se dio la vuelta para marcharse de la habitación. Christopher no la siguió de inmediato, pero en cuanto salió del salón de baile, Anne prácticamente echó a correr por el pasillo hasta que, al parecer, encontró una habitación adecuada y entró en ella dando un portazo.

—¡Anne! —casi gritó Christopher al tiempo que llamaba a la puerta—. ¿Puedo entrar?

Al no escuchar nada, giró el pomo para abrir la puerta de la habitación. Se trataba de una pequeña biblioteca, en la que de momento no fue capaz de ver a Anne.

—Anne —volvió a llamarla. Al tiempo que miraba por todas partes, hasta que por fin la vio entre dos estanterías llenas de libros de la parte de atrás. Las lágrimas rodaban casi a borbotones por ambas mejillas, a Christopher se le rompió el corazón. Esto no tenía que haber sucedido, nunca. No tenía que haber experimentado semejante dolor.

—Anne —dijo una vez más acercándose a ella. Quería confortarla por todo lo que estaba experimentando.

—¡No me toques! —gritó apartándose de él, que dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—Anne, lo siento muchísimo —dijo con desesperación, esperando que se diera cuenta de lo arrepentido que estaba—. No quería herirte, en ningún momento. Estaba equivocado. Dejé que el orgullo y… también la arrogancia, sí, se interpusieran entre nosotros. Lo siento, Anne, lo siento de verdad. ¿Vas a darme otra oportunidad?

Al escuchar eso levantó los ojos hacia él. El dolor era muy patente en su mirada.

—Christopher… —susurró—. No te has dirigido a mí, ni una sola palabra, en dos meses, desde el día que te dije que te amaba y tú me diste la espalda. Me destrozaste el corazón, por completo, haciendo que me sintiera aún más estúpida de lo que ya era, ¿y ahora piensas que con una simple disculpa voy a volver a caer en tus brazos, sin más?

Pues… la verdad era que sí, que eso era lo que había estado pensando, aunque seguramente

no sería muy inteligente por su parte confirmárselo. No había tenido tiempo suficiente para poner en marcha un plan, pues todo parecía haber cambiado desde que ayer la vio de nuevo.

—Me hiciste daño, Christopher, mucho más del que nunca habría podido imaginar —prosiguió—. Sé que hiciste muchas cosas por mí. Viniste a buscarme cuando necesitaba que alguien me rescatara. No me juzgaste, al menos al principio, sino que me ayudaste a recuperarme del daño físico y moral. Estuviste conmigo cuando necesitaba un amigo, pese a que estaba apartándote de tu vida y tus planes. Y accediste a casarte conmigo para salvarme de la humillación social.

Empezó a llenarse de esperanza. Si era capaz de reconocer todo eso, ¿significaba que lo estaba perdonando?

—Pero entonces —prosiguió con un profundo suspiro, y a Christopher le dio un vuelco el corazón— me diste la espalda cuando las cosas se volvieron demasiado distintas de tu plan para una vida perfecta. Me rechazaste, Christopher. Y la verdad es que la vida no es ni perfecta ni controlable. Porque, si lo fuera, ¿dónde estaría la sorpresa, la diversión? Sé que necesitas atenerte a tus planes, que todo sea previsible. Lo entiendo, y estaba bien dispuesta a adaptarme a ello, a hacer lo que necesitabas, a estar contigo, siempre y cuando hubiera cierto espacio para cierto toma y daca. Pero no lo aceptaste, Christopher.

—Ahora me he dado cuenta —dijo, y él mismo notó la desesperación en su voz—. Me costó demasiado llegar a entenderlo, lo sé, Anne. Fui un estúpido. Estos dos meses han sido un infierno. Ansiaba estar contigo, decirte lo que sentía, pero he sido demasiado orgulloso, ni más, ni menos. Una razón más por la que debo ser perdonado.

Anne suspiró y miró al suelo.

—Por desgracia no existe una lista que revisar, Christopher —dijo negando con la cabeza y la voz algo rota—. Necesitas una esposa que siempre se porte de forma apropiada y equilibrada, cuyo nombre no salga nunca en las gacetillas de escándalos. Una mujer que sea feliz por el simple hecho de ser tu condesa y cuidar de tu casa. Sé que sería capaz de amarte más que a nada, y también que lo haría bien gestionando tu casa y tu hacienda, pero necesito más que eso para ser feliz, y tú no puedes aceptarlo. Así que lo nuestro no es posible.

—Pero yo te amo, Anne… —. Había mucha desesperación en su voz. No era así como se lo que ría decir, sino hacerle ver que había llevado a su vida tanta luz y tanta alegría que merecía la pena por completo, mucho más de lo que nunca podría haber imaginado.

—Es demasiado tarde —dijo con tristeza. Inmediatamente después y tomándole del todo por sorpresa, salió andando muy deprisa en dirección a la puerta—. Adiós, Christopher.

CAPÍTULO 26



—¿Anne?

—¡Alastair!

Si había algo o alguien capaz de alegrarla, ese era su hermano. Anne se levantó de su sitio en la mesa y corrió hacia la puerta de entrada a abrazarlo. Estuvo a punto de llorar cuando la rodeó con sus brazos en un poco habitual gesto de afecto. De alguna forma se había dado cuenta de que esa noche necesitaba consuelo.

Había pasado una semana desde la última vez que vio a Christopher, y había esperado que, finalmente, el hecho de tener la oportunidad de decirle lo que pensaba cerraría su relación y que eso le permitiría seguir adelante. Pero el hecho de verlo tan destrozado, de escuchar sus palabras, sólo había conseguido destrozarla aún más. Cuando dijo que la amaba, sintió la absoluta necesidad de acceder a todo lo que quisiera de ella con tal de que de nuevo estuvieran juntos. Pero, en lo más profundo de su corazón, sabía que el hecho de renunciar a la gran pasión de su vida iba a conducir sin remedio a un futuro de amargura y resentimiento.

—¡Qué tal Hannah? ¿Y Olivia?

Alastair se sentó en la mesa junto a ella y contestó todas sus preguntas. Le dijo lo que quería oír, y todas las novedades. Su madre había salido para acudir a una función, pero esta vez Anne se había negado a hacerlo. De hecho, esa era la razón por la que Alastair había acudido: Anne estaba decidida a irse al campo y dedicar cierto tiempo a pensar qué era lo que quería hacer con su vida a partir de ahora.

—¿Cuándo quieres que nos marchemos? —le preguntó, una vez que le hubo hablado de ello.

—Pronto —contestó—. Mañana mismo, en realidad. No quiero dejar sola a Olivia mucho tiempo.

—Lo entiendo —dijo, encantada de dejar atrás Londres cuanto antes—. Voy a asegurarme de que la doncella lo tenga todo preparado.

A su madre no le agradó que Alastair se quedara tan poco tiempo, pero, una vez empezado el viaje, Anne se sintió muy aliviada, tanto que fue capaz de apoyar la cabeza en los almohadones y relajarse por fin. El movimiento del carruaje le resultaba extrañamente suave, y enseguida cayó en un sueño agradable y profundo.

* * *

SE DESPERTÓ y se incorporó al notar el aire fresco que entraba a través de la portezuela del carruaje. Miró a su alrededor, y vio que Alastair ya se había bajado.

—¡Alastair! —lo llamó, asomando la cabeza. No hubo respuesta, y empezó a descender los

peldaños de la escalerilla—. ¿Dónde estamos? Esto no es…

Esta no era su casa, no. Esto era Gracebourne… la casa de Christopher.

Se volvió y vio a Alastair de pie detrás de ella, bloqueando el camino de vuelta al carruaje. El corazón empezó a latirle toda velocidad, y la visión de su casa hizo que entrara en pánico. No deseaba enfrentarse a eso, otra vez no…

—Alastair, ¿qué significa esto? ¡Deja que vuelva al carruaje ahora mismo!

—Anne, podemos irnos, pero primero quiero que veas una cosa —dijo con mucha calma alzando una mano, sin dejarse afectar por su dramatismo.

—Alastair, Christopher y yo no estamos hechos el uno para el otro. Ha quedado demostrado muchas veces que somos muy distintos, e incapaces de encontrar una forma de estar juntos sin que uno de nosotros salga perdiendo y renuncie a sí mismo. Lo sabes muy bien. ¿De verdad quieres que vuelva a pasar por toda esta sórdida historia una vez más?

—Lo entiendo, Anne —dijo mirándola con incomodidad—. No obstante, y pese a todo lo que ha pasado, también sé que él te ama de verdad, te ama mucho. Vino a verme, y está destrozado. Te necesita.

—No estoy muy segura de eso —dijo. Su tono fue un tanto brusco, pues no le gustaba hablar de esas cosas con su hermano—. ¡Y yo no lo necesito a él!

—¿Estás segura de eso? —preguntó suavemente—. Ven. Concédele una hora. Si al cabo de ese tiempo sigues queriendo marcharte, nos iremos. ¿Podrás hacer eso? No quiero forzarte, Anne, pero por favor, te lo ruego, sólo una hora.

Suspiró y vio a Christopher a la puerta de su casa, con las manos en la espalda paseando de un lado a otro a grandes pasos.

—De acuerdo —dijo por fin Anne volviéndose hacia su hermano—. Una hora, eso será todo.

Subieron por la larga senda, con la mano de Alastair en su espalda, y ella le agradeció el apoyo, a pesar del engaño del que había sido objeto.

—Si no hubiera estado dormida, ¿me habrías dicho que veníamos aquí? —murmuró.

—No —contestó inmediatamente, y le escuchó reír entre dientes—, porque seguramente habrías saltado del carruaje.

Ella también estuvo a punto de reírse, pero se habían acercado tanto que ya podía ver la cara de Christopher. Parecía afligido, aunque al mismo tiempo también esperanzado.

Y ella estaba deseando salir corriendo hacia él y rodearlo con sus brazos, decirle lo maravilloso que era volver a verlo, y lo mucho que se arrepentía de haberlo rechazado. Pero se controló. «Este hombre no es para ti, Anne. Vosotros dos no podéis estar juntos y satisfechos con vuestras vidas.» Intentó fijar una sonrisa en el rostro, un gesto que no revelara la realidad de lo que estaba pensando o sintiendo. Se trataba de un amigo al que le apetecía ver. Eso era todo. «Mentirosa».

—Hola, Anne —dijo con gesto controlado mientras ella y Alastair subían por las escaleras hasta la puerta de entrada. Después inclinó la cabeza en dirección a su hermano—. Gracias, Breckenridge.

Anne miró a su hermano con el rabillo del ojo. Sabía que él quería que se casase con Christopher, o más bien que se casara sin más, pero esto era algo que no pensaba que fuera capaz de hacer. Tampoco es que su propio matrimonio con Olivia hubiera sido particularmente convencional. De hecho, si hubiera podido hubiera salido corriendo en dirección contraria. Se casó simplemente porque no tenía otra opción que hacerlo. Y ahora, la había traído hasta aquí porque, al parecer, Christopher y ella tenían cosas de las que hablar.

Christopher le hizo un gesto con la mano.

—¿Me acompañas un momento, Anne? Me gustaría enseñarte algo.

—De acuerdo —dijo asintiendo. Mantuvo la mirada al frente mientras la dirigió a través del vestíbulo y por el pasillo hacia la parte trasera de la casa. Ella ya sabía que la mayor parte de las estancias de esa zona estaban sin utilizar. Un invernadero limpio, pero casi vacío de plantas. Un par de salas de estar con el mobiliario cubierto con sábanas para evitar que acumulara polvo. Había recorrido Gracebourne en su anterior visita, no había sido capaz de controlar la curiosidad.

Christopher abrió la puerta del invernadero y la invitó a pasar delante de él. Entró sin saber lo que podía esperar y se detuvo de inmediato, anonadada ante lo que estaba viendo.

—¡Christopher! —susurró llevándose la mano a la boca.

Y es que, delante de ella había el escenario más maravilloso que había visto en toda su vida. Las pocas plantas que sobrevivían habían desaparecido, lo mismo que los muebles de las ya inexistentes y olvidadas habitaciones. El sol entraba por los ventanales e iluminaba la plataforma de madera, que seguramente se había construido hacía muy poco, pues el olor a madera fresca era penetrante. Colgaban del techo unas cortinas de denso terciopelo rojo, y frente al escenario había varias filas de asientos para el público. En los extremos de la amplísima habitación había algunas plantas, que sí que estaban cuidadas.

—¿Qué es esto? —preguntó, casi sin aliento. Pero Christopher no contestó. Se limitó a sonreír nerviosamente y después se acercó al escenario, subió los escalones y se colocó en el centro. Anne no le quitaba ojo, pues parecía estar tremendamente nervioso e incómodo. Se aclaró la garganta y movió los hombros para reducir la tensión.

Inspiró hondo.

«DEJA que no admita yo impedimentos
al enlace de dos almas afines.
Amor no es amor si cambia al encuentro
de condiciones adversas u hostiles.
¡O no! El amor es siempre una constante
que la tormenta no logra virar,
estrella de todo barco vagante,
de gran altura y valor sin igual.
No es bufón del tiempo, aunque la belleza,
bajo su hoz, queda mortalmente herida.
Las horas no le restan fortaleza
y perdura hasta el final de la vida.
Mas de probarse que estoy equivocado,
yo no he escrito nunca, ni el hombre ha amado.»

CUANDO TERMINÓ DE RECITAR, abandonó el escenario y se dirigió hacia ella, que estaba de pie, absolutamente embelesada. Por una vez en su vida, Anne se había quedado muda, sin palabras, sin saber qué decir ni cómo responder. Ni siquiera sabía qué pensar.

Christopher posó una rodilla en el suelo frene a ella, le agarró las manos y le quitó los guantes. Le pareció que la piel le ardía allí donde la tocaba, y pensó que, si el corazón se le aceleraba más, terminaría desmayándose.

—El soneto 116 de Shakespeare —susurró por fin, y él asintió.

—Anne —dijo con voz trémula de la emoción—. Ya sé que las palabras significan mucho, lo sé muy bien. Pero ya no sé cómo decirte lo muchísimo que te amo. Antes estaba muy equivocado, fui mucho más estúpido de lo que debería. Pensé que no encajarías en mi vida, pero no podía estar más equivocado. Y es que llenas todos los huecos de mi casa, de mi alma y de mi corazón. ¡Todos! Todo lo que me falta lo llenas con amor, con tu risa, con tu alegría, con tu luz. Este escenario es tuyo y sólo tuyo, te quedes conmigo o no. Puedes representar obras de teatro, invitar a actores, dirigir a aficionados… lo que te parezca. Sólo deseo que seas feliz. Si lo que decides es viajar para representar en otros lugares, lo único que te pido es que cuando regreses… sea a casa, a nuestra casa.

Tras escuchar sus palabras, Anne hizo lo que llevaba tanto tiempo deseando hacer: lanzarse a sus brazos, y con tanta fuerza que lo hizo retroceder. Le sujetó la cara entre las manos y lo besó, con fuerza y durante mucho tiempo, deseosa de él y de todo lo que le acababa de prometer. Se había equivocado al pensar que viviendo juntos chocarían con fuerza y sin remedio, pero, de hecho, él tenía razón, pues sus debilidades y fortalezas respectivas se complementaban. Lo único que tenían que hacer para entenderlo era dejar de lado su respectiva terquedad.

Al cabo de un rato la separó de él para poder mirarla a la cara.

—¿Eso es un sí?

—¡Pues claro, Christopher! ¡Sí y mil veces sí! Te amo, te amo muchísimo. No quiero viajar, pero sí actuar, y cantar. No me puedo creer que hayas hecho todo esto por mí, es lo más romántico que he visto en mi vida, sea en un escenario, en un libro o en el mundo real. Y te prometo que, cuando no esté actuando, actuaré de forma apropiada y formal.

En ese momento empezó a llorar a lágrima viva sin poderlo evitar. Christopher se inclinó hacia ella y le acarició la cara.

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

—¡Mucho mejor que bien! —dijo hipando y sollozando— ¡Te prometo que es la última vez que me comporto de forma tan dramática, de verdad!

Christopher empezó a reír con fuerza, y sus carcajadas llenaron la habitación.

—Te quiero, Anne Finchley, con toda mi alma.

—Y yo te quiero a ti, Christopher Anderson, y lo haré durante el resto de mi vida.

CAPÍTULO 27



Fue una suerte que Breckenridge hubiera guardado la licencia especial de matrimonio. Porque una vez que Anne y Christopher decidieron casarse, nadie quiso esperar más. Ni Anne, ni Breckenridge ni, por supuesto, Christopher.

Anne y su hermano se quedaron un día antes volver a casa. Breckenridge les había concedido tiempo para estar solos, aunque en todo momento recordándoles que no estaba muy lejos. Christopher aprovecho para enseñar su casa a fondo a Anne. Había muchas habitaciones que llevaban años sin abrirse, salvo para que los criados limpiaran el polvo de vez en cuando. Vio que a Anne le brillaban los ojos, y Christopher supo que estaba pensando en el uso que podría darles y, al menos eso esperaba, en los niños que podrían llenar esos dormitorios y salones, ahora deprimentes. Se le alegró el corazón al ver con qué gusto asumía su papel de condesa. Los sirvientes estaban encantados con ella, con su exuberancia y su cercanía, y él también con el hecho de que le consultara los posibles cambios que fuera a proponer.

—Sólo llevas un día aquí y esta casa ya se parece mucho más a un hogar —dijo mientras estaban sentados en un banco del jardín que había junto al antiguo invernadero, al que ahora Anne se refería como «el glorioso teatro».

—¡Vamos, Christopher, no seas bobo! —le dijo—. Llevas viviendo aquí toda tu vida.

—Eso es verdad —asintió—, pero desde la muerte de mi madre y la boda de mi hermana, la casa ha estado demasiado tranquila. Cuando vivía mi madre la casa era un estallido de luz y de alegría. Pero desde entonces… mi padre se volvió inaccesible. —Se puso serio—. Yo siempre he estado muy preocupado por hacer lo que debía, lo que se esperaba de mí. Pero tú has hecho que me dé cuenta de que lo que está bien a veces no es lo que los demás opinan que está bien, sino lo que te dicta tu corazón.

Sonrió al ver la alegre cara de Anne, que ahora sonreía ampliamente. Apoyó la cabeza en su hombro y se apretó contra él.

—¿Y qué es lo que te dice ahora tu corazón, Christopher?

—Que la vida sin ti no es vida.

Levantó un poco la cabeza y lo besó tiernamente. Los labios de Anne sobre los suyos eran lo más dulce que había sentido en toda su vida. La rodeó con los brazos y la apretó contra sí. Saber que estarían juntos el resto de su vida lo hacía sentir completo y feliz. Suspiró y sonrió. No tenía ningunas ganas de elaborar listas y comprobarlas, ni de hacer más planes, al menos de momento. Por ahora, todo lo que deseaba era estar sentado y disfrutar de su tiempo juntos.

* * *

UNA SEMANA más tarde

CHRISTOPHER SUBIÓ los recién tallados escalones de madera, en realidad era la segunda vez que lo hacía, y miró hacia el escaso número de personas que se habían reunido allí, sentados en las sillas alineadas que tenía frente a él. Era la primera representación que iba a tener lugar en ese escenario frente a un público real, y no había nada que pudiera parecerle mejor.

Breckenridge quería que la boda se celebrara en su casa, pero Anne insistió en que tuviera lugar aquí, en el escenario de su nuevo teatro. Finalmente había llegado a un acuerdo con Olivia, que le aseguró que tanto ella como la niña estaban en condiciones de hacer el viaje, pese a que los médicos no estuvieran del todo de acuerdo.

—¡No puedo quedarme ni un minuto más encerrada en esta casa! —dijo. No veía ninguna razón para que ella y la recién nacida pudieran irse por una noche, acompañadas de la enfermera.

Los asistentes, la familia de Anne y algunos amigos, entre ellos Watson, *lady* Honoria e incluso Ellen, se dieron la vuelta al escuchar algo detrás de ellos. Las puertas de invernadero se abrieron para dar paso a la novia. Christopher contuvo el aliento al verla del brazo de su hermano. Llevaba un vestido largo color rosa palo, con adornos de cuentas y encaje a los lados. El pelo estaba recogido por encima de la cabeza, aunque caían algunos mechones ondulados sobre la cara. Su sonrisa era radiante, y sintió una enorme felicidad al saberse la causa de su alegría, y no de sus lágrimas. Se juró que no volvería a hacerle daño nunca en su vida como se lo había hecho antes, ni tampoco permitiría que nadie se lo hiciera.

Subió al escenario por las escaleras laterales, y Christopher le estrechó la mano a Breckenridge antes de que el duque volviera a su asiento entre los asistentes. Anne se acercó a él, le tomó las manos y le dio un beso rápido, lo que provocó la risa entre los asistentes. El vicario emitió una tosecilla y frunció el entrecejo, pero Anne lo miró sonriendo y levantó el dedo índice.

—Antes de que empecemos con la ceremonia en sí, tengo algo que decir —empezó, y el vicario pareció algo alarmado; pero era la hermana de un duque poderoso y se casaba con el noble que supervisaba el pueblo de su vicaría, así que le indicó que siguiera adelante.

—Christopher —dijo volviéndose hacia él mientras sacaba una pequeña hoja de papel del corpiño del vestido. El aludido sonrió y procuró no reírse al ver que el vicario empezaba a protestar con gestos y balbuceos. Anne se volvió hacia el sacerdote frunciendo el ceño y siguió leyendo.

» Quiero que sepas lo mucho que agradezco el hecho de que me aceptes por lo que soy y por cómo soy, incluidas mis pasiones. Y también quiero que sepas que yo te amo por lo que eres, y que, aunque creo que es bueno que lleguemos a acuerdos y compromisos, en ningún caso deseo que cambies por mí. Así que… he confeccionado una lista de lo que me gusta de ti, y de los porqués.

Se aclaró la garganta, extendió el papel y se puso a leerlo.

—Primero, me encantan tus listas. Creo que son muy prácticas y, de hecho, ayudan a hacer lo que hay que hacer, y a hacerlo a tiempo. Eso es algo en lo que yo no destaco, por lo que es estupendo que mi marido sí.

» Segundo, me parece perfecto que planifiques. Eso significa que te preocupas, que dedicas tiempo y esfuerzo a tus asuntos y a los de los demás, y que no dejas de lado nada ni a nadie.

» Tercero, es maravilloso que pongas las preocupaciones de los demás por delante de las tuyas propias. Dejaste a un lado tu propia vida para venir a buscarme cuando te necesité, pese a tu evidente desaprobación.

» Cuarto, me encanta el que seas lo suficientemente terco como para no darte cuenta de que tienes el peor sentido de la orientación de todas las personas que he conocido. Y es que, de no tener este defecto, serías demasiado perfecto, y yo siempre me sentiría una estúpida estando a tu lado.

» Podría seguir durante bastante tiempo, pero lo que falta ya te lo diré más tarde en privado, porque estoy segura de que nuestros invitados se están empezando a aburrir. Pero, en quinto lugar, te dejo claro que te quiero tanto como tú a mí y tanto como sé que los dos querremos al resto de la familia que vamos a formar.

Christopher bajó los ojos, en los que empezaba a sentir una quemazón, y pestañeó rápidamente para eliminar la humedad que los empezaba a inundar. Le tomó las manos a Anne y le besó los nudillos de todos los dedos.

—No te merezco —susurró.

—¡No digas tonterías! —protestó mirándolo con gesto de consternación—, ¿Es que no has escuchado lo que he dicho? ¡Acabo de decirte algunas de las razones por las que sí!

El vicario dio un paso adelante, y estuvo a punto de separarlos de un empujón.

—Todo esto es de lo más inapropiado —dijo, y aunque Christopher estaba de acuerdo, tampoco es que le importara demasiado—. ¿Podemos seguir adelante con la ceremonia?

—Sí —contestaron ambos al unísono, y el vicario se colocó frente a ellos y empezó a recitar las palabras de la liturgia de los votos antes de que Anne volviera a interrumpir la ceremonia con cualquier otra ocurrencia.

Anne siguió la ceremonia de forma adecuada, diciendo lo que le tocaba en su momento, aunque cuando el vicario dijo lo de: «¿Prometes amarlo y obedecerlo…?», levantó una ceja. Al verla torcer el gesto, Christopher supo que estaba conteniendo una sonrisa.

—Lo… lo prometo.

—Muy bien —dijo el vicario, al parecer aliviado, y Christopher supo que se pasaría el resto de su vida preguntándose qué palabras iba a pronunciar en las situaciones que se dieran de ahora en adelante. Sería toda una aventura, de eso estaba seguro.

Cuando terminó la ceremonia, una vez abandonado el teatro y ya al otro lado de las puertas, Christopher por fin le dio un beso en los labios antes de que se acercaran a ellos los invitados.

Pero no fueron lo suficientemente rápidos, pues ahí estaba ya Breckenridge con su clásico carraspeo de atención. Los miró como si fuera a decir algo, pero inmediatamente alzó las manos como dándose por vencido y sonrió.

—No importa —dijo—, ahora ella es responsabilidad tuya, no mía.

Anne le dio un golpecito a su hermano en el antebrazo antes de que se fundieran en un cálido abrazo, y enseguida todos se dirigieron a celebrar el desayuno de bodas. Todo se había preparado muy rápido, por lo que no fue el mejor banquete de la historia, pero lo disfrutaron exactamente igual.

Había una persona con la que Christopher quería hablar antes de que se completara la celebración. Tras el desayuno, todos se habían retirado a la sala de estar. Lo habitual era que los caballeros se juntaran por su cuenta, pero Christopher había decidido que quería pasar el día completo en compañía de su esposa.

—Señorita Anston —dijo, tras recibir una breve y algo apocada felicitación de la joven morena, alta y de pelo largo que ahora estaba a su lado—, ¿dispone usted de un momento? Me gustaría comentar algo con usted.

—Por supuesto —contestó, aunque lo cierto es que no parecía muy entusiasmada con la perspectiva, cosa que tampoco sorprendió a Christopher. La condujo a una zona alejada y

tranquila, junto a una ventana desde la que se veía el campo. Christopher se dio cuenta de que rehuía su mirada.

—Señorita Anston, no he sido justo con usted —empezó, y sus palabras hicieron que la joven se volviera rápidamente a mirarlo, muy sorprendida. Las disculpas empezaron a fluir con inesperada facilidad—. Le eché a usted la culpa de muchas cosas de las que le habían pasado a Anne, pero lo cierto es que usted no tuvo la culpa de nada. Para mí usted era un recordatorio de lo que le había pasado, y me resultaba penoso revivirlo. Fui grosero e irrespetuoso con usted, que no hizo otra cosa que ayudar a Anne cuando ella más lo necesitaba, y ayudarla muy bien. Le ruego que me perdone por ello.

Lo miró durante un momento como si no estuviera segura acerca de cómo contestarle.

—Pues… por supuesto que sí —dijo por fin.

Christopher se sintió enormemente aliviado. ¿Quién podía haber pensado que renunciar a sus modales tercos le iba a librar de algunos de los agobios que solían preocuparle?

—Yo le entiendo muy bien, milord —dijo Ellen—. Debió de resultar muy penoso ver herida de esa manera a alguien a quien amaba tanto.

—Por favor, no me llame milord, señorita Anston. Es usted amiga de la familia.

Su cara se iluminó con una cálida sonrisa.

—Desde que se marchó de aquí, ¿dónde ha estado viviendo? —Sabía que Anne la había estado buscando con ahínco, y que había disfrutado con ello, pero no conocía los detalles.

—Pues en el pueblo —contestó mirando al suelo—. El médico no vive en los alrededores, y al parecer necesitaba ayuda para tratar los problemas más habituales y menos graves. Yo no quería volver a dedicarme al teatro, y no me refiero a… esa compañía en particular, sino a la actuación en general. La verdad es que creo que no lo hacía mal, a pesar de todo, y gané algo de dinero. Pero estaba harta de ir de acá para allá, y me he dado cuenta de que… me gusta vivir aquí.

—¿Tiene usted un sitio en el que vivir?

—Sí, lo tengo —respondió enseguida—. Una pareja mayor muy agradable me ha acogido en su casa. Sus hijos ya son mayores y se han marchado. Es un sitio tan bueno como cualquier otro, al menos por un tiempo.

—Si lo desea, aquí siempre tendrá un sitio, si le apetece.

—Gracias, mil… lord Merryweather, se lo agradezco de verdad. Pero creo que, al menos por un tiempo, voy a seguir mi propio camino.

—De acuerdo —contesto—. No se sienta aquí como una extraña, señorita Anston, ya se lo he dicho.

—¡Descuida, no se va a sentir así! —dijo Anne, que se había acercado a ellos. Sonreía ampliamente al ver que habían superado sus diferencias y se llevaban bien.

—Por supuesto que no —confirmó Ellen—. Les deseo toda la felicidad del mundo. Y ahora me marcho. Hasta la vista Anne, lord Merryweather.

—Adiós y gracias, Ellen.

CAPÍTULO 28

A Anne le encantaba hacer de anfitriona, pero esta vez se sentía muy aliviada de que los invitados se marcharan ya esa tarde. Llevaba bastante tiempo deseando quedarse sola con Christopher, y ahora que ya estaban casados, no había nada que se lo impidiera.

Iba a buscarlo al estudio cuando el mayordomo y el ama de llaves la detuvieron.

—¿Puedo hablar con usted, *milady*?

—Por supuesto —dijo, mirando alternativamente a uno y otro—. ¿Ocurre algo?

—No, nada especial —contestó de inmediato el ama de llaves, la señora Allen.

—De hecho, es todo lo contrario —añadió el mayordomo.

—Sólo queríamos decirle lo contentos que estamos de tenerla aquí, *milady*. Lord Merryweather nunca había estado tan… feliz, si me permite la expresión —explicó la señora Allen.

—Ya…, y por fin los ha dejado a ustedes a su aire, sin estar tan encima, ¿es eso lo que quieren decir? —preguntó Anne alzando las cejas.

—¡No, no tiene que ver con eso, *milady*! —indicó Dibney enseguida—. Sólo queríamos decir que…

—¡No hay ningún problema! —dándole unos golpecitos en el brazo al mayordomo y sonriendo a la señora Allen—. Lo entiendo perfectamente. Lord Merryweather tiene tendencia a… involucrarse mucho en todos los asuntos que le afectan.

—Nosotros lo único que queremos es que no se preocupe de cosas que no son tan importantes y que nosotros podemos solucionar perfectamente —explicó la señora Allen.

—Entendido —concluyó Anne—. Ya me encargaré yo de que esté ocupado.

Mientras se alejaban, en su cara se dibujó una sonrisa, que los sirvientes no pudieron ver, al pensar en la forma en la que lo entretendría. Ahora lo único que tenía que hacer era encontrarlo y ponerse a la tarea.

—¡Christopher! —exclamó al encontrarlo por fin en su despacho—. Los invitados acaban de marcharse. ¿Se puede saber qué diablos estás haciendo?

—Quería revisar una cosa, sólo para asegurarme —dijo sin levantar la vista de los papeles—. Sólo será un momento, y en cuanto me la quite de encima, seré tuyo el resto del día, te lo prometo.

Hizo unas marcas sobre la hoja de papel, que seguramente tenía una lista escrita, pensó Anne riendo para sí. Finalmente alzó la cabeza y la miró.

—Hecho —dijo, dejando la pluma sobre el escritorio. Colocó los papeles, se levantó y se acercó a ella.

—Y ahora, querida esposa, ¿tienes algo en mente?

Lo miró con fingida inocencia y sonrió.

—Sí, pero creo que será mejor que te lo enseñe.

—¿Qué me lo enseñes? ¿El qué? ¿Dónde?

—Sígueme.

El corazón empezó a latir a toda prisa cuando lo tomó de la mano y lo condujo fuera del despacho, por el pasillo y hasta el que sabía que era el dormitorio de él.

—Christopher —empezó, deteniéndose frente a la puerta—. Sé que lo habitual y socialmente propio es que tengamos dormitorios separados. Pero, aún siendo así, no estoy de acuerdo con eso.

—¿No lo estás?

—No. Puede que tú no estés de acuerdo, pero te voy a dar razones muy poderosas por las que creo que deberíamos compartir habitación… y cama.

Los ojos de Christopher se ensombrecieron al verla acercarse y prácticamente empujarlo contra la puerta del dormitorio, y hasta tropezó con el pomo. Lo abrió y los dos casi se precipitaron dentro. Cerró la puerta y fue él quien se inclinó hacia ella a continuación.

—¿Y cuáles son tus argumentos para defender semejante cosa? —preguntó, con la boca sólo a milímetros de la de ella—. ¿Has hecho una lista?

—Pues… sí, mira por dónde, la he hecho —contestó con voz ronca y las manos apoyadas en su pecho, sin poder evitar acariciar el chaleco y la camisa de lino. Empezó a desabotonar el chaleco empezando desde la cintura. Cuando terminó, le quitó el chaleco por los hombros.

—Primera, si dormimos juntos estaremos mucho más calentitos.

—De acuerdo. —Le puso las manos en la espalda y empezó su turno de desabrochar prendas, empezando por el vestido.

—Segunda, ahorraremos trabajo a las criadas, que sólo tendrán que arreglar una cama y un juego de sábanas y almohadas.

—Esa razón es de peso. —Le sacó el vestido por los hombros y empezó a besare la piel que quedaba expuesta. Anne se estremeció.

—Tercera… si… si tengo una pesadilla, estarás cerca para ayudar a que se me pase el miedo.

—No quiero estar lejos, de ninguna manera. —Le acarició el pecho y ella echó la cabeza hacia atrás. Él lo aprovechó y la besó en el cuello.

—Cuatro… me he olvidado de lo que puse en la lista.

—Cuatro —continuó él, quitándole el vestido por los pies, que cayó al suelo dejando un estallido de color rosa—. Podemos pasar juntos las mañanas si nos apetece sin tener que vestirnos siquiera.

—Esa… es una buena razón —jadeó ella, desabrochándole ahora los botones de la camisa con bastante menos cuidado.

—Y quinta y última, a mí me gusta que las listas tengan cinco puntos, porque podré hacer esto… —A través de la camisola, le tanteó con la lengua uno de los pezones—. Y también esto… —Bajó la mano a lo largo del cuerpo y empezó a acariciarle los genitales— todas las veces que me apetezca.

Anne se había quedado muda, pero sí que soltó un gritito cuando la tomó en brazos y la condujo a la cama. Se las apañó para sacarle la camisola por la cabeza y también el corsé. Se sintió extraña durante un momento, desnuda frente a él, pero él enseguida empezó a quitarse también el resto de la ropa, por lo que la vergüenza desapareció inmediatamente.

—¡Por Dios todopoderoso! ¿Qué se supone que vas a hacer con eso…?

Se quedó quieto durante un instante y la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es que no sabes…? A ver, me doy cuenta de que eres inexperta e inocente, por supuesto, pero supongo que estás al tanto de… lo que pasa entre un hombre y una mujer…

—¡Sí, sí, claro que lo sé! —dijo con gesto de asombro—, lo que pasa es que temo que no vamos a poder… ajustarnos. ¿Cómo demonios puedes caminar todo el día por ahí con… eso metido en los pantalones?

No pudo por menos de reírse, con una risa franca y profunda que a ella le produjo escalofríos en todo el cuerpo y también una calidez que surgió desde el interior del vientre. Podría escuchar su risa durante todo el día, pensó, pero inmediatamente volvió a centrarse en la tarea que tenía entre manos, por decirlo así.

—¿Quién te ha hablado de este tipo de… actividades?

—Olivia —contestó, levantando la vista hacia él cuando se colocó encima de ella, apoyándose en los codos.

—Ya. Pues puede que a Olivia se le haya olvidado mencionar una o dos cosas. No la culpo, siendo como eres para ella como una hermana —dijo inclinando la cabeza levemente—. A ver qué te parece, Anne: acércate, bésame, y vamos a ver cómo se desarrollan las cosas. Si en un momento dado no quieres seguir adelante, me detendré, no lo dudes. Lo haré siempre que me lo digas, pararé. ¿Te parece bien?

—Tus planes siempre son perfectos —dijo sonriendo. La tensión que se había apoderado se relajó—. Pero vas a tener que guiarme, paso a paso.

—¡Mira que eres atrevida, pequeña! —dijo, y prácticamente se abalanzó sobre ella, que dio un gritito de alegría cuando su recio cuerpo se situó encima, haciendo que se hundiera en el colchón. Después Christopher se apoyó en los codos—. Creo que ya va estando bien de palabras. ¿Qué te parece si te doy una lección práctica en vez de hablada?

—Seguro que estará bien —dijo intentando mantener la compostura, aunque lo único que podía sentir en ese momento era ansia de él.

Empezó dándole un beso rápido en los labios, después subió a la nariz y a la frente. Volvió a la boca y después pasó al cuello, prácticamente sin apartar los labios de ella. Prosiguió por los pechos, el estómago y después el interior de los muslos. Anne estuvo a punto de caerse de la cama de puro placer. Nunca había sentido algo tan exquisito, pero a la vez tan estimulante y deseosa de más.

—Christopher… —jadeó. Deseaba más de él, aunque no sabía qué. Pero él sí que lo sabía. Encontró los pezones, que atendió como es debido mientras le abarcaba el sexo con la mano, acariciándolo, rozándolo y haciendo que se sintiera como si fuera a perder la cabeza.

De forma instintiva, Anne alzó las caderas y le tomó la cara entre las manos para acercarla a la de ella. Lo besó de forma profunda en intensa, mostrándole lo que deseaba, lo que necesitaba de él.

Christopher se interrumpió durante un instante para preguntarle.

—¿Estás preparada? —Asintió al susurro y se tensó a la espera de lo que pudiera venir. Lo sintió en las proximidades, y cerró los ojos intentando no pensar en la enormidad de su miembro viril. De verdad no tenía ni idea de cómo podría adaptarse a su interior. De forma muy lenta, empezó a penetrarla, y de repente se olvidó de sus miedos y alzó las caderas para recibirlo.

—¡Ay! —gritó junto al hombro de Christopher, y ella le hizo una caricia suave con los dedos —. Relájate un momento, mi amor —dijo—. Y avísame cuando vuelvas a estar preparada.

De entrada, pensó que nunca lo estaría, y hasta le pareció que esto no iba a funcionar como debía. Pero enseguida empezó a desaparecer el dolor punzante que había sentido, lo que dio paso al deseo impetuoso de seguir, de tener más de él, y empezó a moverse a ritmo y voluntad

propias.

Christopher la miró, y al ver que asentía, empezó a adaptar sus movimientos a los de ella.

Lo que vino era mucho mejor de lo que podía haber imaginado jamás. Se sentía… en la gloria. En un momento dado dejó de pensar, dejando que cuerpo y mente volaran libres para explorar y disfrutar las sensaciones que la llenaban.

—¡Christopher! —gritó al notar que algo inmenso crecía dentro de ella, algo que parecía que iba a explotar de un momento a otro, y que deseaba desesperadamente que se produjera.

—¡Llega, Anne! ¡Llega por mí! —dijo él, y Anne no sabía a qué se estaba refiriendo cuando, de repente, aquella sensación inicial volvió a su bajo vientre y explotó sin control en dirección a todos los confines de su cuerpo. No supo si había gritado. Christopher, por su parte, pronunciaba guturalmente su nombre y se estremecía encima de ella.

Antes de que pudiera darse cuenta, Christopher cayó en la cama a su lado, la apretó contra él y juntó su frente con la de ella.

—Christopher —dijo.

—Mm…

—Ha sido increíble.

—Sí, increíble.

—¡Ah!, y otra cosa…

—¿Cuál?

—¿Crees que es adecuado que compartamos dormitorio… y cama?

Rio con ganas.

—Creo que lo has dejado del todo claro. Me ha gustado mucho lo que has incluido en la lista, pero la explicación práctica ha sido mucho mejor.

Ella rio también, y después se volvió para volver a besarlo, un beso que sabía a felicidad para siempre.

EPÍLOGO

—¡Muy bien, Bobby! Y ahora a ver si declamas bien tu texto.

—¿Qué quiere decir eso, *milady*?

—Pues quiere decir que tienes que pronunciar cada sílaba lo más claro que puedas. Muy bien, ahora…

—¿Y qué es una sílaba?

Christopher sonrió al ver la sonrisa más que forzada de Anne mientras trataba de explicar al chico qué era una sílaba. Salió del teatro y siguió por el pasillo hasta su despacho. Anne había decidido compartir su escenario. Ahora dirigía a un grupo de lugareños tanto del pueblo como de los alrededores, además de personas como, por ejemplo, una de las hermanas Winterton. Preparaban una obra que iba a estrenarse a finales de mes, y además estaba preparando otra obra corta en la que sólo participaban niños. Christopher no estaba seguro qué le resultaba más difícil, si dirigir a los adultos o a los niños. Ellen la ayudaba, y además iba a ser la protagonista de la obra principal.

Él no se había involucrado, por supuesto, aunque le gustaba presenciar los ensayos de vez en cuando, para ver a Anne en acción. Ni que decir tiene que era entretenido, pero cuando más disfrutaba era viéndola ensayar canciones sola con el pianoforte, y escuchar su extraordinaria voz llenar el recinto del pequeño teatro. Ahora no podía entender cómo, en algún momento, había pensado que su voz debía ser casi silenciada, y no compartida en todo su esplendor con todo el que quisiera oírla. Hubiera sido una verdadera tragedia, y sólo por su culpa. Y es que tenía un talento superior a todo lo que había visto antes. También podía actuar, pero su voz… su voz era increíble.

Estaba perdido en sus pensamientos acerca de ella cuando su administrador llamó con los nudillos a la puerta del despacho, y cuando vio que era él le hizo una seña para que entrara. Siempre le gustaba estar al tanto de todo y estar seguro de que las cosas iban como debían.

Cuando se fue el administrador, Christopher notó que había alguien en la habitación. Levantó la vista y vio a su esposa. Sonrió ampliamente al verla acercarse, y le hizo un gesto para que se sentara junto a él.

—Hola querido —dijo, dándole un rápido beso en los labios—. ¿Has disfrutado con la actuación de Bobby?

—¿Cómo sabes que estaba allí?

Se encogió de hombros y apoyó la cabeza en el de él.

—No me preguntes por qué, pero siempre sé cuándo estás en la misma habitación —dijo—. ¿Quieres venir al próximo ensayo?

—¡No, no, en absoluto! —dijo riendo—. Aunque la verdad es que me gusta ver cómo

intentas dominar a esos granujillas.

—¡No son unos granujillas!

—¿Entonces qué son?

—Pues… pícaros, pillos —dijo—. Me han dicho que yo era más o manos así de pequeña.

—Pues mira, eso sí que me lo puedo creer.

—Bueno, Christopher, en realidad había venido a decirte una cosa. Estaba pensando en invitar a un grupo a actuar en nuestro teatro el mes que viene —dijo—. ¿Qué opinas de eso?

La miró levantando las cejas mientras pensaba en el asunto.

—Pues… opino que sería magnífico para ti y para muchos de nuestros vecinos —dijo despacio—. Aunque esta vez, si decides unirte a ellos, dímelo a mí primero, ¿de acuerdo?

Se le aceleró el pulso mientras lo decía. Quería creer que no le importaba la idea de que viajara de vez en cuando, pero lo cierto era que le preocupaba su seguridad, y mucho. En cualquier caso, le había prometido que no se lo impediría, y tenía que ser fiel a su palabra.

Le sorprendió su risa, y exhaló un suspiro de alivio que ni siquiera sabía que había estado conteniendo.

—¡Oh, Christopher! —exclamó—. ¡Nunca volveré a alejarme de ti otra vez! Soy muy feliz representando aquí y compartiendo mi amor por la escena con otras personas. Además, no creo que fuera adecuado viajar por la campiña dada mi condición actual…

—¿Tu condición?

—Sí —confirmó con un brillo en los ojos—. A nadie le gusta ver en el escenario a una mujer embarazada.

Christopher dio un grito nada propio de él, la levantó en el aire y empezó a dar vueltas por la pequeña habitación, hasta que puso cara de susto y la depositó suavemente en el suelo.

—Me temo que no debería hacer esto…

—No seas bobo —dijo Anne poniéndole una mano sobre el brazo—. Aún es muy pronto. ¿Estás preparado, Christopher, de verdad? Porque, si algo es capaz de cambiar nuestras vidas, es un hijo. O un granujilla, como dices tú.

—No hay nada que desee más —dijo, dándole un besito en la punta de la nariz—. Incluso aunque den tantos problemas como tú das.

—Tu vida sería muy aburrida si no te causara algunos problemas.

—Eso me han dicho —dijo sonriendo—. ¿Y sabes una cosa, Anne? No me gustaría nada que fuera de otra manera.

* * *

QUERIDO LECTOR,

¡Espero que haya disfrutado con la historia de Anne y Christopher! Si ha leído toda la serie «Y fueron felices para siempre», espero que le haya aportado mucha felicidad y amor.

Próximamente en español: ¡El misterio del duque de Debonair! Ya se puede reservar y estará disponible el 12 de julio.

Mientras tanto, ¿has leído Los escándalos de las inconformistas? Empieza con Diseños para un duque y lee el avance en las próximas páginas.

Si aún no recibes mi boletín de noticias (*newsletter*), ¡no esperes más, únete a nosotros! Recibirás además enlaces a regalos, novedades, ventas, descuentos, etc.; sabrás que, entre otras cosas, soy adicta al café, que lucho con denuedo para que mis plantas sobrevivan y que descubro

casi cada día los tremendos líos en los que se puede meter un perro adorable, pero con aspecto de lobo.

Español
English

También puedes entrar a formar parte de mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair’s Ever Afters, para así estar en contacto diario.

¡Hasta la próxima, y feliz lectura!

Con mucho cariño,

Ellie

UN ANTICIPO DE DISEÑOS PARA UN DUQUE

LONDRES ~ 1820

La aldaba parecía fruncir el ceño.

Rebeca inclinó la cabeza para poder observar mejor el gigantesco león que la miraba fijamente a los ojos. Este en especial parecía muy serio y estoico, con los ojos entrecerrados por el enfado y, quizá, también debido a una cierta preocupación. Si lo que buscaba el duque era disuadir a los visitantes, no cabía duda de que el león de bronce ayudaba.

—Una aldaba debería ser acogedora, ¿no cree? —le preguntó a su padre, que estaba haciendo su propia inspección de la fachada exterior de la casa.

—La verdad es que es una pena —murmuró él mirando alrededor—. Una mansión de este tamaño, en pleno centro de Londres, escondida desde hace años de todas las miradas… ¡Fíjate en los jardines de la parte sur! Pero Beca… ¿por qué no estará terminada?

—Es verdad —dijo mirando también alrededor con los ojos cada vez más abiertos. A primera vista y desde lejos parecía un tanto extravagante, pero cuando se observaba más de cerca estaba claro que no se habían completado los detalles de acabado—. Veamos qué ocurre con el interior. Pero, padre, no creo que debamos comentar nada acerca de nuestra primera impresión hasta saber exactamente para qué nos han llamado.

—¡Es evidente que desean contratarnos! —exclamó su padre algo molesto—. Soy muy solicitado, Beca. ¡Muy solicitado! Y he oído hablar mucho de Wyndham House, ¿sabes? Los planes iniciales planteaban que fuera bastante grande, pero no hace falta que nadie nos diga la razón por la que no está terminada; es absolutamente obvia. Está claro que el diseño inicial tenía fallos. El duque tiene que saber que *no* voy a limitarme a seguir los diseños de otros.

—Padre, necesitamos este encargo —dijo Rebeca moviendo nerviosamente el pie y esperando que su padre no manifestara sus apasionadas críticas acerca de la que era una de las mansiones más lujosas de Londres.

Todo el mundo conocía Wyndham House, pues era una de las que habían dejado más huella en la ciudad. No obstante y al menos en parte, su fama también se debía al hecho de que, en cierto modo, se había convertido en un misterio.

Ya hacía casi una década desde que se puso la primera piedra del edificio, pero durante los últimos ocho años nadie había puesto el pie en ella, excepto los criados. El recientemente fallecido duque había estado muy enfermo durante sus últimos años de vida, y sus únicos visitantes habían sido médicos y cuidadores, dado que no tenía familiares cercanos.

Y en parte esa era también la razón por la cual el ducado había ido a parar a las manos de aquel hombre, un primo lejano, que al parecer nunca tuvo el menor indicio de que algún día se iba a convertir en uno de los hombres más poderosos de Inglaterra.

La verdad es que todo era bastante intrigante. Pero Rebeca quería dejar de lado los chismorreos y la fascinación que rodeaban al nuevo duque y centrarse en la tarea que le esperaba. Sin lugar a dudas, iba a necesitar toda su experiencia y concentración.

Cuando se abrió la puerta soltó un profundo suspiro.

—Buenos días —saludó un hombre que Rebeca asumió que era el mayordomo, aunque era mucho más joven que cualquiera de los mayordomos que había conocido en su vida.

Era alto, guapo y de maneras juveniles. Al mirar a Rebeca de arriba abajo le brillaron los ojos, e inmediatamente se volvió para dirigirse al padre.

—Usted debe de ser el señor Lambert —dijo—. Soy Dexter. Pasen, por favor.

Rebeca y su padre entraron en el vestíbulo, y ambos se interesaron inmediatamente por la casa que los rodeaba, y no por sus moradores humanos.

Se veía que el vestíbulo estaba diseñado para impresionar, pero le faltaban los detalles que debía tener un gran espacio terminado y completo. La cúpula del techo estaba sin acabar, y Rebeca pensó que una incrustación de oro haría que brillara como el sol. Incluso podría tener diamantes. Había hornacinas en las paredes, sin duda pensadas para colocar estatuas u otras obras de arte, y el arco del fondo dejaba atisbar una gran escalinata. Rebeca pensó que el aspecto del vestíbulo sería mucho mejor si no hubiera pared y la magnífica escalera estuviera inmediatamente a la vista de los visitantes, dándoles una espléndida bienvenida. Sin duda merecería la pena hablar de ello.

Dexter esperó pacientemente a que padre e hija terminaran la revisión inicial, y después los tres quedaron mirándose entre sí.

—Eh… ¿el duque está en la casa? —preguntó finalmente Rebeca. El mayordomo, de pie frente a ellos, parecía inesperadamente indeciso.

—Ese es precisamente el asunto, señorita…

—Lambert. El señor Lambert es mi padre.

—Ah, claro, señorita Lambert. Se suponía que el duque iba a estar aquí para recibirlos, pero aún no ha vuelto a casa.

—Entiendo —dijo Rebeca asintiendo, pero la verdad es que se molestó bastante. Así que el nuevo duque, pese a su supuesto origen plebeyo, ya se comportaba como el resto de la nobleza —. ¿Le esperamos?

—¡Por supuesto! —contestó Dexter, aunque no hizo ademán alguno de mostrarles el interior de la casa.

—¿Podríamos ver el salón principal? —sugirió ella alzando una ceja.

El mayordomo parecía un tanto aturullado.

—Quizá el salón de estar resulte más conveniente.

—Muy bien —dijo Rebeca armándose de paciencia.

Así pues, fueron relegados al salón de estar. Por lo que parecía no eran lo suficientemente elegantes para que se les mostrara la sala más importante de la casa.

Probablemente Dexter siguiera las instrucciones del propio duque. Rebeca se había relacionado con la nobleza más de lo que hubiera deseado, siguiendo a su padre de un encargo en otro. En muchas mansiones se los consideraba sirvientes de alto rango, pese a que su padre había adquirido cierto prestigio a lo largo de los años, y más cuando su nombre empezó a ser cada vez más conocido. No obstante, a ella solían mirarla sin verla, como si fuera un mueble más.

—¿Te das cuenta, Beca? —le murmuró su padre al oído—. Sin terminar. Desigual. ¡Bochornosa!

Estaba de acuerdo con las dos primeras valoraciones. Pese a que la casa llevaba ya una década en pie, muchas de las paredes seguían desnudas y sin adornos, y algunos de los techos estaban a medio pintar. Había cortinas en algunas ventanas pero no en otras, y el mobiliario presente parecía ser provisional, a la espera de que se adquiriera el definitivo.

Resultaba obvio que tal día no había llegado aún.

Atravesaron el vestíbulo y una habitación que a Rebeca le pareció la sala de baile. No había más muebles que dos mesas largas, sobre las que descansaba una colección de objetos bastante curiosos.

Se distrajo tanto con ellos que tropezó con su padre, que se había detenido y miraba con los

ojos abiertos como platos lo que había delante de él.

—¡Pero qué demonios…!

—¡Padre! —advirtió Rebeca para frenarle. En ese momento el líquido verde de uno de los tubos que estaban sobre la mesa empezó a burbujear. Rebeca tiró de su padre y dio un paso atrás.

Justo en el momento en que el líquido explotó y salió disparado del tubo, una mujer con un vestido verde, alta y delgada, entró en la habitación a todo correr.

—¡Lo siento mucho! —dijo. Su nerviosismo era evidente, y procuraba apartar los mechones rubios que flotaban alrededor de la cara, aunque en ningún momento se la tocó con las manos enguantadas—. De haber sabido que íbamos a tener visitas habría colocado todo esto en otra habitación. Aunque hay que decir que estoy muy cerca de…

—¡Jemima!

—¡Oh, madre! —La joven se dio la vuelta al tiempo que una mujer elegantemente vestida y de pelo blanco entraba a toda vela en el salón. Rebeca pensó que la palabra «caminar» no habría descrito adecuadamente la entrada de la dama. A su alrededor, rodeándola como una nube invisible, flotaba un aroma floral.

—¡Hola a todos! —saludó agitando recatadamente una mano. A Rebeca le dio la impresión de que la mujer tenía un aire casi regio. Cosa que probablemente ahora no estaba tan alejada de la realidad, pues debía tratarse de alguien muy allegado al duque—. Usted debe de ser el arquitecto. Por favor, espérenos en el salón de estar. Estamos deseando mantener la conversación que tenemos pendiente. Dexter, por favor, acompáñelos. Y la próxima vez quizá sería mejor que los llevara por el otro camino, a través del salón principal, ¿no le parece?

—Muy bien, señora St. Vincent —dijo al tiempo que hacía la reverencia más corta que Rebeca había visto en su vida. Después agitó la mano indicando que le siguieran.

Rebeca y su padre intercambiaron una mirada, y ella se encogió de hombros y urgió a andar al arquitecto con un gesto; pero los dos dieron un brinco al escuchar la explosión que se produjo detrás de ellos.

—¡Lo siento! —dijo la mujer más joven, que sin duda era la señorita St. Vincent, encogiéndose mínimamente y saludando con la mano antes de volverse hacia la mesa.

—¡Qué cosa más curiosa! —murmuró el padre de Rebeca al tiempo que entraba en el salón.

Aunque, como las demás, esa habitación tampoco estaba terminada, a Rebeca le llamó la atención el amplísimo ventanal veneciano que se abría al patio posterior. Tras él se observaba una gran zona verde de enorme potencial para expandir los actuales y escasos jardines. «Esta habitación debería ser el centro neurálgico de la casa», pensó Rebeca. Lo importante debía ser lo que se veía a través de la ventana y no el mobiliario; es decir, una habitación funcional y nada recargada.

Se abrió la puerta tras ellos y Rebeca se volvió de inmediato esperando ver al duque para poder empezar de una vez a hablar de negocios, pero en realidad se trataba de la mujer que seguramente era su madre.

—Me alegro mucho de conocerle, señor Lambert —dijo dibujando una amplia y ensayada sonrisa, como si no se hubieran visto antes en el salón de baile. Se sentó en uno de los disparejos sillones, que en este caso era de caoba y cuyo tapizado sin duda había acogido multitud de traseros. La mujer se colocó las evidentemente muy costosas faldas alrededor del sillón para que cayeran con gracia—. Soy la señora St. Vincent, y mi hijo es el duque de Wyndham.

—Es un placer conocerla, señora —respondió el padre de Rebeca, desplegando sus muy ensayadas maneras mientras se inclinaba para besar la mano de la dama, aunque esta la retiró antes de que pudiera hacerlo.

—Sí, sí. Mi hijo tendría que estar aquí para recibirle, pero por desgracia ha sido requerido para atender cuestiones de gran urgencia. Como seguramente sabe, acabamos de llegar a esta casa de Londres, y hay mucho que hacer. Me consta que mi hijo tiene muchas ideas en mente y con toda seguridad querrá plantearlas, pero está claro que la casa tiene todo el potencial para convertirse en… muy opulenta.

—La verdad es que no hemos visto apenas nada, señora St. Vincent —dijo Rebeca, que se estaba impacientando por momentos. No les sobraba el tiempo como para perderlo de esa manera—. ¿Podríamos recorrer la casa mientras esperamos?

—¿Y usted es…? —preguntó, mirándola inquisitivamente.

—La señorita Lambert. Asisto a mi padre como secretaria administrativa.

—¡Oh! ¡Eso es inusual! Bueno, supongo que Dexter puede acompañarlos a dar una vuelta, si es que tiene que ser ahora.

Se levantaron y Rebeca fue detrás de su padre, que empezó a charlar con Dexter al oído. Rebeca sacó el cuaderno de bocetos y los siguió a cierta distancia, tomando notas y dibujando esquemas y diseños conforme avanzaba.

Enseguida reconoció el estilo como palladiano con algún toque neoclásico, y le entraron ganas de preguntarle al duque cuando pudiera qué había ocurrido con la casa durante la última década. Por lo menos el duque actual estaba dispuesto a gastarse un dinero adicional en remodelarla y acabarla como Dios manda. Su padre había echado pestes del diseño arquitectónico, pero evidentemente el problema no era ese, sino que el duque anterior se había quedado sin fondos.

Fue asomando la cabeza para mirar las distintas habitaciones. Todo era una falsedad de decoración y, en algún caso, también de construcción, y se preguntó qué aspecto tendría la famosa hacienda campestre del ducado. ¿Quizá sin ningún tipo de adorno, solo fachada para poder mantener las apariencias? No le sorprendía que esta casa hubiera sido un misterio durante tanto tiempo.

Se detuvo un momento para hacer un dibujo rápido y, en ese instante, se dio cuenta de lo tranquilo que estaba ahora el vestíbulo. Miró a su alrededor y no vio a su padre ni a Dexter. ¡Vaya! Se había quedado demasiado absorta.

Subió la escalera lo más deprisa que pudo intentando darles alcance, pero el pasillo del piso superior también estaba vacío. Aplicó el oído a una puerta, y después a la siguiente, pero no escuchó nada; ni rastro de ellos. No obstante, al final del vestíbulo vio una puerta semiabierta. Se acercó a ella, la abrió del todo y comprobó que era un dormitorio extraordinariamente amplio. Las densas cortinas eran de color azul marino, y la cama, enorme, ocupaba una buena parte de la habitación. ¡Santo cielo! ¿Tan grande sería el duque como para necesitar tanto espacio?

Llena de curiosidad, dio unos pasos dentro de la habitación, aunque se daba cuenta de que casi seguro que Dexter no la habría incluido en su visita guiada por la casa. Pero no pudo evitarlo. Le encantaba saber cómo vivía la gente. Y, al contrario que otras muchas habitaciones de la casa, esta sin duda sí que se utilizaba.

Había un pequeño vestidor y otra puerta que Rebeca supuso que conectaba con el dormitorio vecino. La abrió y comprobó que la habitación a la que daba estaba completamente vacía. Lo que evidentemente significaba que, de momento, no había duquesa… Rebeca estaba a punto de salir del dormitorio cuando escuchó sonoros pasos acercándose por el corredor, hasta que finalmente retumbaron dentro de la habitación.

No se trataba de pasos que deambulaban sin prisa, como los de su padre. Ni del avance rápido de Dexter.

Tenía que tratarse del duque.

Se le aceleró el corazón al pensar que iba a ser sorprendida en el dormitorio de uno de los nobles más poderosos de Inglaterra. ¿Qué explicación podría dar? Así que Rebeca hizo lo primero que se le ocurrió.

Se escondió.

Diseños para un duque ya está disponible: https://books2read.com/disenosparaunduque

OTRAS OBRAS DE ELLIE ST. CLAIR

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Porque el conde me amaba

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Los Remington en la Regencia

El misterio del duque de Debonair

Navidad

Su deseo de Navidad

ACERCA DE LA AUTORA



A Ellie siempre le ha gustado leer y escribir, y también la historia y las historias. Lleva muchos años escribiendo cuentos cortos, pequeños ensayos y, sobre todo, lo que verdaderamente le apasiona, novelas románticas.

Ha habido romanticismo en todas las épocas de la historia, y a Ellie le encanta explorar distintos periodos, culturas y localizaciones geográficas. Independientemente del lugar y el momento, el amor siempre triunfa. Tiene debilidad por los «chicos malos» y por las heroínas con carácter, por lo que nunca faltan ambos en sus novelas.

No hay nada que guste más a Ellie y a su marido que pasar tiempo en casa con sus hijos y el perro cruce de husky que forma parte de la familia. Durante el verano lo más normal es encontrarla paseando cerca del lago, y todo el año empujando el cochecito de bebé por todas partes. Pero lo que nunca le falta es el portátil en el regazo ni un libro entre las manos.

También le encanta escribirse con sus lectoras, así que… ¡ponte en contacto con ella, no te arrepentirás!

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com